

ATORMENTADA

UN THRILLER DE MISTERIO Y ASESINOS EN SERIE

SERIE
DE LOS AGENTES
**STEIN Y
FREEMAN**

RAÚL
GARBANTES

ATORMENTADA

AGENTES DEL FBI JULIA STEIN Y HANS FREEMAN Nº 5

RAÚL GARBANTES

Copyright © 2022 Raúl Garbantes

Producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Diseño de la portada: Giovanni Banfi
giovanni@autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Página web del autor:
www.raulgarbantes.com





Obtén una copia digital GRATIS de *Miedo en los ojos* y mantente informado sobre futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Suscríbete en este enlace:

<https://raulgarbantes.com/miedogratis>

PARTE I

ALEXIS CARTER DETUVO el coche y sostuvo el papel entre sus manos. El pulso le temblaba y por eso golpeaba sin querer el borde del volante con el mapa de Kansas.

Inspiró y soltó una espiración tan profunda que se quedó sin aire por un momento. Se mantuvo inmóvil mirando hacia la carretera a través del cristal. El silencio era absoluto y la vía estaba desolada.

Volvió a recorrer con la mirada los círculos que hizo en el mapa sobre las ciudades de Lawrence, Salina, Emporia, Waverly y Liberty. Cada marca significaba la ubicación de asesinatos que la Policía de esas localidades no había considerado conectados.

Pero ella presentía que algo perverso y poderoso estaba detrás de lo que sucedía. No se lo había dicho a nadie porque le parecía que era inútil hacerlo. No encajaba en el Departamento de Homicidios de Wichita como antes tampoco encajó en Topeka como perfiladora criminal. Hasta Devin, al principio, la había considerado una lunática. Le pareció observadora y con carácter, pero lunática al fin.

Devin Walsh fue su compañero en la investigación de los asesinatos de los niños en Topeka, allí lo conoció y allí surgió su amor. Pero la sombra del asesinato del hombre al que amó no la había abandonado; desde que vio su cuerpo tendido sobre la mesa de la morgue y la invadió una tristeza que sabía no se iría nunca del todo. Ahora sentía su presencia dándole ánimos, y pidiéndole que no se detuviera hasta llegar al final.

—Sé que estoy cerca, cariño, ¿pero hacia dónde debo dirigirme?
—se preguntó sosteniendo aún el mapa entre sus manos temblorosas.

Luego lo puso a su lado, en el asiento del copiloto, y volvió a mirar hacia adelante como buscando alguna señal en el exterior que le indicara si debía devolverse o continuar adelante.

Acababa de pasar la intersección junto al pueblo de Yates Center y tomó la vía de la izquierda. Había llegado hasta allí buscando una de las cinco edificaciones que logró identificar en Google Maps con una ubicación similar a la que vio en su sueño. Esta era la quinta que visitaba. Las otras cuatro no mostraron nada sospechoso.

¡Pero ahora estaba desorientada porque allí no había nada! Algo estaba mal porque, según sus cálculos, el edificio debía estar justo allí, frente a ella. A menos que esos cálculos estuviesen errados, o los mapas, desactualizados. Se dijo que quizás antes debió cruzar a la derecha en vez de a la izquierda, y se sintió perdida.

Miró hacia atrás por el espejo retrovisor y solo encontró oscuridad.

—Como me gustaría acordarme más de mis sueños, que fueran nítidos y llenos de detalles a los cuales asirme... —dijo con lágrimas en los ojos.

Apoyó la cabeza sobre el volante. Cerró los ojos y se mantuvo así dos segundos, pretendiendo concentrarse en el sueño. En él no conducía su coche, sino un auto fúnebre, brillante y oscuro, y se había detenido frente a un edificio abandonado, al lado de una carretera. Era una instalación de dos pisos cerca de una zona de hierba alta. Eso era todo lo que había soñado y las escasas imágenes que recordaba eran borrosas.

Aunque no lo vio con claridad, ella despertó con la sensación de que en ese lugar del sueño habían asesinado a dos personas, a un hombre y una mujer.

Abrió los ojos de golpe cuando oyó el ruido de un auto que parecía que iba a acercarse, pero luego se dio cuenta de que, al contrario, se alejaba. Pensó que era normal que así fuese porque los pocos conductores que había a esa hora tomaban la carretera 54, y no la 75. Entonces, tuvo una idea, tomó el mapa con rapidez y volvió

a mirar las vías y las señales. Esa carretera que dejó atrás conducía directo al pueblo de Burlington, y allí había identificado otra posible instalación que en su momento desechó porque la fachada según la imagen de Google Maps era diferente a lo poco que recordaba del sueño.

Se dijo que tal vez esa fuese la indicada y condujo a toda carrera hacia allá. Aunque tenía miedo, no podía detenerse, porque algo más fuerte la movía. Ahora ella era una persona diferente a aquella que una vez creyó que conseguiría algo de emoción trabajando como perfiladora para la Policía de Topeka. Desde que el hombre que amaba murió asesinado por «individuos sin identificar», según el informe policial, había comprendido que la maldad estaba muy cerca y eso la hizo madurar y endurecerse. Lo que sospechaba no era la maldad personal de un asesino, ni siquiera la de un perverso asesino en serie. Era algo diferente.

El miedo que sentía Alexis Carter en ese momento iba haciéndose más grande, pero ella ya no podía detenerse.

ALEXIS CONDUJO hasta el pueblo de Burlington. Esos quince minutos se le hicieron eternos. Miraba a uno y otro lado de la vía, intentando reconocer algo de su sueño, pero nada le parecía conocido, hasta que en las afueras de Burlington, tomando la vía hacia New Strawn, consiguió lo que buscaba y se detuvo. Pudo ver cerca de la vía una edificación de dos pisos y de tamaño considerable, con paredes de madera. Era parecida al lugar que vio en el sueño.

Llegó hasta el edificio. Era un sitio desocupado que parecía haber sido un granero antes. Se bajó del auto y caminó dando la vuelta a la construcción. Cuando llegó a la parte posterior, se dio cuenta de que en medio de la maleza y a más de cien metros había una casucha más pequeña que se ubicaba en una especie de depresión del terreno, y que no se veía desde la carretera porque el granero la ocultaba. Era un perfecto escondite. Cuando había dado unos cuantos pasos en esa dirección, una de sus piernas falló al apoyarla en la tierra y casi cae. Se detuvo en seco.

Casi se cae porque en el lugar donde apoyó la bota había algo; otro zapato. Uno azul y de tacón bajo.

Alexis levantó el zapato, lo sostuvo unos instantes y cerró los ojos. Luego los abrió. Vio en su cabeza unas pantorrillas bien delineadas y unos pies bronceados calzando esos zapatos azules. Luego esa visión se desvaneció.

Soltó el zapato y emprendió una carrera veloz hacia la casucha. Tenía su arma en el cinto y la desenfundó.

Llegó al lugar. No escuchaba nada. De pronto, oyó un ruido cerca. Apuntó donde se había originado el sonido y vio una rata enorme que cruzó y entró en la choza. Ahora comenzaba a escuchar ese chirrido horrible que hacen las ratas cuando son muchas. Alex les tenía particular repugnancia a esos animales.

Tragó grueso y por un momento intentó engañarse y convencerse de que todo estaba en su cabeza, y que en ese lugar, más allá de ratas asquerosas, no había nada.

Dio varios pasos más y llegó junto a la puerta que se encontraba entreabierta. Empujó y miró hacia adentro desde el umbral, iluminando el lugar con la linterna de su teléfono móvil. Era lo que esperaba. Dos cuerpos en el suelo con las cabezas destruidas y al menos diez ratas sobre ellos, moviéndose, penetrando en la carne. Había llegado tarde. Golpeó con el arma la puerta, dando un golpe fuerte y seco, y los animales corrieron despavoridos en todas direcciones y comenzaron a chocar contra las paredes. No encontraban la salida.

La choza era de diez o doce metros cuadrados a lo sumo, y contaba con una única puerta y dos pequeñas ventanas. Alexis dio unos cuantos pasos hacia atrás y volvió a golpear la puerta con fuerza. Ahora las ratas comenzaron a salir del lugar y pasaron veloces cerca de sus pies para terminar internándose en la maleza.

Bajó el arma, la guardó y llamó a la estación de Policía para dar parte del macabro hallazgo. Estaba segura de que el asesino ya no se encontraba allí.

Al dar la dirección, escuchó algo que la hizo palidecer. Sintió una opresión en la boca del estómago cuando la voz al otro lado del teléfono le transmitió una información inesperada.

—Esa propiedad, la que está junto a la vía, según nuestro registro, pertenece a los Morrison Gorham. En pocos minutos llegará la primera unidad, detective Carter.

—Los Morrison Gorham eran los padres de Sarah Morrison... — repitió Alexis, dejando descansar su espalda sobre la pared exterior de la casa. Estaba mareada.

¡No podía ser!

—¿Dónde estaba Sarah? —se preguntó y sintió que el corazón se le detuvo. Aquella niña que rescató en Topeka hace cuatro años se encontraba otra vez en peligro, y sus padres, asesinados cruelmente en esa choza.

Comenzó a correr alrededor de la casa gritando y llamando a la niña. Las lágrimas caían por su rostro, pero Alexis no se detenía. ¡Tenía que encontrarla! No podía aceptar que una vez más hubiese caído presa de la crueldad.

A ratos tenía que detenerse porque se quedaba sin aire, y se consolaba diciéndose a sí misma que tal vez Sarah no estuviese con sus padres cuando los asesinaron, pero en el fondo sabía que algo terrible le había pasado a la pequeña.

ERA la mañana de mi presentación a los perfiladores criminales de varias dependencias del FBI. Me levanté de la cama con la sensación de no haber dormido nada y con dolor en la cicatriz. Hacía un año me habían operado para sacar la bala de mi cabeza, pero algunas veces sentía que solo habían pasado días.

Fui al cuarto de baño y miré mi rostro en el espejo. ¡Me veía echa una pena!

Para colmo, había soñado con mi hermano Richard, y eso era prueba de que no estaba atravesando un buen momento. Estaba sintiendo que envejecía todavía más de lo que la imagen del espejo mostraba, como si dentro de mí hubiese una «Julia más vieja» escondida, ahora aflorando. La verdadera razón para sentirme así era Hans. Ya Bill no estaba conmigo desde hacía seis meses, y había tenido que aceptar que Hans me interesaba no solo como compañero de trabajo o como amigo. Pero estaba segura de que mi interés por él no era correspondido, y ese era mi problema.

—Lo deseo y ya está. Quiero tener algo con él, pero nunca voy a decírselo, y no será posible. Y él es tan tonto para esto que no se dará cuenta ni en mil años. ¡Acéptalo de una vez! —terminé de decirme llevando una mano a la cabeza y apartándome el flequillo hacia atrás.

Me eché agua en la cara y después suspiré. Tenía que concentrarme en cazar al asesino serial que estaba matando gente en Kansas y olvidarme de Hans. Me vestí, fui a la cocina y preparé

café. Aunque no tenía hambre, tomé una tostada del empaque que había comprado en la noche, porque tenía que evitar la sensación de acidez en el estómago que últimamente me invadía por tenerlo vacío. Me comí la tostada, fui a la sala y busqué el expediente de los asesinatos. No recordaba en qué momento me había ido a dormir, pero sé que estuve por lo menos cinco horas leyendo y releendo los informes.

Fue idea de Hans que yo presentara los casos en la reunión que tendría lugar esa mañana. Cinco escenas en total en ciudades diferentes: Waverly, Emporia, Liberty, Lawrence y Salina. Las víctimas eran parejas jóvenes con hijos pequeños y sin otros familiares cercanos. Diez personas habían muerto en manos de este asesino sanguinario y no teníamos ni una pista. Cinco hombres y cinco mujeres, parejas heterosexuales que llevaban más de diez años viviendo juntas y que habían tenido un hijo o una hija. Las víctimas no se conocían entre ellas ni habíamos podido detectar algo que las conectara.

Me senté en una de las sillas del comedor y volví a abrir la carpeta. Las fotos de los cadáveres ensangrentados eran algo demoledoras. Sobre todo en el momento —y eso siempre me pasa— cuando comparo el estado en que el asesino deja a las víctimas con las fotos sonrientes que casi siempre acompañan los expedientes. Lo peor era que no teníamos ninguna pista a la que asirnos para continuar, y era yo la que debía remediar eso.

El agente Schneider de Kansas, quien se encargó del caso antes que yo, había hecho un buen trabajo y no dejó aspecto sin cubrir en la investigación. Esta reveló que los sujetos que tenían antecedentes en las localidades donde sucedieron los asesinatos no se relacionaban con los hechos. Todo estaba comprobado y vuelto a comprobar, y tampoco había sospechosos. En conclusión, este era uno de esos casos complejos que uno no sabe por dónde tomar.

Cerré la carpeta, me levanté y salí de casa. Decidí irme caminando a la oficina del FBI. Quedaba a quince minutos andando y caminar siempre me ha hecho bien porque activaba mis ideas. Parece que al hacerlo soy capaz de pensar las cosas de una manera diferente, como con otra perspectiva, que me permite sintetizar los

aspectos más importantes y separar el heno de la paja. Fue cuando me di cuenta de que lo que más me molestaba de estos asesinatos era lo de las garras y las mordidas que las víctimas presentaban en el cuello. Schneider también había investigado a propietarios de animales salvajes en Kansas, delincuentes que traficaban con ellos, pero nada había logrado sacar en claro.

Llegué a la oficina con la sensación de que este sería uno de los casos más difíciles de resolver de mi carrera y me encontré con Hans en la puerta del salón de reuniones. Lo saludé como siempre. Entré y él me siguió. Tomó un teléfono que había sobre la mesita junto a la puerta y avisó para que los convocados viniesen. Luego se sentó lo más lejos que pudo de mí.

Los demás agentes llegaron y comencé la reunión. Estuve hablando por espacio de media hora, dando los detalles de los asesinatos.

—Los niños dicen cosas sin sentido y por ello no sabemos qué tanto vieron y qué tanto se imaginaron —concluí.

La sala de conferencias quedó en silencio en ese momento. Sé que a todos ellos les preocupaba lo mismo que a mí: ¿Por qué el asesino dejaba vivir a los hijos pequeños de las víctimas? La primera reacción era alegrarnos por ello, pero luego todos pensábamos que este hecho era inusual. Ellos sabían, como yo, que las estadísticas en los asesinatos de grupos familiares establecían que no quedaban sobrevivientes.

—Agente Stein, ¿puedo saber cuál para usted es la clave de la investigación en este caso? —preguntó Elon Bellis.

No lo conocía personalmente, pero había escuchado a Hans hablar de él. Parecía un hombre metódico, callado y sumamente inteligente. Había trabajado durante años en el FBI de Nueva York.

—La ferocidad en los ataques, sin duda, nos sugiere una motivación diferente a la sexual. La forma como el asesino deja los cuerpos indica ira o una estimulación especial —continué.

—¿Especial ha dicho? —reparó Myrna Thorpe, psiquiatra experta en criminales violentos. Parecía que lo que había dicho no la convencía. Hans también se dio cuenta. La miró unos segundos y luego me miró a mí.

—Hablo de que, para el asesino, es muy importante destruir las cabezas de las víctimas y esa, creemos hasta ahora, es su principal motivación. La verdad es que no sabemos qué lo mueve. El asesino está dotado de sangre fría porque los crímenes son planificados. Estudia a sus víctimas, las observa, planifica bien el ataque, y eso lo deducimos del hecho de que hasta ahora no ha cometido ningún error ni ha dejado rastros en las escenas; ni una sola pista. Luego, una persona que se comporta de esa manera también es la misma que destruye con saña a sus víctimas a tal punto que lo hace parecer el ataque de una bestia.

—Podría tener una personalidad dividida. Su trastorno quizás está enmarcado en esa patología. Quiero decir que esta persona pudiera lucir «equilibrada», incluso tranquila, hasta que tuviese a las víctimas a su merced, y entonces allí dar rienda suelta a deseos destructivos muy poderosos que se concentran en las cabezas —explicó Bellis.

Después miró a Myrna y continuó hablando.

—De eso sabe usted mucho más que yo. Convengo en que no es lo común ese tipo de ataque que hemos visto en las víctimas...

—Es la primera vez en todos mis años de carrera que veo que un asesino muerde el cuello de sus víctimas y deja sus cabezas totalmente deshechas y, en algunos casos, inexistentes. En la mayoría han sido decapitados —interrumpió ella.

A mí también me había impactado eso cuando comencé a estudiar el caso y lo había hablado con Hans.

—¿Y si fuera una motivación ideológica? Algo como la destrucción feroz de la especie humana. No olviden que mata parejas y tal vez esté enviando un mensaje sobre la reproducción de la especie, de nuestra especie. Puede ser un crítico de la dirección que ha tomado la humanidad. ¿Me explico? —preguntó Robert Russell, el otro agente que se encontraba en la sala y que hasta ese momento no había dicho nada.

—He pensado algo así porque el hecho de que perdone la vida de los chicos parece traducir que castiga a los padres, que en su mente podrían formar parte del pasado contaminado de eso que usted llama la especie humana, y que a la vez deja abierta la

posibilidad de la redención dejando a los niños vivos. Como si los hijos de las víctimas pudiesen hacerlo mejor que los padres. En ese sentido, también he pensado en una suerte de juicio final orientado solo a los mayores; un juicio del que los niños, por ser más puros, se liberan. Pero lo que sea que pensemos no pasa de ser hipótesis por comprobar. El asesino no ha dejado ningún mensaje que apunte a este enfoque. Normalmente, cuando se trata de dejar claro un mensaje religioso o ideológico, los criminales procuran exponer sus ideas en las escenas porque, si no, no están consiguiendo lo que buscan. Sabemos ya de muchos asesinos seriales que hasta han escrito tratados completos sobre sus crímenes —argumenté.

—¿Qué clase de cosas sin sentido dicen los niños? —preguntó Russell, cambiando el tema.

—Nos referimos a cinco chicos; Charles, Melissa, Jessica, Cedric y Aldous. Charles y Aldous no hablan. No han podido hacerles decir ni una palabra y se han encerrado en su propio mundo como respuesta a la situación traumática que vivieron. Los psicólogos que les han visto han dicho que creen que los chicos conocieron al asesino. Melissa solo ha dicho las palabras «zoológico» y «quiero ir al zoológico», y luego llora. Jessica pregunta, «¿dónde está el león cobarde?», y Cedric —el más pequeño del grupo— ha dicho que «quiere irse con el día». Por mucho que han tratado de hacerles hablar, no se ha logrado nada.

—*El mago de Oz*... —dijo Elon y todos nos quedamos mirándole en silencio.

—¿No hay en la película de *El mago de Oz* un león cobarde?

ME SENTÍ TORPE. Era evidente que lo que decía Elon era cierto. Pero algunas veces las cosas están tan a la vista que, aunque suene paradójico, es imposible verlas. Había pensado tanto y tanto en este caso que algo como eso se me escapó. ¿Por qué el chico hablaba de un león? ¿Y por qué cobarde? Ni siquiera sabíamos si dentro de su cabeza esa idea del león cobarde ya existía previa al ataque.

—Valdría la pena volver a probar con los niños a ver si sacamos algo más en claro. Yo podría intentar algo con ellos o un colega especialista en tratamiento de chicos traumatizados que ya antes ha prestado servicios al buró —propuso Myrna mientras inclinaba su cuerpo hacia adelante, tocaba sus lentes y luego se acomodaba en la silla.

Le dije que me parecía buena idea. Elon se frotó la cabeza con las manos y después apoyó los codos en la mesa en torno a la cual nos habíamos reunido.

—Julia, tú llevas el caso. Dinos cómo podemos ayudarte y a qué le damos prioridad —manifestó.

—Todas las ideas son bienvenidas. Ustedes manejan los grupos de perfiladores más importantes del FBI. Comuniquen esta información a sus agentes más capaces. Les dejaré una copia de los expedientes de los asesinatos de las cinco parejas. En ella podrán ver el reporte de las escenas, las entrevistas a las últimas personas que les vieron con vida, y también las grabaciones de los encuentros que se han sostenido con los niños. Como les he dicho al iniciar esta

reunión, en todos los casos, el asesino pudo acabar con la vida de los chicos porque ellos estaban presentes en las casas donde mató a los padres. Pero los dejó con vida. Creo que si comprendemos la razón, empezaremos a aproximarnos un poco a su mente. No es mucho lo que tenemos hasta ahora, pero yo empezaría por allí —reconocí.

—También habría que profundizar en el estudio psicológico forense de las víctimas; saber la calidad de la relación que mantenían entre ellos y con los demás de su entorno. Debemos comprender por qué el asesino las escogió a ellas y no a otras parejas —sentenció Russell.

Estuve de acuerdo con él y le pedí que coordinara ese esfuerzo de investigación junto con su equipo y me mantuviera al tanto.

Unos minutos después, di por terminada la reunión. Despedí a los agentes y me quedé sola con Hans en la sala. Él había estado presente, pero se mantuvo callado, observando. Ahora estábamos sentados uno frente al otro. Me miró de una forma que no sé describir. Cuando lo pillé observándome así, tuve la brevísima impresión de que de alguna manera me estaba diciendo que me quería, y que recordaba esa primera vez que nos vimos en aquel vuelo. Luego pensé que había confundido las cosas, y que estaba complacido por cómo había conducido la reunión y eso era todo.

—¿Qué piensas? Te noto extraña —me dijo.

—Quiero atrapar a este maldito y no sé por dónde tirar. Eso me frustra y hace que el dolor de la cicatriz en mi cabeza se vuelva insoportable —confesé.

Era cierto que este caso era perturbador para mí de manera especial porque las víctimas eran jóvenes; porque algo me decía que habían muerto justo por ser parejas. Este asesino no mataba personas en solitario. Sus víctimas eran matrimonios que vivían la experiencia de ser padres por primera vez. Ese corte abrupto de la vida de diez personas hacía mella en mi interior. Puede que fuera porque me había dado por reconocer lo que sentía por Hans y, de alguna manera, estaba sensible ante ese tema del romance. Veía parejas enamoradas en todas partes. Quizás la relación de pareja de

las víctimas no era como yo la idealizaba, pero, por lo que habíamos investigado, se trataba de gente que vivía satisfecha con su relación.

Hans inspiró profundo.

—Ahora, al escucharte en la presentación, se me ocurrió algo. ¿Y si al dejar a los chicos vivos no los está salvando de nada, sino que, al contrario, los está castigando también, pero de una manera diferente? Les perdona la vida, sí, pero los destina a una existencia sin padres, sin familia. En ningún caso los chicos cuentan con un familiar que se haga cargo. ¿Eso es un acto de bondad? Puede ser que estemos frente a un asesino que reparte vidas maltrechas a niños y con ese fin mata a sus padres. Puede ser que el principal objeto de sus intenciones criminales sean los niños —aventuró Hans.

Era una idea que no había pensado y no me pareció descabellada.

—¿Seguro que estás bien? Podemos cenar juntos y conversar del caso si te parece.

—No creo que a Fátima le agrade la idea —dije sin pensarlo.

Después intenté explicarme.

—Quiero decir que ya bastante tiene durante las horas que permaneces aquí en la oficina para que además tengas que acompañarme en la cena porque me ves «mal» —completé. No sé si la explicación que le di le satisfizo, pero fue lo que se me ocurrió decir.

—No te preocupes por Fátima. Lo de nosotros, justo anoche, ha terminado. Por mucho empeño que he puesto, o que hemos puesto los dos, no ha sido posible mantenerlo y ella tomó la valiente decisión de decirlo. Cuando llegué a casa, me esperó con la propuesta de separarnos y ya hoy se ha ido. Yo la quiero, pero no cómo debería, ni ella tampoco a mí. No estaba funcionando.

—Lo lamento —mentí.

—No todos somos Bill y Julia —completó Hans, sonriendo.

Iba a decirle que ya «Bill y Julia» no existían como pareja, que hacía seis meses habíamos dejado de serlo y que por ello había tenido el suficiente tiempo para aceptar que él me interesaba mucho más de lo que me interesó Bill alguna vez. Pero me quedé callada.

Sin embargo, acepté su invitación a cenar.

FUIMOS A TACO-TALY, un restaurante pequeño y sin pretensiones donde la comida mexicana era la mejor de Washington según Hans. Aquello no era propiamente una cita. Aunque puede que para mí si lo fuera, pero nunca lo confesaría.

—Hans, lo de las mordidas me da vueltas. Es que Yvonne Boyer, la forense que se ha encargado de analizar los cuerpos, me ha confirmado lo que sospechábamos al principio; las heridas que las víctimas presentan en el cuello pueden ser descritas como producidas por garras animales, pero también por mordidas humanas. Aún investiga detalles de los patrones de esas mordidas. Es que lo pienso y... —le confesé.

—Uno en este trabajo cree que ya lo ha visto todo y que nada puede afectarte, pero de pronto pasan cosas como esta y te sientes como en el primer día, como al inicio cuando fuiste a una escena del crimen y quedaste desolado —me interrumpió. Él también estaba afectado ante la comprobación de Boyer.

—¿Pero es que a quién se le ocurriría cortar la cabeza total o parcialmente a esas personas y luego dar zarpazos y mordeduras a sus cuellos como para ponernos a pensar en que fue una bestia quien los devoró...? —dije y Hans me volvió a interrumpir.

—Justo ahora en esa frase creo que has dicho algo clave —reconoció.

En ese momento, el chico del servicio, que llevaba puesta una camiseta con la figura de un sombrero mexicano, retiró los platos

vacíos que antes habían contenido tacos al pastor. Esperamos a que se fuera y Hans continuó hablando.

—Dijiste «personas». ¿A quién se le ocurriría morder a esas personas? Entonces uno ve más claro que ese acto de decapitarlos y morderlos revela una especie de destrucción de la naturaleza humana porque esta se centra en nuestra capacidad de pensar. Una especie de caníbal que va directo al punto que nos hace humanos. El canibalismo no es que no haya acompañado la actuación de algunos asesinos seriales, especialmente en contextos de vida rural, pero va sobre todo a miembros inferiores o superiores, a otras partes del cuerpo. Además, veo que aquí hay una gran dosis de inteligencia asociada a los asesinatos. Nos enfrentamos a una actuación «mitad bestia, mitad hombre» porque, por un lado, planifica el momento del asesinato como un hombre inteligente, y por otro, de pronto se vuelve devorador, ataca y muerde como una bestia. Es como si el asesino quisiera decirnos que es una bestia animal y también es humano.

Entendía el punto de Hans, aunque no estoy segura de que se estuviera expresando bien. De inmediato, pensé en lo que la niña Jessica Baker había dicho del «león cobarde».

—¿Y lo de las garras? Las personas no tenemos garras, pero los leones sí. Y eso que dices de la inteligencia dual me recuerda lo del «león cobarde» de la niña Baker. ¿Por qué diría eso? Tal vez porque vio al asesino y primero le pareció una persona normal, incluso temerosa, pero luego la vio transformarse y sacar unas garras — completé.

—Podría haber diseñado un dispositivo que dejara esas heridas tipo garras —planteó Hans.

—¿Como tomar unas patas de oso o tigre y manipularlas o construir algo similar a ellas, como un Eduardo Manostijeras perverso? ¡Por Dios, Hans! ¿A quién nos estamos enfrentando? — exclamé en voz más alta. Un chico de ojos enormes y pelo crespo de la mesa vecina me miró.

—Espero que en este lugar no haya ningún periodista escuchándonos. Creo que acabas de crear un buen nombre para este asesino; «Manostijeras», como la película, reconoció Hans y

mientras lo hacía tomaba una servilleta que había sobre la mesa y la doblaba en partes cada vez más pequeñas. Parecía un niño jugando con algo y, a la vez, pensando. Luego miró sus manos, dejó la servilleta sobre la mesa y continuó.

—Hablando en serio, creo que no es un caníbal típico. El tratamiento que les da a sus víctimas no lo muestran como alguien que desee preparar luego las partes humanas de alguna manera, que es lo común en los caníbales; eso de guardar las extremidades, incluso la cabeza, en una heladera para luego prepararlas con tomillo o aderezarlas no sé con qué, porque esos caníbales amputan las partes de sus víctimas con sierras o cuchillos de carnicero, pero no «muestran» sus mordidas. Ellos posponen el placer de comerse a sus víctimas porque eso es una acción humana: posponer. Los animales no pueden hacerlo. Esto es como si se los devorara *in situ*. Como si quisiera confundirnos y mostrarnos que está movido por un ansia feroz allí en el momento del ataque. Lo que yo creo que hace es que, de alguna manera, quita las cabezas de las víctimas, destroza la carne y los huesos del cuello y luego «disfraza» este ataque mordiendo con sus propios dientes y arañando con un dispositivo hecho de garras de animal. Quiere que creamos que las devora en el momento sin dejar restos de huesos, ligamentos o cuero cabelludo, como con unas fauces enormes. Y ese es su gran mensaje. Algo como «soy un devorador de mis semejantes, por eso soy superior y mi mandíbula, mis fauces, pueden con una cabeza humana de un bocado».

—¿Y si de verdad las devora, Hans? ¿Y si solo hace eso de las mordidas y las garras para, como dices tú, darnos ese mensaje, pero igual va a casa a comer carne humana? O peor aún, no pospone el placer de comer en una preparación posterior, sino que corta y come, corta y come en la escena del crimen...

Cuando dije eso, sentí náuseas y un sabor dulce invadió mi boca. Me arrepentí de haberme comido tres tacos.

—Encontraríamos restos de ese acto en las escenas. No puede comerse la piel ni el pelo. A menos que fuera un animal el que atacara. Y hablo de un animal muy feroz cuyo traslado sería casi imposible, o al menos, notorio. Tampoco hemos encontrado señales

de que las escenas hayan sido aseadas. Es como si de verdad algo devorara las cabezas de las víctimas, casi de un bocado, incluso estando vivas, pero para mí es todo parte de una representación. O tal vez posea algún tipo de delirio y se crea una bestia en realidad, y se pone las garras creyendo eso —señaló Hans.

—Ya. ¿Consideras que logra un placer sexual al morderlas y dar zarpazos?

—No, aunque no podría asegurarlo. Es como si esta vez el asesino fuese algo...

—Diferente —completé.

Hans puso esa cara que pone cuando alguien ha sabido traducir de manera perfecta lo que él está pensando.

—Yo también me he descubierto pensando que estos asesinatos parecieran ser obra de una bestia monstruosa —reconocí.

No sé por qué miré a la puerta del restaurante, pero vi entrar a una mujer que vestía una blusa negra sin mangas y me fijé que llevaba el brazo izquierdo tatuado con una figura enorme, roja y blanca, que parecía una herida abierta llena de sangre que mostraba parte de los huesos del brazo. Me dije que el nivel de impresión que este caso estaba causando en mi psiquis era de cuidado. Volvieron a mi cabeza en un instante la secuencia de fotos sangrientas de las escenas del crimen de los Ryder. Ellos fueron los primeros y también quienes más me impresionaron, porque parte de sus cabezas quedaban aún prendadas del cuello, como si el asesino aún no hubiese adquirido la práctica necesaria. Peg y James Ryder fueron hallados en la sala de su casa, ubicada en Lawrence, Kansas. Su hijo, Charles Ryder, se encontraba presente y es de los que no ha dicho una palabra.

La mujer del horrendo tatuaje se aproximó hacia nosotros. Parecía que venía a decirnos algo. Me dio esa impresión y me puse alerta. Me decía que eran suposiciones mías, pero en la medida en que se acercaba entendía que no, que su intención era abordarnos.

Pude observarla mejor. Tenía cerca de cuarenta años y su apariencia en general era descuidada, su pelo grasiento y canoso, y su mirada denotaba terror. Hans no podía verla porque estaba de espaldas. Tampoco había notado que no lo estaba mirando a él, sino

a mí. Puse rígidos los brazos porque sé reconocer una amenaza cuando la veo. No tenía dudas de que venía hacia nosotros.

Comenzó a caminar más rápido y tenía la mirada clavada en mí.

—¿QUÉ te pasa, Julia? Estás mirando algo como si vieses un fantasma —fueron las palabras de Hans.

Ella estaba a menos de un metro de distancia de nosotros. Creí que iba a hacerle algo a él, a Hans, como que de pronto sacaría un cuchillo de alguna parte y se lo clavaría en el cuello.

—Soy Carrie Boggs y no estoy loca. Soy científica, o lo era antes de convertirme. ¡Yo lo sé! He visto cosas y ya no hay más tiempo. ¡Ustedes son del FBI! Llevan los asesinatos de Kansas y no me ha sido fácil dar con ustedes aunque haya tenido ayuda, pero lo he conseguido.

—Perdone... ¿qué desea exactamente? —alcancé a preguntar.

—Que digan la verdad. La gente tiene derecho a saber que lo que está sucediendo en Kansas es algo diferente. Es el final.

Hans le pidió a la mujer que se sentara. Se levantó y buscó una silla junto a la mesa contigua, que se hallaba vacía. El chico del pelo rizado y largo ya se había ido. No estaba muy segura de la razón por la cual Hans hacía eso. Estaba claro que quería escucharla y ella pareció calmarse un poco. Creo que esperaba que la rechazáramos de inmediato, pero no fue así. Eso sí podía comprenderlo porque su apariencia era intimidante, desagradable, y debía estar acostumbrada a que todo el mundo la excluyera.

—Gracias. Esto que tengo aquí en mi brazo, ¿lo ven?, he tenido que hacérmelo para recordar lo grave de la situación.

Miré el tatuaje que mostraba. No podía creerlo. Se trataba de un animal que podría ser un león, aunque no estaba segura. Devoraba a un hombre.

—Dice que es científica. ¿De qué rama? —preguntó Hans con tranquilidad, como eludiendo la rareza de la mujer.

—Soy biofísica y bioquímica. Puede buscarme en internet. Carrie Boggs. Ahora mismo, si lo desea. Allí tiene el celular. Hágalo...

—Le creo, no se preocupe. ¿Quiere tomar algo? ¿Comer algo?

Hans notó, como yo, que la mujer estaba famélica.

—¡No estoy para comer! O sí, pero antes debo alertarles.

—Puede hacer las dos cosas. Aquí estamos escuchándola y lo haremos hasta que lo desee, pero debe comer —dijo Hans.

Ella asintió. Miré a Hans para que comprendiera que yo me encargaba de la orden. Llamé con una seña al chico del servicio y, cuando este se dirigía a la mesa, me levanté y lo abordé antes de que llegara para ordenarle algo de comida. No sabía qué podría hacer Carrie Boggs si otra persona se acercaba a nosotros, porque hasta ahora había demostrado padecer un fuerte delirio de persecución. ¿Por qué tenía en el brazo ese tatuaje? ¿Y por qué yo misma me había sentido tan nerviosa al verla venir hacia nosotros? Ella era de contextura débil y nosotros éramos mucho más fuertes, y estábamos entrenados.

Sin embargo, yo le había temido con tan solo verla entrar en el local. ¿Qué me estaba pasando?

La cicatriz comenzó a latirme más fuerte y una idea se cruzó por mi mente:

—¿Y si era ella? ¿Si ella era la asesina de Kansas y de alguna manera yo lo supe al verla? —pensé.

Lo que vino después pasó muy rápido. Ella hizo un movimiento para sacar algo del bolsillo del pantalón.

—ESTO QUE TENGO AQUÍ. Lo he estudiado una y otra vez.

Sacó unos papeles arrugados y doblados en cuatro partes. Me dije que tenía que serenarme y ayudar a Hans a sacar información a esa mujer. Si él le había prestado atención era porque esperaba que ella nos dijese algo clave para el caso. Tal vez hasta había pensado, como yo, que era la asesina.

Me senté de nuevo en la silla que ocupaba antes. Carrie me ignoraba. Solo miraba alternativamente los papeles que desdoblaba y la cara de Hans. Hizo eso varias veces.

—Los Ryder de Lawrence, los West de Salina, los Baker de Liberty, los Arkin de Emporia, los Halsey de Waverly. ¿Ya lo ha comprendido?

Mostraba los recortes de prensa con las noticias de los asesinatos.

—Perdone, pero no entiendo qué es lo que debemos ver — pregunté.

Ella volteó la cabeza hacia mí y me lanzó una mirada mezcla de curiosidad y molestia. Respondió.

—La imagen en el mapa. Los asesinatos han sido cometidos siguiendo el triángulo y el círculo dentro. Es el ojo que mira en la oscuridad. La perfección que es el triángulo corrompido por el ojo de la bestia.

Cuando terminó de decir eso, buscó otro papel más pequeño que mostraba unos trazos y me los enseñó. Parecían las ubicaciones de

las localidades de Kansas donde se habían cometido los asesinatos demarcados con unos números.

—Veo que ha señalado los lugares de los crímenes y para usted esas señales dibujan un triángulo y un círculo —concluyó Hans.

Me pareció que sus palabras fueron muy condescendientes y que eso podía alterar a Carrie. De hecho, creo que le molestaron, sin embargo, ella no dijo nada. Solo lo miró en silencio y guardó los papeles que había sacado. Estoy segura de que vi un insecto volar cerca de su cabeza. Más bien saltar de un lugar a otro de su pelo pegajoso. La mujer debía vivir en la calle.

—Y no será el último. ¿Me oyen? No será el último y ustedes no hacen nada. Están aquí comiendo y charlando, en lugar de estar allá en Kansas. ¡Es que no me lo puedo creer! —gritó y se levantó de la mesa. Miraba a un lado y a otro, no pude descifrar con cuál intención.

Se separó un poco de nosotros y comenzó a desvestirse. Desabotonó su blusa negra y se la quitó, lanzándola al suelo con violencia. Toda su piel estaba marcada. No con tatuajes, sino con marcas de quemaduras circulares.

Quienes estaban sentados en las mesas comenzaron a lanzar exclamaciones y algunos tomaron fotos con los teléfonos móviles. Había que detener aquello. Me acerqué a Carrie y le dije que parara. Hans también lo hizo. Alguien que estaba en el restaurante salió a la calle y en pocos segundos volvió acompañado de un policía. Carrie se quedó inmóvil y callada. Miraba hacia el piso. El agente se acercó junto con un hombre de baja estatura. Aproveché para tomar la blusa y cubrirla.

—Somos del FBI. Ella solo estaba hablando con nosotros. Creo que es inofensiva, pero hay que llevarla a algún lugar para que la desintoxiquen. Debe consumir drogas y no está bien en este momento —explicó Hans.

El hombre pequeño, que se presentó a nosotros como el dueño del local, lanzó una exclamación de hastío.

—La doctora Carrie Boggs se ha convertido en un problema para nosotros. Antes venía y era una comensal normal y una mujer encantadora. Ahora está hecha un desastre. No me explico cómo

comenzó a drogarse ni por qué. Lo tenía todo, pero de pronto perdió la cordura. Toma las noticias más escandalosas y comienza a inventar historias sobre ellas, y corre a tatuarse lo que sea que tenga que ver con los sucesos que la impresionan. El año pasado fue la noticia sobre la mujer que asesinó a su hijo y ahora supongo que algún crimen extraño ha llamado su atención. Carrie está muy pendiente de este tipo de noticias.

Hans me lanzó una mirada que comprendí. Tanto él como yo nos habíamos hecho a la idea de que la extraña Carrie Boggs era capaz de decirnos algo importante, lo que fuera, sobre los asesinatos. Creo que Hans también se sintió un poco avergonzado por ello. No solamente dábamos palos de ciego mientras un asesino serial actuaba, sino que hasta parecíamos estar esperando que de cualquier lugar llegara algo de ayuda.

De pronto, ella levantó la cabeza y me miró. Me tomó del brazo.

—No será el último crimen. No va a detenerse. Deben esperar algo peor en el centro del triángulo en este momento. Nada de lo que han enfrentado antes tiene comparación. Y él te dejará sola. ¡Te quedarás tú sola!

—Ya está bien, doctora. Vamos afuera —dijo el policía y se la llevó. Pero ella se soltó y se acercó hacia mí. Aproximó su cara a la mía y me dijo al oído:

—No era en Stull donde estaba el epicentro. Nos engañó a todos.

No comprendí, pero lo que hizo erizar los vellos de mis brazos fue su voz. Adquirió un tono de gravedad, como mucho más ruda y profunda que antes.

El policía terminó llevándosela del restaurante.

—Lo peor es que la doctora Boggs, o lo que queda de ella, tiene razón. Voy a ausentarme unos días. Tengo que dedicarme a mi hermano. Inicia su juicio y quiero hablar con él antes. En este momento me necesita y no puedo... —dijo Hans con la voz quebrada, dejando la frase inconclusa.

PARTE II

—HASTA en lo más profundo del corazón del hombre existe oscuridad
—dijo la voz.

Quien la oyó asintió con la cabeza. Se encontraba a unos cuantos metros. Nunca se le acercaba, no estaba permitido, pero aunque nadie se lo haya dicho, era peligroso, hasta para él.

Luego caminó en la estancia, un pequeño salón con muebles viejos y empolvados. Sobre la figura de un gallo podía verse una tupida telaraña que se balanceaba con el viento que entraba por la ventana que estaba justo enfrente.

La ventana también dejaba penetrar algunos rayos de luz, pero solo sobre la mitad de la habitación. La otra ventana del lugar estaba cubierta por una cortina oscura y opaca llena de motas blancas y circulares. La estancia, de ambiente viciado, olía a hongos.

Los zapatos negros de la persona pisaron una alfombra desteñida que cubría el centro de la habitación. Sin quererlo tropezó con una mesa al pasar a su lado y cayeron al suelo varios objetos. Uno de ellos era una caja repujada que se abrió, rodando su contenido por el suelo. Parecían colmillos. La persona recogió cada uno de los objetos y los puso en su lugar. Luego acarició el borde de la caja.

En ese momento se escucharon unos golpes insistentes que provenían de un sótano.

—Ya has despertado... —dijo en voz alta.

La llama de una vela que estaba encendida y dispuesta sobre la mesa, junto a la caja, hizo una última danza y se apagó. Así la

habitación quedó en mayor penumbra.

—¡Quiero salir de aquí! ¡Por favor...! ¡Quiero ver a mamá y a papá! —gritaba una niña detrás de la puerta del sótano. Volvió a golpear, pero cada vez con menos fuerza.

—Tus padres ya no están —dijo entre dientes quien la escuchaba desde la planta superior de la casa.

La persona bajó las viejas escaleras que crujían a cada paso que daba. Se detuvo frente a la puerta y puso su cabeza junto a la madera para escuchar.

Del otro lado, la niña hizo lo mismo porque logró ver a través de la rendija una sombra que le indicaba que había alguien de pie tras la puerta. Por un momento recordó la pata de la gata en casa, metiéndose en la rendija y balanceándose cada vez que ella cerraba la puerta de su habitación. Sintió mayor desesperación. Eso, lo de la gata, era cuando estaba a salvo, pero ahora alguien la había llevado a ese horrible lugar y ella solo quería volver a casa.

—¡Quiero irme! ¿Quién dará comida a Pipa? ¡Por favor! —volvió a suplicar.

Se secaba las lágrimas que caían a chorros por su cara.

—No debes esforzarte en gritar. Nadie puede escucharte. Pronto nos iremos de aquí a un lugar mejor. Te lo prometo.

La persona recordó el momento en el que inmovilizó a los padres de la niña. Era increíble cuánto se parecía la chica a su madre.

—Son dos gotas de agua —pensó. Eran —continuó para sí—, porque ahora la niña no se parece a nadie...

—No podemos hacer nada más por ahora. Ya todos están buscando a Sarah Morrison. ¡Tienes que calmarte, Alexis!

—No puedo calmarme. Sé que corre peligro.

—No me estás contando todo, estoy segura —dijo Anne Ashton, removiéndose en la silla de la oficina del Departamento de Homicidios de Wichita.

—Es complicado —fue lo único que respondió Alexis. Luego inspiró profundo y se levantó de la silla que ocupaba frente a Anne Ashton.

Eran compañeras de trabajo desde hacía un año, pero Anne siempre pensó que Alexis era como un muro de piedra, y que nunca podía saber lo que estaba pensando. En ese momento, todavía más.

—Tienes que decirme qué te pasa. No puedo creer que a estas alturas todavía no confíes en mí —se quejó Anne.

—La desaparición de esa niña tiene que ver con un caso en el que participé cuando fui perfiladora criminal en Topeka. Yo conocía a sus padres. Sarah fue raptada y casi muere en manos de...

—Espera, lo recuerdo. Ese fue el caso en el cual resultó herido el agente Devin Walsh... Lo siento, no quise...

—No importa. Sí. Allí resultó herido Devin y Sarah estuvo a punto de ser asesinada.

—Entiendo. Y ahora otra vez está en peligro. Lo más seguro es que el asesino se la haya llevado. ¡Vaya suerte la de esa pequeña! —dijo Anne pensando en sus dos hijos.

—No debe ser mala suerte, Anne. Aquí hay algo más grave.

—¿Algo como qué? —preguntó Anne levantando un poco la voz.

—Estoy acostumbrada a que no me crean y se burlen de mí, pero esta vez necesito que confíes en lo que digo. Nunca como ahora he sentido tan cerca la maldad pura. Es como si se hubiese estado preparando desde hace tiempo, como una tormenta perfecta a punto de desencadenarse.

—Estás divagando. ¿Quién ha estado preparando qué? Alexis, tienes que ser más clara si quieres que te siga y te apoye. Yo respeto tus facultades, de verdad, lo de la empatía y las cosas que presientes, pero si no me das más, no puedo apoyarte.

Alexis hizo silencio. Cerró los ojos y llevó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el espaldar de la silla. Anne se levantó y comenzó a dar vueltas por la oficina. Luego se detuvo frente a la ventana y miró al exterior. El silencio se hizo pesado entre las dos. Alexis lo rompió luego.

—El problema es que no encajo en este lugar y en el Departamento de Topeka tampoco lo hice. Y por eso no puedo hacer

lo que debería, ni lograr que me crean.

—Yo no te creo tampoco algunas veces, porque dices cosas muy difíciles de entender, pero estoy dispuesta a ayudarte. Debes contarme todo lo de ese caso en Topeka.

—Creo que ahora mismo Sarah debe tener mucho miedo, si es que aún sigue con vida... —fueron las palabras de Alexis.

LO DE LA doctora Carrie Boggs se me había quedado en la cabeza. Me despedí de Hans y volví a casa para analizar con detenimiento el caso de los asesinatos de Kansas. Ella había hablado de Stull. Supuse que se refería al cementerio de Stull y a la serie de leyendas que en torno a él se tejieron, producto de los cuentos que iniciaron unos estudiantes de una universidad de Kansas. Se supone que para los buscadores de experiencias de terror ese es uno de los lugares malditos sobre la Tierra. Recuerdo los cuentos que escuché cuando yo era una niña y que le encantaban a Richard. Nunca visité ese lugar y tampoco me interesaba hacerlo solo porque a él le gustaban esas leyendas.

—¿Por qué había hablado de Stull? —me pregunté en voz alta mientras lavaba el plato que acababa de usar.

Fue la primera vez que pensé que quizás lo de los asesinatos se tratara de creyentes que operaran cerca de Stull. Después de todo, algo importante tenía que significar Kansas, porque todos los asesinatos habían sido cometidos en ese territorio. Podía ser que Boggs no estuviese errada. Hasta podía ser que tuviera algo que ver y por eso contaba con la información sobre Stull. Aunque según el policía que la sacó del restaurante, era su costumbre obsesionarse con los asesinatos que se cometían en el país.

—No, no creo que tenga algo que ver con las muertes ni con el asesino... Sería demasiado fácil e inconveniente acercarse así a

nosotros para que centremos nuestra atención en ella. Además, estaba realmente alarmada, aterrorizada, y eso no puede fingirse.

Yo continuaba razonando sola en mi cocina y lo hacía en voz alta.

Luego me fui directo a la butaca de la sala y me senté en ella. Un cansancio enorme cayó sobre mí en unos minutos. Escuché que llamaron a la puerta y me extrañó. ¿Quién podría ser? Me había convertido en una ermitaña y últimamente no recibía muchas visitas. Solo las de mi amiga Madison algunas veces cuando viajaba a Washington y nada más.

Me dirigí a abrir la puerta. No había nadie del otro lado. Salí al pasillo exterior del apartamento. Tal vez un bromista o un asunto de chicos. Aunque los dos chicos que vivían en el edificio sabían que era agente del FBI y creo que eso los atemorizaba; cada vez que pasaba cerca de ellos, cambiaban la cara y ponían una expresión de santidad exagerada.

Regresé y cerré la puerta. Pero en cuanto caminaba por el corredor que conducía a la sala de mi apartamento, volvió a sonar el timbre. Esta vez corrí para descubrir quién tocaba. Abrí la puerta de un golpe y no pude creer lo que veía.

Margaret Bau llevaba en su mano derecha la cabeza de su hermano, y en la otra, la cabeza de Camile Baker, una de las víctimas del asesinato de Kansas.

Desperté gritando.

—¿Sería que estos asesinatos sangrientos me llevarían de vuelta a esos sucesos en Wichita que quería desterrar de mi memoria? — me pregunté.

No solo había estado soñando con Richard, sino que ahora lo hacía con Margaret. Solo faltaba que apareciera Frank para completar el horror.

Miré a la mesita junto a la butaca y me di cuenta de que el celular vibraba. Eran las tres de la mañana y treinta y tres minutos. ¿Quién sería capaz de llamar a esa hora? Solo Hans. Pero cuando tomé el aparato, me di cuenta de que era un número desconocido.

—Soy el agente de guardia del Old Post Office Pavilion. Su hermana amenaza con suicidarse y ha dicho que solo desistirá de lanzarse al vacío si puede hablar con usted. Estoy en este momento frente a ella, pero no me deja acercarme más. Quiere que ponga el modo altavoz en el celular porque insiste en que quiere decirle algo.

—Yo no tengo hermanas y no sé de quién me habla —fue lo único que acerté a decir.

Escuché como el guardia se dirigía a alguien. También podía oír el viento arremeter con fuerza.

—Insiste en que es su hermana. Ahora me ha preguntado si le he dicho a usted el lugar donde estamos. Le he respondido, pero creo que no tiene intenciones de ponerse a salvo...

La voz sonaba temblorosa. No había duda de que ese chico estaba pasando por un mal momento.

—¿Pregúntale su nombre? —ordené.

—Dice que se llama Carrie.

—Está bien. Déjame hablarle —le dije.

Volví a escuchar el viento y casi podía imaginar la torre de esa edificación, ahora en desuso, y a Carrie Boggs pendiendo de ella.

—Carrie, ¿qué haces? Debes bajar de allí y contarme lo que quieras. Tenemos tiempo de sobra y te prometo que te tomaré en serio.

—No, no lo haga, señora.... ¡Se lanzó! ¡Se lanzó de la torre! ¡Oh, Dios mío! —gritó el guardia.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté.

—Majors —respondió despacio.

—Óyeme bien, Majors, ya debes haber dado parte a la policía.

—Sí, lo hice apenas me di cuenta de que había una suicida en la torre. Están llegando, pero ahora es demasiado tarde y lo único que pensé que podría convencerla de no lanzarse era hablar con usted, porque me dijo que era su hermana.

—No lo soy. Soy agente del FBI. Conocí a esa mujer hoy en la noche. Apenas hace pocas horas. No tengo idea de qué la llevó a decir que era mi hermana.

—Tengo que dejarla, ya han llegado los oficiales y debo relatarles lo que pasó.

—¡Espera, Majors! Dime exactamente qué te dijo Carrie desde el momento en que la viste hasta que se suicidó. Dime lo que hizo y lo que dijo. Es muy importante porque puede tener conexión con un caso que investigo.

—De acuerdo. Intentaré recordar las palabras exactas...

Hizo una pausa y pude escuchar otras voces cerca de él.

—Cuando llegué, señalaba hacia un lugar. Hacia el este. Luego extendió los brazos. En ese momento yo ya la estaba tratando de convencer de que se bajara de la cornisa. Me preguntó si tenía teléfono móvil y me dijo que marcara un número, «el número de mi hermana Julia». Y eso fue todo. No dijo ni hizo nada más.

DE INMEDIATO, llamé a Hans. Sabía que tenía por costumbre dejar el celular a su lado con carga y encendido. Además, Hans no dormía mucho. Le conté lo sucedido y pensó, como yo, que era muy extraño.

—¿Para qué intentar la comunicación conmigo y luego no decir nada? —le pregunté a ver si a él se le ocurría algo.

—Sí, te dijo algo.

No comprendí.

—Te dijo que estaba allí en ese edificio. Ella debía saber que el guardia iba a contarte eso. En su psiquis, creo que hizo un sacrificio. Sacrificó su vida para darte un mensaje o algo así. Lo que me pregunto es cómo logró saber tu número de celular. Eso sí que es un enigma, pero no le des más vueltas. Ella no estaba bien. Creo que era la típica conversa crítica. Antes fue una mujer de ciencia y de pronto algo hizo que cambiara su mundo de intereses, y debió obsesionarse por el asunto del bien y del mal. Como sabe que eres una agente del FBI, entonces se obsesionó contigo, así que no le des más vueltas.

Escuché que Hans bostezó. Me despedí de él y dejé el celular sobre la mesita. Para mí sería imposible volver a dormir. Me levanté y caminé por la sala. Me detuve frente al juego de dardos. Tomé los cinco y comencé a lanzarlos. Pretendía que eso me ayudara a enfocarme.

Cuando iba a lanzar el cuarto dardo, mi cerebro hizo una asociación entre Stull y el lugar donde Carrie se había quitado la vida. Corrí hasta la computadora portátil que había dejado sobre la mesa del comedor todavía con el dardo en la mano. Tecleé la palabra «Stull» y «Kansas» en el buscador *online*. Confirmé algo que pensaba vagamente, que el pueblo debía su nombre al único jefe de correos que había tenido y que este se llamaba o Sylvester o Enmanuel Stull. No podía ser casualidad que Carrie se hubiese suicidado lanzándose de la torre del viejo edificio de correos de Washington. Estaba obsesionada con las historias oscuras del corazón de Kansas. Lo que comencé a preguntarme en ese momento era si esas leyendas tenían que ver con los motivos para asesinar del criminal que buscaba.

Esperé a que amaneciera y estuve todo el rato preguntándome por qué esa mujer me había escogido a mí; por qué me había buscado y por qué diría que era mi hermana.

Decidí vestirme e ir a la oficina aunque todavía fuese temprano. A los veinticinco minutos estaba en el estacionamiento encendiendo el auto. Comencé a conducir con la cabeza echa un lío. Las víctimas de Kansas, lo del león y las mordidas, las cosas locas que decían los niños huérfanos y el suicidio de Carrie Boggs habían hecho un coctel en mi cerebro que me intranquilizaba y que iba directo a producirme más de una noche de insomnio.

De pronto me di cuenta de que estaba tomando la calle Doce para llegar a la avenida Pennsylvania. De esa forma, pasaría frente al Old Post Office Pavilion, desde donde ella se había lanzado. Eso solo quedaba a dos calles de la oficina del FBI.

Cuando estuve frente al edificio, me quedé mirándolo. Era una construcción clásica y de las más altas de la ciudad para el momento de su construcción. Ahora me parecía aterradora porque allí había muerto una mujer cuyo último pensamiento fue para mí, y eso no me producía una sensación agradable.

Llegué a la oficina necesitando un café desesperadamente. Me dirigí a la máquina expendedora y elegí el más cargado. Entré en mi oficina con el vaso en la mano. Cuando iba a sentarme en la silla de

mi escritorio, encontré un papel doblado sobre él. La cara al descubierto solo ponía dos palabras.

«Para Julia».

PUSE el vaso sobre el escritorio y tomé el papel antes de sentarme. Al abrirlo, me di cuenta de que se trataba de una nota de Hans.

«Olvida a Boggs. Suerte en el caso. Cuídate».

Sonreí y guardé el papel en el bolsillo de mi pantalón. Me dejé caer sobre la silla.

Levanté la mirada porque con el rabillo del ojo me pareció ver a través del cristal de la oficina que alguien me hacía señas desde afuera. Era uno de los chicos del equipo, llamado Norman. Me estaba haciendo un gesto con la mano. No entendía por qué no me consultaba lo que quisiese a través de la línea telefónica interna. Me levanté, caminé y me detuve en el umbral de la puerta para saber qué quería. Desde allí podría escucharlo. El resto de la oficina estaba vacía porque todavía no era la hora de iniciar el trabajo, así que no molestaría a nadie que me dijera en voz alta cualquier cosa.

—Llaman al agente Hans, pero creo que estuvo más temprano y ahora se ha ido. Parece que no contesta el celular en este momento. Se trata de la Policía de Wichita, de la detective Anne Ashton. También ha preguntado por usted...

—Pasa la llamada a mi línea, Norman —le pedí todavía sin comprender por qué no lo había hecho antes.

Me senté frente a mi escritorio y tomé el teléfono.

—Hola, Anne —saludé.

—Hola, Julia. Quería hablar con Hans, pero no lo consigo. Sé que tú también puedes ayudarme.

Escuché su voz diferente a como la recordaba; con un registro de hastío. Hans me había comentado que Anne se había divorciado sin quererlo y que había presentado un problema con el alcohol, pero que se había recuperado y vuelto al trabajo. Pensé que tal vez no estaba recuperada del todo.

—Aquí tenemos un caso complicado. Hay una niña desaparecida llamada Sarah Morrison, y sus padres fueron asesinados en el pueblo de Burlington. Años antes, la niña había sido secuestrada por una pareja de fanáticos de algún tipo de creencia que suponía el sacrificio de niños. Sarah no era su primera víctima en aquel momento. De hecho, mataron a varios niños antes de raptarla a ella —explicó.

Yo recordaba el caso de esos asesinatos. Cuando se resolvió, resultó herido un policía.

—Desde la Policía de Wichita hemos prestado apoyo a la de Topeka e iniciamos la búsqueda de Sarah Morrison. Hacemos barridos con perros policía y con la ayuda de la comunidad de Burlington, pero nada. Siéndote sincera, te digo que sospecho que encontraremos el cadáver de Sarah no muy lejos del lugar donde fueron hallados los cuerpos de sus padres. Hemos encontrado trozos de su ropa hecha jirones a pocos metros —me dijo Anne.

—¿La niña no vivía en Topeka cuando la secuestraron? —le pregunté, extrañada, porque creía recordar eso de las noticias.

—Sí, pero después de que se resolvió el caso, la familia se mudó a las afueras de Burlington. En su momento, el rapto tuvo que ver con un parque de diversiones y los implicados eran unos trabajadores de ese lugar en Topeka.

—Claro... Ahora recuerdo mejor —reconocí.

—Los cadáveres de los Morrison no fueron hallados en su casa en Burlington, sino en una choza abandonada a las afueras, cercana a una propiedad que Morrison acababa de comprar. Suponemos que el asesino los llevó allí bajo amenaza. Tal vez fueron a ese lugar buscando a Sarah, no lo sabemos. Mi compañera se llama Alexis Carter y fue la perfiladora criminal en el caso de Sarah.

—Entiendo.

—Me preguntaba si Hans o tú podían echarnos una mano. Llevamos varias horas trabajando sin parar y, a medida que pasa el tiempo sin saber nada de Sarah, la situación es peor.

Me extrañó que Anne nos pidiera eso. Había agentes más que calificados del FBI en Wichita y en Kansas. Pero entonces pensé en la niña y me di cuenta de lo tonta que había sido. No le pregunté a Anne algo de vital importancia.

—¿Cómo asesinaron a los padres de Sarah? —interrumpí.

—Ha sido una masacre. Los cadáveres no tienen cabezas. Es de las peores cosas que he visto, y he visto muchas. De pensar que pueden hacerle eso a la niña...

—¿Los forenses te han hablado de garras o mordidas en sus cuellos? ¿Creen que hay algún animal implicado o algunas mordidas humanas en los cadáveres?

Me costó decir «mordidas humanas». Ese era uno de los aspectos que más me alteraban del caso que investigaba.

—No han dicho nada, aún están analizando los restos. ¿Por qué?

—Ahora mismo llevo un caso de unos asesinatos en Kansas... Déjalo.

No me interesaba que comprendiera la relación que yo estaba tejiendo entre los casos. Al menos hasta que contara con más información.

—Esos asesinos de niños del caso que investigó Alexis Carter, ¿dices que trabajaban en un parque?

—Sí.

—¿Era un zoológico? —pregunté.

—No.

No me gustaba lo de Sarah. Si era el mismo asesino que yo investigaba, ¿por qué esta vez se habían llevado a la niña? ¿Para matarla también de igual manera?

—VOY DE INMEDIATO PARA ALLÁ, Anne. Me reuniré contigo y tu compañera. Mantenme al tanto si hay alguna novedad antes de mi llegada.

—Gracias por la ayuda. Encuéntrate con Alexis Carter en la comisaría de Topeka. De allí podrán visitar la escena del crimen. Creo que es lo mejor para avanzar —me propuso.

—Está bien. Hasta pronto —respondí y corté.

Apenas puse el auricular en su lugar, recordé lo que había dicho Carrie; lo del centro de un triángulo. Busqué en la computadora de mi escritorio el mapa de Kansas. Efectivamente, la «profecía» se estaba cumpliendo. Si los Morrison eran víctimas del mismo asesino que yo debía cazar, lo que había dicho Carrie era cierto. Los primeros asesinatos dibujaban un triángulo si desplazábamos una línea imaginaria entre Lawrence y Salina, Salina y Liberty, Liberty y Lawrence. Luego establecían lo que podría ser un círculo uniendo los puntos de las localidades de Emporia, Waverly y ahora Burlington, que estaría en la zona central del triángulo.

¿Pero por qué dibujar esas formas? ¿Realmente significaba algo o daba la casualidad de que las residencias de las víctimas eran esas y no otras?

Tenía muchas dudas en mi cabeza, pero era hora de actuar. Escribí una nota a Hans, me levanté y fui a su escritorio. La dejé allí sobre un libro llamado *La violencia silente. Un enfoque psiquiátrico*, que Hans parecía estar estudiando. De entre sus páginas sobresalían

muchos papeles de colores que debían cumplir la función de marcar las páginas. Sentí el impulso de llamarle, pero lo deseché. Él estaba ocupado en sus asuntos personales.

Salí de la oficina de Hans y tomé el ascensor pensando en lo de Burlington: parecía que el asesino había dado un paso más al secuestrar a la niña, si es que se trataba del mismo hombre. Eso no me gustaba.

El aparato se detuvo produciendo un ligero temblor que me sacó por un momento de mis cavilaciones. Era la cuarta planta y una pareja que iba tomada de las manos entró en la cabina. La chica era joven y me sonrió. Pensé que a gente como ellos mataba el asesino de Kansas. Gente joven y enamorada, o al menos acostumbrada a convivir en armonía junto al otro. En la investigación que había hecho Schneider y que yo había retomado, nadie del entorno cercano a las víctimas conocía problemas de pareja entre ellos. Al contrario, eran tan descritos como «felices». Eso podía no ser verdad porque las apariencias suelen engañar.

—¿Será eso lo que quiere destruir? ¿La felicidad de los otros que él no tiene? —me pregunté en voz baja.

—Disculpe. ¿Ha dicho algo? —me dijo un hombre en el que no había reparado y que se encontraba a mi lado en el elevador. También debió entrar a la cabina junto con la pareja, pero yo no me fijé porque estaba abstraída en mis pensamientos.

Era alto y llevaba gafas de sol muy oscuras. Su piel era blanca —demasiado— y en su cuello pude ver el fino canal azulado de una vena sobresaliente.

—No. Solo pensaba en voz alta.

—Pensamientos que desean salir o llegar, y lo hacen por sí solos, pueden ser peligrosos —dijo él.

En ese momento se abrieron las puertas y él salió. Yo también lo hice, fue cuando noté que era ciego. Vi su bastón, y un perro pastor alemán que se puso en alerta al verlo me lo confirmó. Lo esperaba del otro lado de la puerta de cristal del edificio del buró.

El hombre parecía enfermo. Eso lo supuse por su pálido color de piel, que contrastaba aún más por el color de sus ropas. Vestía de

negro con un traje impecable que incluso de lejos daba la impresión de haber sido hecho a medida. El sujeto era muy alto y delgado.

Lo vi desplazarse, salir del edificio, encontrarse con el perro y caminar por la calle frente al buró del FBI hasta que lo perdí. Estuve a punto de preguntar a los chicos de la recepción si sabían quién era ese hombre. Me causaba curiosidad y no sabía por qué. Lo que había dicho de los pensamientos me sonó algo raro y un poco cursi, pero la verdad es que llegó a molestarme. Tal vez porque era un tema sensible para mí. Era cierto que no estaba en mi mejor momento y que algunos pensamientos desagradables estaban revoloteándome en la cabeza últimamente. Que un extraño me dijera justo lo que me estaba pasando me desagradaba. Supuse que solo por eso me había parecido tan misterioso.

Tomé las escaleras que conducían al sótano. Por un momento olvidé que había llevado el auto y por eso bajé en la primera planta, porque el comentario del hombre pálido me distrajo lo suficiente como para olvidarlo.

Cuando descendía las escaleras para llegar al auto, me pregunté si el asesino no tendría una simbiosis particular con un animal, por ejemplo con un lobo. ¿O creería que se transformaba en ese lobo, en un león o en cualquier fiera y por eso mordía a las víctimas? Era posible.

Esa área del edificio que conduce al sótano es oscura y fría. Suele estar vacía porque todos toman el elevador para llegar al estacionamiento. Es lo que podríamos decir el lugar más vulnerable de la instalación. Hemos comentado en reuniones de agentes que todos alguna vez —atormentados por los casos que investigamos— hemos sentido que alguien nos sigue para asesinarlos, y a todos se nos ha ocurrido que el mejor lugar para hacerlo es ese. Hasta hemos bromeado con eso. El hecho es que cuando tomé el pestillo y empujé la puerta para salir al estacionamiento, me liberé de esa mínima sensación de peligro que me había acompañado en las solitarias escaleras.

Caminé en busca de mi auto. Escuché el pitido de la activación de la alarma de un vehículo, después oí unos pasos apurados, y luego silencio. Entonces, el sonido violento de un automóvil muy

cerca me alarmó; me detuve y giré para mirar. No podía ver la cara del conductor porque las luces del auto me encandilaban y estaba justo frente a mí. Me encontraba en medio del recinto con las llaves en las manos y prácticamente ciega.

—Va a atropellarme...

En ese instante, comprendí que el peligro casi nunca está donde pensamos.

DEL AUTO SALIÓ la agente Miriam Ackerman y se dirigió, caminando rápido, hacia delante de la carrocería. No era a mí a quien buscaba. Levantó algo con su mano izquierda: era un animal.

Me acerqué y le pregunté qué había pasado. Sus ojos estaban muy abiertos, pero de inmediato tomó el control de la situación, porque así era la agente Ackerman. Se trataba de una veterana del FBI, de delitos informáticos, con quien había intercambiado opiniones en un caso junto con Bob Stonor. Me di cuenta al segundo de conocerla que era una persona de pensamiento rápido y de sangre fría.

—No se sabe qué les está pasando a los pájaros de esta ciudad. Mira a este pobre estornino. He intentado no golpearlo, pero ha caído de la nada y se ha estrellado contra el cristal —me dijo.

—¿Y cómo ha entrado hasta aquí? —pregunté.

—No lo sé. Quedan ciegos. Los pájaros. Pierden el rumbo y andan desorientados. Nadie sabe la razón. La Sociedad Protectora de Animales intenta concluir algo, pero no lo ha logrado.

—Perdona —continuó— si te he asustado al frenar tan brusco y te he cegado con las luces. Fue un reflejo cuando vi que algo se abalanzaba sobre el automóvil. A esta hora la iluminación de este lugar es fatal porque están reponiendo las lámparas y no terminan de instalarlas como es debido.

Acto seguido, tomó el cuerpo inerte del estornino y lo metió en una bolsa de plástico que sacó de la guantera del vehículo. Yo me

quedé de pie mirándola sin decir nada y preguntándome por qué me encontraba tan nerviosa esa mañana.

—Lo llevaré a un amigo. Es experto en aves y está enloquecido con esto de los pájaros. Está convencido de que se trata de un virus escapado de un laboratorio lo que les afecta, o de algo tóxico que hay en el ambiente. Él es un poco de la teoría de la conspiración, pero igual es brillante. Fue un gusto verte, Julia —me dijo Ackerman y partió.

Caminé hacia mi auto.

—Sí que estoy extraña esta mañana... —me dije.

Cuando abrí la puerta, sentí la vibración del celular en el bolsillo del pantalón donde lo había guardado. Era un mensaje de Anne.

«Hay cosas que debes saber de Alexis Carter antes de que te encuentres con ella».

INTENTÉ LLAMARLA DE INMEDIATO, sin embargo, no me contestó.

Salí del estacionamiento y detuve el auto frente al Hard Rock, a pocos metros de la puerta principal del edificio del FBI. Llamé otra vez a Anne.

—Lamento sonar tan misteriosa, pero es preciso que tengas toda la información. Alexis siente a veces que no encaja entre nosotros; y que siempre creemos que son tonterías las que expone. Eso no es así, porque al menos para mí ella está muy cualificada, tiene una capacidad de observación increíble y un razonamiento claro cuando no está confusa por su facultad de ser empática.

—¿Qué facultad es esa? No te estoy siguiendo —le dije.

—Es altamente empática. Es capaz de ponerse en el lugar de los otros y no solo a nivel racional. Puede sentir lo que los demás sienten. Hablo de absorber las emociones ajenas hasta el punto de llegar a vivirlas como propias. Eso es lo poco que me ha dicho y no le gusta para nada hablar al respecto. Creo que es mucho lo que guarda para sí. Es cierto que tanto en Topeka como aquí en Wichita algunos la ven como un bicho raro. Además, su estadía en la comisaría de Topeka fue breve; la buscaron para el caso de los asesinatos de los niños, y luego de participar en eso renunció y volvió a su consulta. Es psicoterapeuta. Luego estuvo de novia con el agente Devin Walsh, de Topeka, al que asesinaron unos meses después. Nunca detuvimos al culpable. Creo que eso hizo que Alexis

volviera al cuerpo policial como perfiladora y detective, pero esta vez en Wichita. Desde ese momento, somos compañeras.

—¿Por qué esa capacidad que dices que tiene Alexis es un problema? ¿Qué es lo que te preocupa? —enfaticé porque tenía la impresión de que Anne no me estaba diciendo todo lo que debía.

—Porque está obsesionada con el asesinato de los Morrison y la desaparición de su hija Sarah. He visto como se ha ido deteriorando en unas horas. Creo que sabe algo que no me ha dicho.

—Si Alexis sospecha o sabe algo, ¿por qué no lo dice? Al menos a ti.

—Puede que esté cansada de que en el Departamento de Homicidios todo el mundo la mire de una manera sospechosa, como dudando de su criterio. Lo que te quería decir es que no le ha sentado bien que venga ayuda de Washington, pero tendrá que aceptarlo porque con esto no podrá sola. Y también me ha dicho algo más...

—¿Qué? —pregunté extrañada.

—Que lo que menos necesita es la ayuda de alguien que atraviesa un mal momento. Alguien que no entierre sus fantasmas y no acepta la verdad, o algo así. Vi que sujetaba un artículo periodístico que imprimió en la web en el que salía una foto de Hans y una tuya después del ataque que sufriste.

Sentí un baño de agua fría con las palabras de Anne. Mis fantasmas estaban todos concentrados en Kansas, y la verdad era que apenas había comenzado a aceptar lo que sentía por Hans. ¿Cómo hizo Alexis Carter para saber eso?

—Tal vez hago mal contándote todo esto, pero quería que tuvieses la información sobre Alexis antes de conocerla. Reitero que es una excelente detective de homicidios, aunque uno no le siga el paso algunas veces, y otras divague un poco.

—Está bien, Anne. No sé por qué ha dicho eso sobre mí, ni tengo idea de a qué se refiere, pero no será problema para mí trabajar con ella —mentí.

Terminé la conversación.

Afuera y cerca del auto, vi una bandada de pájaros negros volar torpemente y unas nubes oscuras aparecieron.

—¿Cómo hizo Alexis Carter para saber eso sobre mí? —volví a preguntarme esta vez en voz alta.

PARTE III

ALEXIS SE DIRIGIÓ directo a la mesa de Anne.

—¿Les has pedido ayuda? ¿A los del FBI? No necesito a nadie, porque no existe alguien en el mundo con mayor interés que yo para descubrir el paradero de Sarah. Eres igual que todos aquí, los que se piensan normales y no son capaces de descifrar ni descubrir nada aunque lo tengan bajo sus narices. ¡No aceptaré la ayuda!

La escucharon gritar todos en la comisaría de Wichita. Anne sabía que esa sería la reacción de Alexis al enterarse y ya había contemplado que debía aguantar la explosión de su compañera.

Alexis dio la vuelta y salió del edificio. Los presentes se miraban entre sí y algunos sonreían y movían la cabeza de un lado a otro.

—Esta detective es muy rara. Dicen que toca de una manera extraña a los cadáveres, y por lo que hemos visto ahora, reacciona como posesa cuando le llevan la contraria. No sé cómo la han aceptado como parte del cuerpo —dijo un oficial que se encontraba sentado frente a la pantalla de una computadora.

Anne aguardó unos minutos y luego fue a buscar a Alexis. Comprendía su molestia, pero ella tenía más experiencia y debía imponer su autoridad.

La encontró cerca, en un pequeño parque, sentada en un banco y mirando a la nada. Se sentó a su lado y se quedó en silencio. Alguien detrás estaba podando el césped y hacía un ruido molesto. Cuando el sonido de la maquina cesó, Anne se decidió a hablar.

—Dejé que te desahogaras allá adentro, pero no cederé. Tengo bastantes más años de experiencia que tú y te digo que no podrás hacerte cargo de esta investigación tú sola.

Alexis la miró con los ojos muy abiertos.

—Son dos flancos: rescatar a la niña con vida, y créeme que estoy segura de que esa es tu principal preocupación, y también apresar al asesino, que es una bestia peligrosa que hay que detener. Te veo tan implicada emocionalmente en lo de Sarah que sé que no lo lograrás sin ayuda. Y no podemos contar con que trabajes con alguno de los oficiales porque, sinceramente, no lo harían a gusto. En eso reconozco lo que dices; no encajas, y es una lástima porque eres la mejor detective de tercer grado que ha trabajado en este lugar. Si fueses capaz de ver a Hans Freeman o a Julia Stein como aliados y no como enemigos, sería mejor para el caso y para Sarah.

Alexis siguió observando con firmeza a Anne. Ahora veía a una compañera que le había hablado con determinación y, a la vez, con sinceridad. Ella respetaba eso.

—Está bien. No debí hablarte así allá dentro —se limitó a decir.

—Así está mejor. Hans está de permiso, pero supongo que luego se les unirá si es preciso. Julia llega hoy mismo o mañana en la madrugada.

—Lo sé. Sé quién es Julia Stein. Aceptaré la ayuda de donde provenga, pero debes saber que ella no atraviesa su mejor momento.

Alexis sintió en ese momento una punzada en la cabeza, un dolor agudo que luego escocía.

—¿Estás bien, Alexis? Has puesto una cara terrible —confesó Anne. Pensó por un momento que tal vez sería buena idea decirle al jefe que Alexis necesitaba unos días de descanso.

—Estoy bien. Solo que me ha dolido la cabeza, pero ya pasará —respondió.

—¿Ellos se conocieron en este edificio? Me refiero a Hans Freeman y a Julia Stein, y a la primera vez que hablaron...

—No lo sé, pero creo que sí. Yo traje a Hans a la comisaría cuando lo busqué en el aeropuerto y quiso venir de inmediato a

trabajar. Y después ella, Julia, vino para informarnos sobre algo de un caso que llevábamos...

Alexis fue a su casa. Necesitaba calmarse antes de la llegada de Julia. Había que dormir algo para luego emprender camino a Topeka y recibirla. Desde que había encontrado los cadáveres de los Morrison, no había podido conciliar el sueño. Sus manos temblaban y sentía una sed imposible de saciar por mucha agua que tomara.

Trituró hielo en la licuadora y se sirvió un vaso lleno de agua y de hielo. Creía que el frío podría contrarrestar el efecto abrasivo de la sed que sentía en su garganta.

Se sentó en una butaca que, junto a un pequeño sofá gris y a una mesita, completaba los únicos objetos que había en su sala.

La butaca daba hacia la ventana y desde ella podía verse una línea de árboles que le gustaba admirar. De alguna manera esa imagen la calmaba, sobre todo por la quietud que le transmitían las hojas inmóviles. Era lo más útil que había conseguido para intentar poner la mente en blanco. Antes lo lograba cuando despertaba junto a Devin, pero ahora él no estaba. Aunque algunas veces lo sentía a su lado, admirando también aquellos árboles.

Comenzó a tomar pequeños sorbos de agua helada. Cuando no lo hacía, descansaba el vaso sobre sus piernas, sintiendo la fría humedad que se colaba a través de la tela del pantalón. Escuchaba el traqueteo de sus dientes al morder los trocitos de hielo. Algo de alivio consiguió, pero no suficiente.

—Si tan solo pudiese encontrar a Sarah con vida otra vez... —se dijo.

Tendría que hacerlo sin Devin. Ahora que Sarah había desaparecido otra vez era como si le hubiesen quitado ese consuelo que compartía con Devin de haberle salvado la vida. Cada vez se hacía en ella más pesada la culpa de la muerte del hombre que amaba. Presentía que lo habían asesinado para detenerla a ella, para neutralizar su capacidad porque era un inconveniente para alguien.

Con ese pensamiento en la cabeza se durmió unos instantes y tuvo un sueño. En este, el hombre que creía era Hans Freeman corría para huir de una sombra que lo perseguía. Corría en una calle desierta y luego la sombra lo alcanzaba y él gritaba. Después quedó paralizado y entonces algo en su cara, en sus ojos, cambió. Comenzó a caminar despacio y parecía otra persona porque ya no tenía miedo. De la nada aparecieron en la misma calle unos hombres sin rostro, vestidos de negro. Eran muy altos y comenzaron a golpear con bates y tubos a otra persona que estaba tumbada en el suelo. Todos reían y, al final, Hans rio con ellos.

El sueño se interrumpió y Alexis sintió la caída, esa que algunas veces sentía cuando soñaba. Brincó en la butaca y el vaso se volcó, se rompió y vertió el contenido en el suelo.

—¿Es que Hans Freeman tiene algún problema con la violencia? —se preguntó—. Como si no tuviera suficiente con mis propias penas —pensó, hastiada de su poder empático.

Se dijo que debía intentar dormir unas horas en su cama.

Al levantarse de la butaca, no se fijó que apoyó el pie sobre un trozo de vidrio. Vio como unas pequeñas líneas de color rojo se mezclaban con los trocitos de hielo y agua, y pensó en el cuerpo de Devin sobre el charco de su propia sangre.

Entonces, explotó en llanto.

TODAVÍA NO HABÍA AMANECIDO y las luces de la ciudad estaban encendidas.

Hacía mucho que no visitaba Topeka. Recuerdo que a mamá le gustaba. Era muy feliz cuando viajaba con unos buenos amigos que tenía. Ellos vivían cerca del río en una casa que para mi madre era una maravilla. Esa versión agradable que de alguna forma me contagió de Topeka ahora se había empañado. La desaparición de una niña inocente la había transformado. Las imágenes de las víctimas no me dejaban y el dolor en la cicatriz se hacía cada vez más fuerte.

Me encontraba en el asiento trasero del auto que había tomado al aterrizar. Según el celular, en tres minutos llegaría a mi destino. El taxista escuchaba música cubana. Una canción que sonaba triste. Aunque no comprendía la letra, me pareció que iba de un amor no correspondido. De vez en cuando el hombre cantaba y también daba golpecitos en el volante, siguiendo el ritmo del bolero.

Pensé en Hans y deseé que le estuviera yendo bien con su hermano. Él debía resolver y cerrar ese asunto de su vida y yo no sabía cómo ayudarlo. El chofer bajó el volumen de la música y volteó la cara un segundo hacia mí. Agachó la cabeza, pero continuaba mirándome.

—Sabe qué le digo, ya la ciudad no es como antes. En el pasado solo se temía a los tornados, pero ahora nos tememos entre nosotros. Quiere que la lleve a la policía, y tiene usted apariencia de

que es policía, así que debe saber lo que estoy diciendo. Soy un hombre pacífico y no me gusta la violencia, pero hay una semilla, un germen en todas partes, en las escuelas, en cualquier lugar donde usted vaya. La gente de esta ciudad ya no es igual.

No supe qué responder. Le dije algo como «así es» y él volvió a aumentar el volumen del radio. Dos minutos después, llegábamos a la estación de Policía, donde me encontraría con Alexis Carter.

Confieso que nunca había escuchado lo de la capacidad empática. Esperaba no encontrarme con alguien demasiado extraño.

Salí del taxi, tomé mi pequeña maleta y entré en el edificio.

El lugar estaba en silencio. Solo debían encontrarse los agentes de guardia, y aquella parecía ser una madrugada tranquila.

—Soy la agente Rita Moore —dijo la policía de guardia.

—Hola. Vengo a encontrarme con Alexis Carter.

Moore me condujo a una salita que estaba cerca de la puerta y me dijo que esperara allí, que Carter llegaría enseguida. Me preguntó si quería tomar café o agua; le respondí que nada y salió de la habitación cerrando la puerta a su paso.

En mi cabeza se había quedado prendada la canción triste del taxista. Me senté en una de las cuatro sillas que había en torno a una mesa desnuda y esperé.

Se abrió la puerta y vi a una mujer rubia y delgada que para nada era como había imaginado a la «empática». Me pareció muy normal.

—Hola, Julia. Soy Alexis. Espero que todo en el viaje haya ido bien.

«Es educada, agradable...», pensé. Me levanté de inmediato para darle la mano.

—Hola, Alexis. Todo bien —le respondí.

Estrechamos las manos.

—¿Has tomado café? No es bueno aquí, pero podría ser peor. El lugar del crimen está a una hora en auto. Yo he traído un termo y dos tazas, si te apetece beber en el camino. El mío es mejor que este —dijo y sonrió brevemente.

—Gracias. Esa ha sido una buena idea —le respondí.

—Puedes dejar tu equipaje aquí. Luego, a la vuelta, lo buscaremos. Creo que debemos ponernos en marcha, porque no deberíamos perder tiempo.

Entonces, me pareció que estaba intentando ocultar su ansiedad. Sin embargo, no mencionó a Sarah. Tenía la impresión de que Alexis no me contaría que ella había participado en el rescate de Sarah Morrison. Podía ser porque comprendía que ya lo sabía o porque no quisiera hablar de eso conmigo.

—Tienes razón —concedí.

Salimos de la salita y atravesamos el breve corredor que conducía a la puerta. Moore se encontraba con los brazos cruzados y la espalda apoyada en el respaldo de una silla cercana a la salida. Se despidió de nosotras.

Cinco minutos después, estábamos camino a Burlington. El cielo comenzaba a clarear y por un momento me pareció que estaba en Wichita. Las calles a esa hora de la mañana me resultaron parecidas a las que atravesaba cuando salía a correr como loca antes de ir a mi trabajo en la Dirección de Asuntos Sociales del municipio. Ahora pensaba que habían pasado siglos de eso...

—¿Eres de Kansas? —preguntó Alexis interrumpiendo mis recuerdos.

—Sí. De Wichita.

—Es cierto. Allí conociste a Anne. Ahora vivo allí y trabajo con ella, pero soy de aquí de Topeka. Son ciudades parecidas, solo que una está al sur, nada más. La gente piensa igual en todas partes.

—Ya lo creo. ¿Tu familia vive aquí? —pregunté.

—Mi familia era Devin Walsh y lo asesinaron aquí en Topeka.

—Lo siento —respondí.

—Está bien. ¿Hans Freeman se nos unirá?

Esta vez no fueron ideas mías: hablábamos de Devin, el hombre que ella quería, y de pronto preguntó por Hans. Era como si Alexis Carter supiera que yo amaba a Hans. Le respondí que eso creía y miré hacia afuera por la ventanilla. No me gustaba que descubrieran mis secretos, aunque me consolé diciéndome que me estaba dejando llevar por los prejuicios hacia ella.

Tomamos la vía 75 para salir de Topeka y pasamos por la entrada de los pueblos de Pauline y Wakarusa. Durante ese trayecto, Alexis me contó sobre su hallazgo de los cadáveres de los Morrison. Me describió con lujo de detalles la llegada al cobertizo abandonado. Yo la dejé hablar y exponer el relato como quiso. Cuando terminó, le hice una pregunta que sabía podía ser incómoda si no quería hablarme de sus «métodos».

—¿Por qué estabas allí? —pregunté.

—Porque algunas veces percibo cosas. Suelen ser confusas, incompletas, y me producen angustia. Pero cuando logro, con esfuerzo y reflexión, descubrir algo gracias a ellas, puedo avanzar...

ME SORPRENDIÓ SU FRANQUEZA.

—¿Y eso qué significa?

—Que percibo unos registros que la mayoría no atiende. Es como si tuvieses un sentido agudizado y te dieras cuenta de cosas que la gente experimenta. Como una hipersensibilidad para comprender los miedos, afectos, pasiones y secretos de las personas. De alguna manera, eso queda impreso en los espacios, en los objetos y las casas, también en la piel. Algunas veces cuando toco las cosas o a las personas, pueden venir a mí imágenes difusas. Eso me era muy útil en la consulta; para la terapia era genial. Ahora en la Policía me ayuda a resolver casos, pero tengo que asumir la resistencia de mis compañeros. Y lo entiendo.

—¿Por qué me cuentas todo eso a mí si no me conoces y no sabes si soy como el resto?

—Porque sé que no lo eres.

Creo que también quería decirme que me conocía y que sabía que estar de vuelta en Kansas removía recuerdos nefastos que quería olvidar, pero no lo dijo.

No era fácil para mí estar cómoda con una persona como Alexis.

—Gracias por pensar eso. La verdad es que no sé nada de lo que has dicho y ni siquiera sé si lo creo del todo —reconocí.

En ese momento, sentí mucho sueño. Era lógico porque había dormido fatal. Ella se dio cuenta y me propuso que descansara un poco. Apoyé la cabeza en el respaldo para reponerme y la verdad es

que me dormí de inmediato. Cuando desperté, estábamos llegando a la escena del crimen, cuarenta minutos después de nuestra salida de Topeka.

Alexis estacionó el auto en el mismo lugar donde lo había hecho cuando descubrió los cadáveres.

Nos bajamos y bordeamos un edificio de dos pisos cerca de la vía. Mientras lo hacíamos, me explicó que el padre de Sarah había comprado ese lugar porque proyectaba convertirlo en una tienda para brindar servicio a los viajeros.

Cuando llegamos a la parte posterior de la construcción, pude ver una cabaña construida en una pequeña depresión del terreno, como a cien metros.

Llegamos hasta ella. Se trataba de una choza destartalada con una sola puerta y dos ventanas. Un área de doce metros cuadrados a lo sumo.

Entramos. Todavía podía verse una mancha oscura en el suelo. La piel se me erizó y sentí en los brazos una especie de hormigueo como el que siento algunas veces cuando rozo las hojas de los pinos al correr en el parque del Potomac. Algo me estaba causando alergia.

El cobertizo estaba completamente vacío. Sobre un área del suelo pude ver lo que me parecieron unas barbas secas de maíz. Supuse que en algún momento eso fue un depósito agrícola anexo a la edificación cercana a la vía.

Alexis me mostró el sitio preciso donde encontró a los Morrison, muy cerca de la mancha oscura. Su descripción fue tan vívida que me hizo estremecer. Era como si los viera en ese momento, o como si una de las víctimas estuviese narrando la escena. Comencé a creer que en realidad me encontraba junto con una persona especial.

—Estaban allí. Asustados y deseosos de encontrar a su hijita Sarah. Ella de seguro se preguntaba por su pequeña y él debía sentirse impotente. Luego vino el ataque a sus cabezas, justo allí en esa área. ¿La ves? —me preguntó.

Pude imaginar el ataque. También recreé la escena del asesino cortándoles la cabeza y luego mordiendo sus cuellos y dando

zarpazos. Esa era la teoría de Hans y yo no contaba con una mejor.

—No he visto las fotos de la escena, Alexis. Pero quiero saber tu opinión. ¿Crees que el asesino se los come?

Me miró con seriedad.

—¿Comérselos?

—Me refiero a sus cabezas —aclaré.

—No lo sé. Después del terror que ellos sintieron, todo queda oscuro en mi mente. El último pensamiento de la mujer fue para Sarah... Cuando toqué su cuerpo al hallarlos, eso fue lo que percibí.

Noté que su frente sudaba.

—Tal vez esto sea demasiado para ella —dije para mis adentros.

—Estaban decapitados justo allí, en esa dirección, como subsumidos en la primera sombra de la noche.

—¿Qué has dicho? —pregunté cortante.

Ella dio un pequeño salto como de sorpresa ante mis palabras, y una de las hojas de la ventana que estaba abierta comenzó a moverse producto de una ráfaga de viento.

—La primera sombra... —repetí.

—Hablo de ese espacio entre el día y la noche que dibuja la oscuridad en las habitaciones a la hora en que cae el sol. Esa hora dibuja como un mapa de penumbras porque la oscuridad no aparece en todas partes por igual, depende de la orientación hacia el oeste... —explicó, aunque más bien me pareció una divagación.

—Mi abuela se ponía triste a esa hora, decía que era una especie de desolación...

—Espera, Alexis —interrumpí—. ¿A qué hora, según el informe forense, murieron los Morrison?

—Entre las 7:00 y 8:00 de la noche —respondió.

De inmediato, tomé el celular y busqué las fotos de los otros crímenes. Busqué también los informes forenses. ¡No podía ser que no hubiese notado eso!

—Peg y James Ryder, la hora de la muerte, entre las 6:00 y las 8:00; Edward y Emma West, entre las 7:00 y las 8:00; Michael y Camile Baker, entre las 7:30 y las 8:30; Paul y Jeanette Arkin, entre las 6:30 y las 7:30; Stan y Cynthia Halsey, a las 7:33 (el reloj de

Stan se encontró roto y detenido a esa hora, por ello se presume el momento del crimen)... —leí.

¡Todas las víctimas habían sido asesinadas casi a la misma hora!

—¿QUÉ puede significar eso? —preguntó Alexis.

—No lo sé. Esa hora de la caída del sol... tal vez algo religioso. El amanecer y el atardecer dibujan colores especiales en el cielo. Tal vez signifique algo relacionado a un rito o a una experiencia traumática que el asesino haya tenido a esa hora en particular.

Alexis dio unos pasos más en dirección hacia donde, me dijo, había encontrado los cadáveres. Me parecía que los estaba viendo allí otra vez recién decapitados.

De pronto, se detuvo y puso cara de terror.

La ventana golpeó con más fuerza y esta vez el sonido me hizo brincar a mí.

—Me hubiese gustado saber si, al menos, eran felices. Creo que Devin y yo les devolvimos la alegría al recuperar a Sarah, pero me gustaría estar segura de que durante estos años fueron una familia con una vida plena. En cambio, cuando los toqué, me refiero a sus cadáveres, no sentí nada de eso. Es que, a veces, simplemente no logro percibir nada. Todo es muy confuso para mí. Lo único que sentí en ella, en la madre de Sarah, fue un pensamiento para su hija, como ya te he dicho. Y tal vez confusión, además de terror, mientras él la mataba...

—¿Has dicho «él»? ¿Cómo sabes que es un hombre? —pregunté.

Otro ruido me sacó de esa conversación. Ahora no era la ventana, sino algo que se movía cerca y detrás de nosotras. Saqué

el arma por instinto y apunté. Ya tenía el dedo sobre el gatillo cuando la vi.

—Es solo una rata. Yo también las odio. Esto estaba lleno de ratas...

Guardé el arma y alcancé a ver que la cola erecta del animal desaparecía en el exterior de la casa a través de la puerta.

—Te preguntaba que cómo sabías que el asesino era un hombre —insistí.

—No estoy segura. No lo sé.

Suspiré. Pensé que de nada valía ser empática si no podíamos obtener de eso alguna información precisa que nos ayudara. Me dije que todo era demasiado confuso en la mente de Alexis y que, a ella, la empatía parecía pesarle antes que agradarle.

—Quisiera encontrar algo útil en este lugar —dije, mirando a un lado y a otro.

No me gustaba estar allí. De las cosas que dijo Alexis, había una en la que yo he creído desde siempre. Los sitios se impregnan de las cosas que pasan y esas paredes transmitían una sensación de desahucio, de tristeza mezclada con desolación, que me hacía querer abandonar esa choza de inmediato.

—¿Por qué has preguntado si el asesino es un hombre? —quiso saber Alexis.

Su pregunta me sorprendió.

Ella continuaba observando fijamente un área precisa en el suelo. El lugar donde encontró a los Morrison. No se volteó a mirarme cuando me habló. Estaba actuando de una manera extraña, como a punto de entrar en una especie de trance. La dicción y la velocidad con las que pronunció las palabras me hicieron pensar en eso.

—No lo sé. Creo que porque en Washington me sucedió algo con una mujer llamada Carrie Boggs...

Volteó a mirarme cuando escuchó su nombre.

—Sé que lo más probable es que no tenga nada que ver con esto, pero nos abordó a mí y a Hans en un restaurante hace dos noches, y me dijo cosas sin sentido sobre un caso que investigo.

—Ese nombre me suena. ¿Cosas como cuáles?

Si Alexis no me pregunta eso en ese momento, no me hubiese venido a la cabeza lo que dijo Carrie sobre el ojo de la oscuridad. Me di cuenta de que ahora eso cobraba mayor significado por el descubrimiento que habíamos hecho sobre la coincidencia en las horas de las muertes. Además, uno de los niños había dicho algo, Cedric Arkin, y lo tenía en mis notas...

—«Quiero irme de aquí con el día...» —repetí en voz alta sin responder a la pregunta que me había hecho Alexis.

—HABRÍA que hablar con ella si piensas que te puede ayudar en tu caso, o si intuyes que tiene relación de alguna manera con lo que sucedió aquí. ¿No crees?

—No es posible. Se suicidó lanzándose de lo alto de una torre — le respondí casi de manera mecánica.

Alexis volvió a mirar hacia el lugar de antes. Yo comenzaba a sentir que dábamos vueltas en círculos, que estábamos perdiendo el tiempo allí y que debía irme a investigar a grupos de fanáticos en la zona cuyo credo se basara en ideas relacionadas con el ocaso, la noche o algo similar. No sería fácil, porque la idea de la luz y las sombras ha sido un recurso utilizado en muchas religiones nuevas y antiguas. Además, estaba lo del cementerio de Stull, que había dicho Carrie y que abría posibilidades en cuanto a cierto tipo de creencias. Había mucho por donde tirar. También debía pedir a Bob Stonor que investigara a Carrie.

Caminé un poco inquieta, acercándome a los rincones y a las paredes de la choza. Allí no había nada. Los forenses ya habían cumplido su labor y, de haber alguna pista, lo habrían comunicado a Anne o a Alexis.

Cuando iba a proponerle que saliéramos y diéramos un vistazo en los alrededores, ella se acercó al punto fijo que miraba en el piso; se inclinó primero y luego se puso en cuclillas y tocó el suelo con la palma de la mano derecha, rígida.

—¡La oscuridad fue inundando la habitación! Iba atardeciendo — continuó ahora con un tono de voz más bajo— y, al llegar la oscuridad a los cuerpos, ellos comenzaron a sufrir las mordeduras. Los dientes eran duros como piedras, afilados como cuchillos, como sierras amarillas... ¡No! ¡No! ¡Quiero que pare! —gritó fuerte y se cubrió la cara con los brazos como si fuese ella a quien estuviesen devorando.

Luego hizo silencio y se levantó. Esperaba que, lo que fuera que le había pasado, cesara. No quería tener que controlar una crisis nerviosa de Alexis en ese horrible lugar. Me pareció además que, a pesar de su aspecto frágil, era capaz de mover una gran fuerza en su interior. Eso creo que lo deduje de la seguridad que me inspiró al verla conducir. De alguna forma le temí.

Comenzó a llorar y creo que hacía lo posible por calmarse, pero no lo conseguía. Me conmovió, porque en este trabajo hay que enfrentar lo peor de las acciones de las personas, y poder sentir lo que experimentan las víctimas debía ser una carga pesada. Daba la impresión de que ella de verdad sufría. Me acerqué y decidí abrazarla. Continuó llorando unos segundos más en mi hombro. Luego se apartó y limpió su rostro de las lágrimas con las manos.

Me quedé en silencio, mirándola.

—Perdona, Julia, debes de pensar que soy muy débil para esto. Creo que tienes razón en que algo sucede cuando anochece, y lo que sea, inicia en la penumbra. Las víctimas son devoradas en la oscuridad. Tenemos que encontrar a esa niña —me dijo con una entonación que parecía más un lamento.

Asentí.

—Antes has dicho algo de «salir con el día» o cosa similar. No sé de dónde sacaste eso, pero creo que los Morrison no habrían muerto si hubiese sido de día, si este lugar hubiese estado lleno de la luz del sol. Es todo lo que puedo decir.

Cada vez yo estaba más convencida de que lo de la hora de la muerte era una clave y que Alexis, a su manera, me había ayudado a descubrirlo.

—Salgamos de aquí. No creo que este sitio nos brinde más información. Al menos, ya sacamos en claro lo de la hora de la

muerte —propuse.

Fuimos al exterior y nos detuvimos a mirar el entorno. Hierba seca y nada más. Unos álamos podían verse a cien metros más o menos, en una especie de bosque que destacaba del resto del paisaje.

—¿Has caminado por los alrededores? —pregunté.

—Sí, pero no llegué hasta el bosque de pinos. El equipo forense debió hacerlo.

Comencé a caminar hacia los álamos y ella me siguió. Me daban vueltas muchas cosas en la cabeza, pero no sabía si comentárselas a Alexis por la crisis que acababa de padecer. Entendí por qué en la comisaría de Wichita y también en Topeka ella no encajaba. No era tanto por su rareza, sino más bien porque uno no sabe cómo va a reaccionar de repente; ni ella misma lo sabe. Está demasiado «expuesta» a cosas que a los demás nos resultan imperceptibles.

—¿Piensas que soy muy extraña, verdad? Que este trabajo me queda grande —dijo con tranquilidad mientras caminaba a mi lado.

Miré su cara un segundo. Ahora me parecía más joven y también más pálida. Su nariz estaba enrojecida y sus pestañas aún se veían mojadas.

—Sí, pienso que eres extraña, pero esto no te queda grande —respondí.

—Tengo que confesarte algo. Cuando vine aquí, presintiendo estos asesinatos, llevaba días tras otros crímenes cometidos en Kansas. Hice una investigación personal sobre esos hechos y algo me dijo que el asesino iba a volver a actuar. Tuve un sueño que me orientó. En los sueños y las visiones puedo descifrar cosas, pero otras quedan oscuras. Sabía que debía buscar un edificio apartado de otras edificaciones, abandonado, y cerca de una vía junto a la hierba alta, pero nada más. En el sueño lo vi, pero me era imposible saber dónde estaba. Como te digo, lo que aparece en mi mente es confuso y exige que luego vuelva una y otra vez a pensar en ello. Si después indago e interpreto, con suerte encuentro lo que vi antes en mi cabeza. Para hacer cada vez mejor esas interpretaciones, he estudiado y me he hecho detective. En este caso, busqué en Google varios edificios alejados junto a las vías de Kansas. Eso era lo único

que había sacado en claro de mi sueño. Así fue como lo encontré, y te aseguro que no fue al primer intento. Lo logré cuando pensaba que ya no lo haría. No soy pitonisa ni clarividente. Es como tener la cabeza llena de bruma la mayoría del tiempo, pero entonces, de repente, aparece la claridad. Ahora mismo presiento que vamos a encontrar algo terrible dentro de poco tiempo...

—¿Cómo un *déjà vu*? —pregunté.

—Sí. O, más bien, como un *déjà vu* de un *déjà vu*, que se origina en un sueño o en una imagen que viene a tu mente.

Sacudí un poco la cabeza. Demasiado complejo para mí.

Alexis sonrió.

Entonces decidí hablarle de los otros casos, de los asesinatos de las parejas, porque tuve la seguridad de que esos «otros crímenes» de los que ella me hablaba eran los mismos que yo investigaba. Alexis había relacionado los asesinatos con las muertes de los Morrison y yo también lo había hecho, aunque por vías diferentes.

—No estoy segura, pero es posible que el crimen de los Morrison no sea el primero que comete este asesino. Investigo el caso de un asesino serial que ha atacado parejas jóvenes en otros poblados de Kansas. Nadie ha establecido la similitud porque hemos mantenido en secreto algunas características del ataque a las víctimas. El asunto es que creemos que el asesino opera un dispositivo con garras y, además, muerde a las víctimas después de decapitarlas. Estamos analizando con mayor profundidad las mordidas. El FBI contrató al mejor especialista en ese tipo de heridas para ver qué sacamos. Es por eso por lo que estoy aquí en realidad. Para investigar si el asesinato de los Morrison es el sexto ataque del mismo asesino. Cuando Anne me llamó y comprendí las semejanzas en las heridas de las víctimas, decidí venir.

—Yo creo que se trata del mismo monstruo. Tú hablas de los asesinatos de los Ryder, los West, los Baker, los Arkin y los Halsey. Esos asesinatos que quedaron sin resolver, pero que nadie ha relacionado.

—¿Cómo has sabido eso?

—Cuando vine a este lugar, me orienté con un mapa en donde ya había demarcado los lugares en los que todos ellos murieron:

Lawrence, Salina, Liberty, Emporia y Waverly. Lo supe, pero no puedo decirte cómo. Algunos de esos asesinatos los he visto en sueños, pero no sabía de quiénes se trataba hasta que conseguí sus fotos en los periódicos. El de Lawrence fue cometido hace casi un año. Fue el primero, pero no fue sino hace seis semanas que comencé con esto...

—Vamos a intentar aclararnos. ¿Solo tus visiones te hicieron presentir que los crímenes que investigo tenían relación con el asesinato de los Morrison? Porque no sabías lo de las heridas ni lo de las mordidas en el cuello, tampoco lo de la hora de la muerte y mucho menos lo de mi encuentro con Carrie Boggs, si es que ese encuentro significa algo...

Detuve el paso, esperando una respuesta, y ella también lo hizo. Me tocó el brazo sin hacer presión, fue más bien como si sostuviera sus dedos sobre mi muñeca.

—Ella también me tomó del brazo cuando la vi. Hablo de Carrie Boggs. En mi celular puedes ver la foto del papel que nos mostró aquella noche en medio de la angustia que sentía. Lo dejó sobre la mesa y nos quedamos con él —le dije y busqué el teléfono en mi bolsillo. Ubiqué la imagen del papel donde Carrie había hecho las anotaciones de las localidades y dibujado el círculo y el triángulo.

Alexis tomó el teléfono entre sus manos y miró con detenimiento la imagen. Se la mostré porque tal vez captara algo viéndola.

—No lo sé, Julia. No veo nada claro. Solo puedo decirte, en parte por lo que puedo deducir de los trazos y en parte por lo que ahora mismo percibo, que era tal como has dicho: una persona sumamente atormentada por algo que tal vez pueda provenir de su pasado. Es como si hubiese participado en algo malo y cargara esa culpa.

Su cara denotaba preocupación.

—Acabo de tener una visión fugaz viendo la pantalla de tu celular. Pero es preciso que entiendas que mis visiones son más caos que orden.

—¿Qué has visto? —pregunté impaciente.

—Una sombra que la persigue al principio. Una sombra que persigue a una mujer que, supongo, es Carrie. No es la primera vez

que veo a esa sombra...

Hizo silencio y me dio la impresión de que había algo más que no quería decirme.

Después continuó hablando.

—Esta sombra tiene el poder de envolver a las personas. Carrie después parecía cómoda con ella, como si fuese su amiga. Como si de pronto le perteneciera. Es todo lo que puedo decirte... —se lamentó y me devolvió el teléfono.

—Ahora que dices eso de la sombra, pienso que puede que la angustia de Carrie fuera porque, aunque no era la asesina, podía conocer a quien lo fuera, y de allí esa desesperación que pude notarle y que la llevó al suicidio. Tal vez comprendió tarde lo que sucedía o lo que hacía alguien de su entorno. Y puede que en algún momento quisiera salirse de la influencia del criminal, pero no lo logró. Después perdió la razón porque sabía que irían por ella, y por eso decidió acabar con su vida. Porque estaba muerta de miedo... —expliqué, pero con muchas dudas en mi cabeza.

—Creo que eso es posible —se limitó a responder Alexis y continuó caminando.

Sentía que estábamos adivinando y que andábamos a tientas.

—Dime si hubo algo de ella que te llamara la atención. Una cosa en particular. Puede que razonando entre las dos lleguemos a algo —me dijo.

—Sí que lo hubo. El tatuaje que tenía en su brazo. Era horripilante. Sé que hay muchos tatuajes espantosos por allí, pero este me resultó de alguna manera aterrador... —alcancé a decir y le describí el tatuaje.

—Si es cierta tu interpretación de mi visión, cosa que me parece posible, puede que ese tatuaje fuera una llamada de atención para ella. Algo como un recordatorio para no volver a caer en los brazos de esa sombra. Eso es todo lo que se me ocurre ahora.

—¿Crees que si analizamos el entorno de Carrie logremos dar con algo? —pregunté.

—Podría ser. No lo sé, Julia —dijo moviendo la cabeza. Después pareció ocurrírsele algo, se paró en seco y continuó hablando—. Trata de contarme todo lo que te ha pasado con Boggs, y antes, en

medio de tu investigación. Dame detalles objetivos, los que sean, y también cuéntame tus pareceres, intuiciones, cualquier cosa. Todo, sin obviar nada, desde que te encargaste del caso, por favor. Lo mismo da un detalle del informe forense que algo que te haya pasado mientras ibas camino a tu casa o a tu oficina.

Hice lo que me pidió. Ya habíamos llegado a donde estaban los álamos cuando le dije lo de los pájaros ciegos de Washington y lo del estornino que Ackerman atropelló.

Tuve la impresión de que eso la alarmó.

—¿POR qué has puesto esa cara?

—No es nada —respondió.

Otra vez se convirtió en alguien reservado y no quiso decirme qué idea cruzaba por su mente. Desde ese momento, la sentí temerosa, volteando a cada mínimo sonido que se producía en el bosque.

Recorrimos cerca de doscientos metros más alrededor de los árboles y no dimos con nada.

De repente, recordé algo que me había dicho Anne y no sabía cómo pude olvidar.

—Espera, Alexis..., ¿no dijo Anne que habían encontrado trozos de tela, presuntamente de Sarah, hechas jirones cerca de este lugar?

—No lo sé. Eso no lo recuerdo, y me acordaría si me lo hubiese dicho. Tal vez no me dijo nada porque sabe que...

—La llamaré —respondí sin atender a sus palabras.

El celular llamaba, pero Anne no atendía.

—Sarah estuvo aquí. Caminó entre ese árbol y ese otro.

Mientras Alexis decía eso, caminaba entre dos álamos.

—Está viva... ¡Sé que está viva! —comenzó a repetir, animada.

En ese momento, Anne atendió mi llamada y me dijo que acababan de encontrar a Sarah Morrison. La niña había sido decapitada y presentaba heridas y mordeduras parecidas a las de sus padres.

Sentí náuseas.

—Está muerta —le dije a Alexis casi sin aire.

Se calló unos segundos y luego emitió un grito tan fuerte que me pareció eterno, y corrió bosque adentro.

Le corté a Anne y la seguí lo más rápido que pude, pero no lograba verla.

—¡Alexis, para! ¡Alexis! ¡Razona! Debemos ir a la escena. La mejor forma de parar a este maldito es siendo más inteligente que él, y eso solo lo lograremos si hacemos bien el trabajo. ¡Alexis! —grité.

Intenté buscarla, pero fue en vano. Volví sobre mis pasos porque pensé que no podría estar huyendo para siempre. Cuando pasara la impresión, regresaría al lugar donde estaba nuestro auto.

—¿Por qué la mató? —me pregunté varias veces en voz alta, y, mientras lo hacía, sentí que lo odiaba más que a cualquier otro asesino que hubiese perseguido.

Matar a una niña, un ser vulnerable, era asqueroso. No podía llevarse tanta maldad adentro. Recordé a los otros niños, ahora huérfanos, solos en el mundo y absorbidos por el sistema de cuidado gubernamental, pero vivos. Había perdonado la vida a cinco niños, pero a Sarah no.

La cicatriz comenzó a latirme.

—¿Y si Sarah tenía algo en particular y no paró hasta dar con ello? Podría ser que todos los anteriores chicos hubiesen sido pruebas. Que matara a los padres y fuese por los niños, y, al comprobar que no eran los indicados, los dejase con vida y libres. Tal vez buscara al indicado para matarlo y resultó ser Sarah Morrison. ¿La indicada para qué? —me interrogué a mí misma.

Tenía la cabeza hecha un lío.

Salí de la espesura que daban los álamos y miré de nuevo la edificación abandonada donde murieron los Morrison. Me di cuenta de que con la noticia de la muerte de Sarah no llegué a preguntar a Anne dónde exactamente habían encontrado los jirones de tela. Mientras caminaba a la casa, busqué en mi celular en el sistema de información del FBI si ya los chicos habían actualizado el estado de los hallazgos del caso Morrison, y si hubiera alguna información

nueva. Les había dicho que seguía una pista y que el asesinato de Burlington podría ser de importancia y por ello debían actualizar cualquier información en el sistema por pequeña que fuera.

Y allí estaba. Las dos pequeñas tiras de tela, de cinco y tres centímetros, las habían encontrado en un lugar en dirección contraria a donde nosotras habíamos caminado, lejos de los álamos y más cerca de la vía. Tenía sentido porque eso indicaba que habían sacado a Sarah en un vehículo. Si era verdad lo que había sentido Alexis de que la niña estuvo entre los álamos, pudo haber sido porque intentara escapar por allí, pero luego la capturaron.

—¿Por qué no la mataron al mismo tiempo que a sus padres? ¿Qué planeaban hacer con ella? —me pregunté.

Tratar de responder estas cuestiones me dejaba una sensación de asco y terror entremezcladas, y extrañé como nunca a Hans. Quería que estuviese allí conmigo para pensar mejor. Hans sacaba lo mejor de mí.

Llegué cerca de la casa y caminé hacia donde el informe decía que habían encontrado los trozos de tela. Noté que allí no había nada que hubiese podido desgarrar la ropa; ni una rama, ni una superficie filosa. ¿Qué hacían esos jirones de la ropa de Sarah allí? A menos que fuera la propia Sarah la que los hubiese dejado, como para plantar un rastro. Si ella hubiese podido romper su vestido, pudo haber sido ella misma quien ideara esta estrategia de comunicación, como en *Hansel y Gretel*. Podíamos estar ante una chica lista y valiente.

Las lágrimas me sorprendieron.

Esa niña intentó luchar hasta el final si lo que estaba pensando era cierto, pero ahora estaba muerta.

Me resistí a quedarme allí de pie y llorando. Ya con la inestabilidad de Alexis tenía bastante. Cerré los ojos y respiré profundo un par de veces para «enfriar» mi cabeza y, entonces, sentí que alguien venía tras de mí.

—SARAH ESTÁ muerta y no pude hacer nada por ella.

Eso dijo Alexis mientras caminaba hacia mí.

—Ya no sirvo para esto —concluyó.

»Julia, perdona lo de antes. Casi nunca estallo de esa manera. Lo que me dijiste es verdad. Hay que devolverle los golpes a ese cabrón y hay que atraparlo. Tenemos que ir a la escena.

Asentí.

Nos dirigimos en silencio hacia nuestro auto. Había crecido un vínculo entre nosotras tal vez porque yo la apoyé en un momento crítico y, aun así, contaba con ella. Eso pudo quebrar el prejuicio que la movía y que le hacía pensar que nadie aceptaría su singular capacidad.

Cuando llegamos junto al auto, Alexis se detuvo y comenzó a hablar.

—Sarah Morrison es la niña que Devin y yo salvamos de morir en manos de esos asesinos de niños en Topeka hace cuatro años. Puede que ya eso lo supieras, pero yo no te lo había dicho. Lo que no he contado a nadie es que pienso que gran parte de lo que pasa es una venganza por haber usado mi empatía para hacer justicia y atrapar a esos hombres. Siento que están tras de mí. Estoy segura de que el ser que más quise, y al que más hubiese querido siempre, murió por culpa de mi intromisión en sus planes.

No tenía idea de que para Alexis este caso era tan personal. Anne me había alertado, pero no a estos niveles; ella realmente

creía que lo de Devin Walsh y ahora lo de Sarah eran por su culpa.

—Necesito adelantarme a ellos porque, si no, vendrán por mí. Ya cumplieron el objetivo con Sarah, pero la siguiente seré yo y tengo que dar caza al asesino antes de que me coja a mí, y también a ti.

Me soltó todo lo que me había ocultado hasta ese momento. Me miraba como esperando que yo reaccionara, que dijera algo. Caminaba sola con una carga muy pesada y ahora la había liberado sin más, así que decidí apoyarla.

Nos encontrábamos junto al auto y dejé caer mi espalda sobre la puerta del conductor. Miré hacia el frente mientras ideaba los próximos pasos de la investigación junto con Alexis. Si era empática, como decía, ya debía saber que podría contar conmigo.

Entonces, me di cuenta de que ella también era una chica valiente. Padece tanto sufrimiento, empatizar de tal manera con las víctimas y aun así volver, no rendirse, estar allí. Era una mujer testadura y terca como una mula y, en este oficio, eso vale oro porque no se descansa hasta atrapar a los criminales.

Se puso a mi lado y también apoyó su espalda en la puerta, mirando al mismo lugar que yo.

—¿Por qué cuando hablas a veces creo que piensas que es un asesino y otras que son varios? Es como si consideraras que se trata de algo más grande que solo un hombre —le dije.

—Es verdad. Lo hago.

—¿Crees que el asesino utilice a un animal feroz para dar muerte? —le pregunté.

—No lo sé. La verdad es que cada vez tengo menos certezas.

PARTE IV

EL HOMBRE ESTABA COMIENDO un helado de chocolate y se encontraba sentado en un banco, cerca de la escalera de caracol del edificio principal del museo Science City.

Antes había estado meditando sobre su vida mientras caminaba en el parque Washington Square, a pocas cuadras del museo de ciencias donde ahora se hallaba. Había ido al parque porque le gustaba colarse entre corredores, perros y niños en el pulmón vegetal de Kansas City. Le bastaba solo con oír los sonidos y las voces, y dejarse llevar ahora que estaba en una etapa de transición y a punto de iniciar nuevos proyectos.

Disfrutaba la mañana, y nada mejor para continuar haciéndolo que visitar el museo. Miró hacia arriba, al espectacular techo del Science City y se maravilló otra vez. Era perfecta la conjunción de vitrales triangulares de colores turquesa y arena que habían diseñado. Además de hermoso, el edificio era funcional porque encerraba muchos acertijos que atraían a miles de niños de Kansas. El lugar estaba muy concurrido. Se juntaban los grupos de escolares acompañados de los maestros de ciencias y algún que otro grupo de viajeros deseosos de conocer el museo del que tanto se hablaba.

El hombre observaba, callado. No podía evitar evaluar y emitir un juicio sobre quienes pasaban a su lado sin siquiera reparar en su presencia. Sabía, por ejemplo, que el chico alto de la mochila de *Jurassic Park* que acababa de pasar iría directo a la Exposición del

Código Genético, y la niña que caminaba a su lado —posiblemente su hermana— se decantaría por el área donde reinaban los robots.

¡Era tan fácil descubrirlos a todos!

Devoraba el helado mientras miraba decenas de chicos uniformados entrar como bandadas a la exposición más popular de ese día. «La magia de la naturaleza» se llamaba.

No reparó en que una niña se había sentado en el segundo peldaño de la escalera que tenía cerca y no dejaba de mirarlo. Tenía el pelo castaño claro recogido en una cola y un flequillo que le cubría por completo la frente y parte de las cejas.

—¡Hola! —saludó al verla.

—Hola —respondió ella y continuó mirándolo.

—¿Me miras a mí o al helado que estoy a punto de terminar? —preguntó.

La niña soltó una risita tímida.

—No me gusta el helado de chocolate —se atrevió a decir ella.

—¿No te gusta el chocolate? —preguntó en un tono más alto, fingiendo haberse escandalizado, al tiempo en que alargaba el cuello, abría más los ojos y sacudía la cabeza. Después, con la mano derecha, se cubrió la frente y se mantuvo así durante unos segundos. Logró lo que quería: que su imagen fuese divertida, y que la niña riera con muchas ganas.

Se quedó en su mente por unos instantes el final de esa carcajada de registro muy agudo. Le gustaba ese sonido estilizado, como de cristal.

—¿Has venido sola? —le preguntó y apartó a un lado lo que quedaba del barquillo de chocolate porque no quería que alguna gota manchara su ropa blanca. Solía tratar con sumo cuidado sus trajes.

La niña movió la cabeza en un meneo un tanto teatral. Él sabía que así eran los niños cuando hablaban para dar énfasis a sus respuestas. Opinaba que era parte de la pureza infantil actuar de esa manera.

—¿Dónde está quien te acompaña? —preguntó.

La niña miró de nuevo lo que quedaba del helado, pero no dijo nada.

—Ya. Te ha ido a comprar uno de estos, pero no de chocolate. Déjame adivinar... ¡de vainilla!

Ella asintió otra vez con un movimiento acompañado de una sonrisa. Se levantó con caminar errático y dio unos pasos para llegar a su lado. Tocó algo que le llamó la atención y que le pendía de la solapa. Era un objeto brillante que ella luego identificó: un prendedor con forma de rana y unas piedrecillas rojas incrustadas.

—¿Te gusta esto? Ya veo. Pues tienes muy buen gusto. ¿Puedo saber cómo se llama esta niña inteligente y de buen gusto cuyo único defecto es que aborrece el chocolate?

—Blanca —dijo ella, veloz, como si estuviese esperando que le hiciera esa pregunta.

—Ahhh..., es una maravilla de nombre. Su origen es germánico, pero eso seguro no te importa. Tu nombre significa brillo, honestidad. ¡Es fabuloso que lleves ese nombre! Parece hasta una sonrisa del destino para mí.

Ella, por primera vez, lo miró como si no comprendiera lo que decía y su pequeño rostro se ensombreció un poco para luego volver a resplandecer.

—¿Sabes dónde vives, Blanca?

—Sí. Frente al parque.

—¿Y te gustan los pájaros del parque?

—No —respondió tajante.

—Ya. Te gustan más los cachorros que llevan a correr por todos lados, los que ensucian y aturden con sus ladridos. Pero debes saber una cosa, Blanca —dijo levantando poco a poco el tono de voz—: aunque creas que los perros son los seres más inteligentes sobre la Tierra, no es así. Son los pájaros, y justo son los que no te gustan. ¿Me entiendes? ¿Me entiendes, verdad? —repitió.

Un grupo que se encontraba cerca volteó a mirarlos porque había levantado la voz y un guardia de seguridad del museo los observaba con fijeza.

—Pero no importa, Blanca. No es tan relevante que estés confusa en relación con la apariencia de las cosas porque de seguro eso es culpa de quienes están a cargo de tu educación.

En ese momento, una mujer vino corriendo a donde estaba la niña y una pareja de turistas pasó cerca.

—Blanca, cariño, qué susto me has dado...

Traía un barquillo de vainilla que venía derramándose desde que comenzó a correr. Pareció olvidar que lo tenía cuando estuvo junto a la niña y el helado fue a parar al suelo. Blanca lo vio caer y se quedó muy quieta, mirando hacia abajo.

La persona que había estado hablando con ella observaba a la recién llegada y pensaba que era torpe, y que era una pena que Blanca estuviese junto con ese tipo de persona.

El guardia de seguridad apareció justo detrás de la mujer en ese momento. El hombre no lo vio venir tal vez porque se distrajo con la caída del helado y la cara de preocupación de Blanca.

—¿Sucedó algo? —preguntó el guardia con la mirada puesta en el hombre.

—No, todo está bien. Mi hija se ha separado de mí mientras compraba el helado y luego he pasado un susto de muerte. Pero ya todo está en orden —dijo la mujer al tiempo en que tomaba a Blanca de la mano.

La niña miraba a la persona que había conocido y otra vez sus ojos reflejaban curiosidad y agrado. Ahora también mostraban un poco de cansancio.

—Me llamo Fonteyn, Margaret Fonteyn, y ella es mi hija Blanca. Es que una se preocupa porque hay mucha maldad y gente insana suelta por allí, y aún más con lo que ha estado sucediendo aquí en Kansas... —explicó la madre, mirando al suelo.

Agarró la mano de Blanca con brusquedad y se despidió del guardia, dándose la vuelta. Comenzó a caminar en dirección a la salida del edificio.

Entonces, la niña volteó y miró hacia donde todavía estaba sentado aquel hombre que acababa de hacerse su amigo. Pareció dudar un momento sobre qué hacer, pero luego se soltó de la mano de la mujer y corrió hacia él. Llegó de golpe y, sin quererlo, le tumbó lo que quedaba del helado de chocolate. Se acercó lo suficiente como para decirle algo al oído.

—No lo es. No es mi madre y tampoco me llamo Blanca. Me han sacado de casa, me dieron algo que me ha dado sueño y ya quiero volver...

ALEXIS SUBIÓ AL AUTO, descompuesta por la noticia del asesinato de Sarah Morrison. La muerte de la niña había desencadenado un cataclismo dentro de ella, pero trataba de reponerse. A ratos intentaba calmarse; lo noté por la forma como tomaba aire y luego lo expulsaba.

Cuando abroché mi cinturón, volteé la cabeza hacia la ventanilla porque supuse que no deseaba que nadie la viera llorar. Pensé en lo mucho que me hacía falta Hans y una enorme tristeza cayó también sobre mí.

Alexis suspiró con fuerza —como anunciándome que había logrado controlar sus emociones por el momento— y comenzó a conducir.

Nos dirigíamos a Swope Park Mountain, lugar donde habían encontrado el cadáver de Sarah.

Al cabo de unos minutos, Alexis rompió el silencio.

—No puedo sacar de mi mente a Sarah —afirmó con la voz quebrada.

Apenas terminó de decir eso, vi un auto, un camión, que salió de alguna parte y que venía directo hacia nosotras.

Alexis hizo una maniobra rápida y giró el volante hacia la derecha. Yo cerré los ojos, mi cuerpo hizo un movimiento violento y sentí varios golpes en los brazos. Recuerdo que me repetía a mí misma la palabra «accidente» y tuve la seguridad de que iba a morir. Fue muy extraño, pero en fracciones de segundos la imagen de

Carrie Boggs me vino a la mente diciendo que era mi hermana, y de alguna manera supe que quien hablaba dentro de ella era Richard.

De pronto, el auto dejó de moverse y mi cerebro se puso en blanco.

Antes de abrir los ojos, rogué para que no sucediera nada más porque todavía tenía la sensación de que algo nos impactaría, nos rompería a la mitad y sería el final.

EN ESE MOMENTO, la cabeza iba a estallarme. Un dolor agudo se concentró en mi cuello e iba extendiéndose hacia arriba. Era como si la cicatriz hubiese «despertado» con la misma fuerza de cuando se produjo la herida, como si acabara de penetrar aquella bala que casi me mata. Pero así como llegó el insoportable dolor, desapareció.

Me atreví a abrir los ojos y di gracias de que todo estuviera en su lugar.

Alexis tenía las manos puestas sobre el volante y miraba hacia adelante. Parecía una figura de cera, inmóvil. El auto no se había volcado y no habíamos salido despedidas porque estábamos sujetas con los cinturones de seguridad. Los cristales tampoco se habían roto. Creo que dimos unas cuantas vueltas y evitamos la colisión. Ahora el vehículo había quedado con la parte delantera en contravía y, sobre todo, íntegro.

—Debí haberlo sentido más grave de lo que en realidad fue —me dije.

El camión se encontraba detenido a unos pocos metros. Tampoco se había volcado.

Alexis me miró y me preguntó si estaba bien.

—Esto fue... —comencé a decir.

—Lo sé. Conduzco a alta velocidad, pero soy buena piloto y tengo reflejos rápidos —interrumpió.

—Sí, por fortuna —asentí.

Vi que tocó su brazo derecho.

—¿Te golpeaste? —pregunté.

—Un poco. Debimos de golpearlos entre nosotras. Ahora me duele, pero no es nada grave. Veamos cómo está el otro conductor —propuso y acto seguido desabrochó su cinturón y abrió la puerta.

Yo hice lo mismo y salimos. Me sentí un poco mareada, pero continué el camino hacia donde se hallaba el camión. Vi que el conductor no había salido de la cabina y eso me extrañó. No habíamos colisionado, pero el susto fue lo suficientemente grande como para que cualquier persona necesitara tomar aire, moverse, salir a respirar. Además, se suponía que él había perdido el control de la máquina porque, si no, no nos hubiese investido de esa manera, y entonces resultaba extraño que hubiese logrado detenerse tan pronto sin mayores consecuencias.

A medida que nos acercábamos, pude observar mejor el vehículo. Se trataba de un camión frigorífico no tan grande y de color blanco donde detrás se leía: ITECO. Parecía recién salido de una agencia.

—¿Cómo algo con tan poco uso puede fallar? —recuerdo que me pregunté.

Enseguida supuse que había sido un error humano, que el chofer tuvo un problema en la cabina y por ello había perdido el control, pero de inmediato lo había recuperado.

—Tal vez se distrajo con el teléfono. A menos que todo hubiese sido a propósito, una trampa para que nos acercáramos a él sin precaución... —pensé como saliendo de un letargo, pero lo hice tarde porque ya nos hallábamos frente al cristal de la ventanilla. Y antes de que pudiera siquiera intentar hacer algo, o poner la mano sobre la Glock, la puerta se abrió de golpe.

LO PRIMERO QUE vi fue una gorra roja con la figura de una ternera sonriente en medio. Luego unos ojos azules desorbitados, y después unos dientes prominentes y muy blancos.

El hombre estaba aterrado. Me sentí paranoica, y yo no solía ser así.

—¿Está usted bien? —preguntó Alexis.

El hombre salió de la cabina.

—No sé lo que me ha pasado. Estaba conduciendo tranquilo y perdí el control. Nunca me había ocurrido algo así. Todavía estoy temblando... ¡Dios! ¡He podido morir! No me lo creo, es que no me lo creo...

—¿Pero ahora está usted bien? —insistió ella.

—Sí, sí... ¿Y ustedes? Su auto... no sé cómo pudo pasarme.

—Cálmese antes de continuar conduciendo. ¿Está seguro de que el camión está en condiciones?

—Sí. He sido yo, que no he podido llevarlo. Ya todo ha pasado y tengo que transportar la carne a tiempo...

—¿Lleva carne? —pregunté.

—Sí. Este frigorífico cuenta con diez barras allí atrás para colgar las reses. La compañía lo adquirió hace días —respondió.

—¿Qué compañía es esa? —pregunté.

—Frigoríficas Collins & Houli. ¿Lo ve? —me dijo al tiempo en que señalaba con el dedo índice tembloroso la imagen de la ternera de la gorra que acompañaba el nombre que acababa de pronunciar.

No sé por qué me parecía que la coincidencia de que se tratara de una empresa que transportara carne y la forma cómo el asesino dejaba los cuerpos era importante. Me dije a mí misma que no tenía nada de particular ese hecho e intenté borrarlo.

Nos despedimos del hombre al verlo más calmado y volvimos al auto.

Cuando Alexis se puso el cinturón, me miró.

—Estamos en peligro, Julia. Es peor de lo que pensaba. Puede que no lleguemos a saber si esto fue realmente un accidente.

—PERO NO PODEMOS ASUSTARNOS. Ahora debemos concentrarnos en el cuerpo de Sarah. Espero que me diga algo aunque tenga que soportar la angustia de sus últimos momentos —completó.

No entendí a qué se refería. Sería muy difícil seguir a Alexis porque algunas veces era muy reservada sobre lo que pensaba, y eso podía ser un problema entre nosotras. Aunque era cierto que yo también me sentía en peligro.

En una hora llegamos a la entrada del Swope Park Mountain, donde fue encontrado el cadáver de Sarah. Era un bosque extenso, popular entre montañistas. Una pareja de senderistas acababa de realizar el hallazgo.

Acabábamos de tomar la vía llamada Hillcrest. A ambos lados de la carretera podían verse muchos árboles y algunos ciervos a lo lejos. Todavía faltaban unos minutos para llegar al lugar exacto en donde nos esperarían los oficiales para conducirnos al cadáver.

—Aquí debe haber pumas, los llamados leones de montaña. Se extienden desde Canadá hasta los Andes sudamericanos, y Kansas está repleto de ellos, pero saben esconderse —dijo Alexis.

—Otra vez lo de los leones y las garras —pensé.

Entonces fui consciente de que no le había dicho a Alexis lo que los niños declararon. Cuando iba a comentárselo, ella me interrumpió.

—¿Por qué el asesino lo habrá hecho aquí?

Yo también me había preguntado eso. Este parque se hallaba a hora y media de Burlington si se conducía respetando la velocidad y no como Alexis lo había hecho. Eso era un tanto alejado de donde se había cometido el asesinato de los Morrison. Y también el de los Halsey en Waverly, si manejábamos la tesis de que se trataba del mismo asesino. La localización del cadáver de Sarah echaba por tierra la predicción de Boggs en cuanto a la ubicación cada vez más céntrica de los ataques, en lo que ella había llamado el «ojo de la oscuridad».

—No lo sé. Tal vez está ampliando el radio de acción y ahora ha decidido actuar más cerca de Kansas City, dirigiéndose hacia el este. No sabemos qué lo mueve a seleccionar las zonas de los ataques —respondí.

—Esto es tan diferente al resto de los lugares... —insistió.

—Claro que es diferente. De hecho, los otros asesinatos han sido cometidos dentro de las casas de las víctimas y no a campo abierto. Solo en el caso de los Morrison saltó esa regla y ahora con Sarah...

—Hay algo que no me cuadra, pero no puedo saber qué es —se quejó y dio un golpe al volante.

Me seguía dando la impresión de que Alexis mostraba un autocontrol que en cualquier momento se rompería. Era como estar junto a un volcán a punto de hacer erupción. Lo que la tenía tan mal era que quizás nunca tuvo alguna visión, aunque fuese borrosa, sobre ese bosque que ahora cruzábamos, ni sobre la muerte de Sarah.

—No pude salvar a la niña —afirmó con pesar.

Sentí mucha tristeza e impotencia. Ahora era yo la que tenía una explosión adentro. ¡Era odio puro! Quería golpear al asesino de Sarah hasta... ¿matarlo? ¿Pero qué estaba diciendo? Pocas veces he experimentado eso porque, normalmente, lo que quiero es atrapar a los criminales para que paguen con una vida de encierro. Pero había sido una niña pequeña la víctima y eso me resultaba insoportable.

Las imágenes de las horrendas fotografías del caso; los cuellos desgarrados y mordidos me invadieron. Además, imaginé los cuerpos de las reses colgados de las barras del frigorífico y sentí

náuseas. Entonces recordé un dato que había leído e hice una asociación de ideas que creí reveladora.

—¿UNO DE LOS asesinos de los niños del caso que llevaste en Topeka había trabajado en un matadero? —pregunté.

—Sí. John Stevenson... —respondió Alexis.

—Es que pensaba en lo del accidente que pudimos tener y... no lo sé. Aquí hay sangre por todos lados, y si el asesino que busco es el mismo que tú buscas, esa coincidencia de un matadero y el camión que casi nos mata y las reses dentro de la cámara... Además, les cortan la cabeza a las víctimas, les quiebran los huesos, los muerden. Es como si...

—Como si estuvieran creando una carnicería de cabezas humanas... —completó Alexis.

Tuve que pedirle que detuviera el auto. Bajé como pude y vomité al borde de la carretera. Al inclinar la cabeza para hacerlo, la cicatriz comenzó a latir con fuerza. Tenía en mi cerebro la imagen de una cabeza sangrienta, la de Elvin Bau, aquel desafortunado muchacho que vivía en mi barrio de Wichita.

Alexis bajó del auto, caminó y se detuvo a mi lado. Quería ayudarme. Sentí el tacto de su mano sobre la espalda. Era un roce cálido que contrastaba con el frío que experimentaba yo en ese momento. Recordé que ella percibía cosas cuando tocaba a las personas y me aterró la idea de que pudiese colarse en mis pensamientos, en las sombras de mi pasado en Wichita.

—Olvídate del ayer —me dijo sin más.

Volvimos al auto y continuamos el camino. Transcurrieron unos minutos silenciosos. Las dos nos sentíamos mal y era una prueba de fuego para ambas llegar a donde se hallaba el cadáver de Sarah. Cada una estaba afectada a su manera. Alexis, dada su fuerte conexión con Sarah, y yo porque el asesino era un monstruo repugnante; me daba asco lo que hacía con las víctimas, sobre todo la escena de los Ryder; estaba más allá de lo que había visto en mi carrera en el FBI.

Incluso llegué a pensar que nunca más me comería un trozo de carne. En varios momentos del día, el recuerdo de los tacos que devoré con Hans me había descompuesto.

Unos minutos después vimos en medio del camino a un policía haciendo señas. Llegamos hasta él.

—Soy el agente Tiago Martínez de la Policía de Kansas City —dijo.

—Alexis Carter.

—Julia Stein.

—Puede aparcar aquí mismo —propuso él.

Alexis apagó el auto y bajamos. El agente tomó la delantera después de estrecharnos las manos y lo seguimos por entre los árboles. Sentí el ambiente pesado desde ese momento y supuse que empeoraría cuando encontráramos al equipo forense trabajando junto al cadáver. Para nadie era placentero estar presente en una escena donde se había encontrado a una niña muerta.

Caminamos durante cinco minutos por un sendero que a ratos se desdibujaba debido a la abundante hierba. Vi varias liebres correr despavoridas, alejándose del ruido que hacían nuestros pasos, y también a un pequeño ciervo desaparecer dando enormes saltos. Solo pude reconocer sus delgadas patas moviéndose entre los árboles.

—¿Hay pumas o panteras por aquí? —pregunté.

—Sí que los hay —respondió Martínez.

—¿Dónde está la pareja de senderistas que encontró el cadáver? —interrogué.

—Han hablado con la detective Anne Ashton. Creo que les tomaron declaración y los dejaron marcharse.

Hubo algo en su tono de voz que me hizo convencerme de que para él estuvo mal que los dejaran ir tan pronto. Sentí curiosidad y me fijé un poco más en Tiago Martínez. Por la forma de caminar, parecía sentirse cómodo en el bosque, como si conociera la zona desde siempre.

—¿Usted fue de los primeros en llegar? —pregunté.

—Sí. Con mi compañera, la agente Karen Flynn. He tomado nota de todo y estoy a su disposición para cualquier información que necesiten.

Ya me parecía que él tenía esa actitud de quien se apropia de una responsabilidad y no la suelta. Fue por la manera de abordarnos, de esperarnos y conducirnos. Además, estaba la crítica velada que había detectado en él por haber despachado antes de tiempo a la pareja de senderistas. No solo estaba cumpliendo órdenes, parecía en realidad comprometido con el hallazgo. Tiago Martínez resultó un soplo de aire fresco en ese momento tan complicado. Me alegraba encontrar agentes como él.

—Ha llovido y hay mucho barro. Algunas zonas están resbaladizas. ¿Por qué decidirían hacer la caminata un día como hoy? —le pregunté. Pareció asombrarse del interés que ponía en su juicio.

—La verdad es que no hay muchos excursionistas en este momento, pero estos son turistas. Siendo así, es lógico pensar que tuviesen que venir esta mañana y no otra. Me refiero a que tal vez saldrían de Kansas en un tiempo determinado y no podrían posponer el paseo.

—Entiendo. Y uno de ellos no hablaba nuestro idioma, ¿verdad? —pregunté.

Él me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo ha sabido? Sí, ella no lo hacía. A mí me pareció que tal vez tenía algo más que decirnos, pero, al no poder comunicarnos bien por el idioma, ese «algo» pudo perderse. Sé que no son sospechosos y que solo encontraron el cuerpo, pero hasta el más mínimo detalle puede ser crucial en una investigación como esta.

—Lo supe por la forma como dijo la palabra «turistas», como cargada de un peso adicional, y supuse que tenía que ver con una

diferencia cultural, con la imposibilidad de lograr una comunicación clara —le expliqué.

Entonces, él hizo un movimiento con la mano derecha, la llevó a la cabeza para apartar el pelo hacia atrás y me fijé en la uña de su dedo índice.

Era más larga que el resto y algo opaca. Parecía una garra.

ÉL SIGUIÓ MI MIRADA.

—Música. Toco la guitarra para soportar los días como estos, cuando encontramos niños muertos —dijo.

Me sentí obsesionada con el asunto de las zarpas. Estaba viendo dispositivos desgarradores por todos lados. La sangre y las heridas me estaban afectando demasiado. La inquietante compañía de Alexis Carter y el no saber cómo podría reaccionar de repente tampoco ayudaba.

—Allí están —exclamó ella, quien había permanecido callada durante la caminata.

Dejé de mirar a Tiago y dirigí la atención al frente. Pude ver a un grupo de personas, casi todas ellas con overoles blancos. Un poco más lejos y algo apartada del grupo, distinguí a Anne Ashton. Conversaba con Jobs, quien se había convertido en el forense más respetado de Kansas. Hasta había publicado libros. Yo lo había conocido en Wichita y no podía ser otro; su cuerpo era enorme, y su cabeza, muy pequeña. Alguna vez había comentado con Hans lo grotesca que resultaba esa apariencia del jefe del Departamento Forense de Wichita, Jeremy Jobs.

Nos acercamos a Anne y a Jobs.

—Hola, Julia, Alexis. Esto es desolador. Irina y Ben Petrov la han encontrado esta mañana. Para Jobs, ha muerto hace cuarenta y ocho horas.

—¿Al mismo tiempo que sus padres? —intervino Alexis.

—Aproximadamente, porque de Burlington, lugar donde murieron los Morrison, hasta aquí hay una hora y media de viaje —dijo Jobs mirándola con curiosidad. Luego prosiguió—. La niña tiene el rostro desecho. La forma de la muerte es muy parecida a la de sus padres, además, la estatura y la edad más o menos coinciden. Tenemos que hacer las pruebas de laboratorio para confirmar lo que presumimos porque no me cuadra que la niña aparezca tan lejos del lugar en el que asesinaron a su familia —dijo al tiempo en que se alejaba de nosotras.

—Sigue siendo el mismo «encanto», pero es el mejor de Kansas, así que hay que soportar su falta de simpatía —explicó Anne.

—¿Hay algo en ella? Me refiero en el cuerpo. Sé que es muy temprano para saberlo, pero me preguntaba si han detectado alguna pista —interrogué.

—La niña había comido helado. Su ropa está impregnada en un área de lo que creemos es helado de vainilla. Para lo demás, hay que esperar —respondió Anne, taciturna.

Me pareció ver lágrimas en sus ojos. Odiaba tanto al asesino como yo.

—No creo que pueda hacerlo —interrumpió Alexis casi en un grito.

—¿Qué cosa? —preguntó Anne.

—Acercarme al cuerpo de Sarah. Puede derrumbarse lo que queda en pie dentro de mí.

En realidad, Alexis era una mujer muy extraña. Luego de decir que no podría ir a donde estaba el cuerpo, hizo justo lo contrario. Se acercó a él como movida por algo más fuerte que ella. Anne y yo la seguimos. Caminamos unos cuatro metros de donde estábamos y nos detuvimos junto al cadáver. Comencé a mirar el cuerpo, que yacía sobre la hierba junto a una roca de tamaño considerable. Tenía un vestido color rosa y el borde de la falda estaba sucio. También sus piernas. Las rodillas presentaban hematomas y raspaduras. Pensé que habría estado huyendo. Luego vi las manchas en el pecho del vestido; eran dos. Supuse que de eso había hablado antes Anne.

Miré la cara de Sarah. Esta vez el cuerpo no estaba decapitado. Podía verse parte de la cabeza, aunque no el rostro.

Alexis se inclinó sobre el cadáver. Luego se puso en cuclillas, y cuando iba a extender la mano sobre él con la intención de tocarlo, la retiró bruscamente y el impulso de hacerlo la llevó hacia atrás, tumbándola al suelo.

—No puedo. ¡No puedo hacerlo! —exclamó.

Luego se apoyó con las dos manos abiertas sobre la tierra y se levantó casi de un salto. Salió dando grandes trancos, desandando los pasos que nos habían llevado hasta allí. Todos los presentes detuvieron sus labores para verla salir rápidamente del lugar.

—Sabía que sería mucho para ella. Por eso les pedí ayuda, pero no ha sido suficiente. Tal vez deba dejar el trabajo por unos días —dijo Anne en voz alta, aunque creo que lo decía para ella misma.

—El problema es que, para Alexis, esto forma parte de un todo que nosotras no vemos claro. Conecta lo de Devin Walsh con lo de los niños que asesinaron hace cuatro años, y lo de los Morrison. Yo no puedo ver una conexión tan clara todavía —expliqué.

Anne movió la cabeza de un lado a otro.

—Te he hecho venir para nada. Tendrás trabajo en Washington y creo que lo de Alexis ya no tiene remedio al menos por ahora. Hablaré con Juliet Rice, del equipo de investigación criminal de Wichita, para reconducir esta investigación y con el jefe para sugerirle que la aparte. Algunas veces me hace caso.

Anne no sabía que yo estaba allí no por atender a su petición, sino porque los casos de Kansas podrían haber sido cometidos por el mismo sujeto que mató a los Morrison. Me sentía mal ocultárselo porque ya lo sabía Alexis, sin embargo, todavía tenía que comprobar si se trataba del mismo sujeto. Debía leer en detalle los informes forenses y, sobre todo, obtener más información del experto que habíamos buscado en Washington para analizar las heridas de las víctimas.

—Quizás debamos buscar a Alexis —reflexionó Anne.

—Alexis se altera, pero luego vuelve a su cauce. De seguro ya me espera en el auto —respondí recordando lo que había pasado antes.

Anne asintió y volvió a mirar el cadáver con dolor y ternura. Yo no quería hacerlo más.

—Mi hijo Matthew siempre me pregunta si atrapé a los malos cuando llego a casa. Ahora que no está su padre, lo hace con mayor insistencia. Uno no sabe qué tienen los chicos en la cabeza —dijo observando el cuerpo todavía.

Dirigí la mirada al mismo punto en el que ella mantenía la suya, a las piernas de Sarah. Entonces, bajé un poco más y me concentré en sus zapatos. Eran negros y muy gastados. Además, parecían antiguos, como de un modelo pasado de moda. Me extrañó ese detalle. Fue cuando comprendí que, en conjunto, la apariencia de Sarah estaba mal, como si la hubiesen vestido con ropa de hace más de cien años. En ese momento recibí un mensaje en el teléfono. Era del experto de las heridas, contratado en Washington, sugerido por la forense Boyer.

«He intentado comunicarme antes, pero no ha sido posible. Hemos hecho las pruebas una y otra vez. Le adelanto que no sé cómo esto ha sucedido. Las mordidas han sido hechas por dientes que pertenecen a diferentes épocas; podría decirse que muestran la evolución de las especies. Como si tomara la dentadura de mamíferos extintos de hace cincuenta mil años, pero también actuales, y se construyera unas fauces con ellos. No sé el significado que pueda tener esto, pero es lo que hemos descubierto. Estamos seguros. Llámeme y podré darle más detalles. Acabo de enviarle el informe completo a su *e-mail*».

—NECESITO HABLAR CON JEREMY JOBS. ¿A dónde ha ido? —le pregunté a Anne apenas leí el mensaje.

—No lo sé. Conociéndolo, ya debe estar camino a la oficina. Pero déjame llamarlo... —respondió algo confundida. Tomó el celular de su pantalón y se apartó un poco de mí para hacer la llamada. Aunque no comprendía lo que pasaba por mi cabeza, era efectiva y práctica, y en ese momento no se molestó en preguntarme nada.

—Dientes de fósiles y de fieras vivas... tal vez haya que buscar en los museos de ciencias, en las escuelas de antropología, en los laboratorios de historia animal —me decía, tratando de organizar mis pensamientos.

En ese momento, ya no aguanté más y decidí llamar a Hans. Mi cabeza era un desastre y necesitaba su «orden», que no era otra cosa que mayor caos; pero entre los dos funcionábamos y dábamos con pistas claves.

Marqué su número y saltó la contestadora.

—¡Maldito sea su hermano! —susurré.

Volví a mirar la ropa de Sarah. Ahora comprendía mejor que era un modelo de principios del siglo XX, a lo sumo de mediados.

«Y esos horribles zapatos deben tener mil años...», pensé.

También se me ocurrió que la tuvieran cautiva en una casa vieja o en un teatro, de donde hubiesen podido sacar esas prendas. Entonces, me fijé en una zona algo abultada bajo las medias amarillentas que la niña calzaba. Las mismas contaban en la parte

superior con unos encajes color rosa y, debajo de ellos, con un bordado de lo que parecía ser una florecilla o una mariposa amarilla. Eran pavorosas, y parecidas a las medias de una muñeca de porcelana que me daba miedo de pequeña y que logré que mi hermano Patrick enterrara en el jardín. No quería seguir recordando mi pasado en casa y mucho menos en medio de un caso tan inquietante, así que sacudí la cabeza como intentando dejar los recuerdos atrás, tal como había sugerido Alexis.

Continué mirando las medias y el pie de Sarah. Allí había algo entre la tela y el tobillo. Estaba segura.

Hice señas desde donde estaba, esperando que alguien del equipo forense me mirara. En ese momento, ellos se encontraban más lejos del cadáver en el proceso de resguardo y codificación de las pruebas. Martínez me observaba. Me dio la impresión de que no perdía pista de lo que hacíamos.

Una chica del equipo forense vino hacia mí con paso ágil y, cuando estuvo a mi lado, me miró con cara de «ya lo hemos analizado todo, así que a ver qué se te ocurre ahora, dado que eres agente del FBI».

—Tiene algo dentro de la media —dije y señalé la pequeña prominencia que había visto y que dibujaba un pliegue irregular. De ninguna manera se trataba del tobillo de la niña porque la protuberancia no era convexa.

La chica iba a responder, pero tuvo la intuición de observar antes de hacerlo. Entonces, también debió notar algo raro.

Sacó una pinza del bolsillo del overol, que estaba contenida en un envase. Lo abrió accionando la solapa del cierre superior y sacó el instrumento. Se puso en cuclillas junto al cadáver. Yo también me acerqué un poco, pero me mantuve de pie. Levantó la media con una de sus manos, enfundada en un guante azul, y metió la pinza con la otra mano hasta chocar con el objeto que ocultaba la tela.

MIENTRAS SACABA EL OBJETO, me miró de manera diferente a como lo había hecho antes.

Levantó la pinza con el objeto. Parecía un papel doblado y arrugado.

—¿Qué es...? —pregunté cuando ella me interrumpió.

—¡Conozco los colores! He llevado a mis hijos hace poco tiempo. Es del Science City, el museo de ciencias de Kansas. Este es el *ticket* de entrada...

—Ella estuvo allí. Y nos dejó esa pista. Su captor no debió darse cuenta. ¿Por qué la llevaría a ese lugar? —pregunté.

—¿Qué sucede? —preguntó Alexis. Había aparecido de la nada.

Detrás venía Anne, diciendo algo como «no he podido dar con Jobs», pero al ver a la técnica forense con la pinza en la mano, se calló.

Las puse al tanto del hallazgo.

—El Science City —repitió Alexis pronunciando las palabras lentamente.

—No lo vimos hasta ahora. La agente Stein se dio cuenta de que había algo en la media de la niña. Ahora mismo lo llevo junto al resto de muestras que hemos recogido... —dijo la forense.

Anne asintió.

La técnica se fue y Alexis se dispuso a tocar el cuerpo de Sarah. Cuando se inclinó para hacerlo, Anne iba a detenerla. Era lógico, no llevaba guantes, pero yo se lo impedí. ¿Qué más daba? Además, ya

los forenses habían recogido todas las muestras y lo que quedaba era llevarse el cuerpo de Sarah para realizar la autopsia. Teníamos que tomar medidas desesperadas porque con las habituales no avanzábamos, y nadie estaba mirando en ese momento. También dirigí la vista hacia donde estaba Martínez y me di cuenta de que ya no se hallaba allí, ni en ninguna otra parte.

Alexis detuvo su mano con la palma abierta muy cerca del cuerpo de Sarah y luego apenas lo rozó.

—Tenía miedo porque estaba con una persona violenta... —dijo Alexis con una entonación diferente, muy aguda.

Se me erizó la piel. Anne me miró extrañada y luego volteó a un lado y a otro. Pareció agradecer que nadie nos prestara atención en ese momento, porque la entonación de Alexis había sido muy extraña. Como si realmente estuviese hablando una niña.

—Tuvo mucho miedo, pero antes se había sentido segura —completó Alexis, pero ahora con su voz normal.

Después se levantó con la expresión de quien acaba de presenciar un asesinato. Puso su mano sobre mi brazo y lo presionó con fuerza, buscando apoyo.

—Llévame al Science City. Por favor —me pidió—. Algo debemos encontrar allí. Eso espero.

LE DIJE a Anne que acompañaría a Alexis al Science City y que luego tendría que explicarle algunas cosas. Le adelanté que lo que me llevaba allí era una investigación en curso y que luego le daría todos los detalles, pero que era en extremo importante que le pidiera a Jobs hacer un análisis más exhaustivo del informe forense de los Morrison, más allá del asunto de haber detectado las mordidas. Que considerara la información que yo de inmediato le enviaría a ella.

De hecho, en ese mismo momento tomé mi teléfono y le envié el informe del experto al *e-mail* que Anne me indicó. Ella no comprendió del todo lo que le decía e intentó detenerme, pero al segundo desistió. Supongo que pensó que ya habría tiempo para hablar después.

Salimos de la escena lo más rápido que pudimos, subimos al auto y desandamos la misma solitaria vía que nos había llevado hasta allí. Tomamos rumbo a Kansas City. De camino leí el informe del experto y confirmé lo que ya me había expresado a través del mensaje. El asesino parecía haber utilizado no solo un dispositivo con garras — tal como pensaba Hans—, sino uno construido con dientes de distintas épocas. Al menos algunos de ellos eran fósiles. Había una serie de detalles técnicos de las pruebas realizadas y de la morfología de las heridas que conducían a esa conclusión.

Alexis estaba muy callada y yo sentía como si estuviese dando tumbos en un cuarto en completa oscuridad, y por momentos pudiese encender una cerilla o una linterna con una luz intermitente

para alumbrar un pequeño espacio, y luego volviera a quedar en total penumbra. Ahora, la nueva información apuntaba a fósiles y museos de ciencia... Era demasiado. ¡Necesitaba hablar con Hans!

Seguí intentando la comunicación, pero solo lograba dar con la contestadora.

Cuando llegamos al museo, Alexis me dijo que quería entrar. Caminamos por varias salas del recinto. Después nos detuvimos cerca de una escalera. Alexis se sentó en un banco y yo me quedé de pie a su lado.

Miré alrededor y noté que el lugar estaba lleno de niños de todas las edades. Era el mejor sitio para que un trastornado asesino de chicos se sentase a fantasear. Pero el criminal que yo buscaba asesinaba parejas, jóvenes padres, no niños. Al menos, hasta el crimen de Waverly, eso era lo que había hecho.

Entonces, se me ocurrió que se mantuviera por allí o en sitios como ese y que seleccionara a los niños y luego los siguiera, y matara a sus padres.

—Sigo sin entender por qué tuvo que matar a Sarah, por qué ese cambio —afirmé.

Ella continuaba sentada, mirando al vacío.

—No puedo lograr nada —dijo Alexis con impotencia—. Es como si este lugar estuviese en blanco...

De repente, dejé de atender a Alexis porque vi algo que podía significar una esperanza.

ERA un guardia de seguridad que habría podido ver algo. Me dirigí hacia él. Alexis debió comprender lo que tenía en mente porque me siguió.

—Buenas tardes. Soy Julia Stein del FBI y ella es Alexis Carter de la Policía de Wichita. Queremos saber si ha visto algo sospechoso relacionado con una niña. Cualquier cosa que haya llamado su atención podría ser importante. Investigamos un caso y tenemos algunos indicios que nos llevan a pensar que una niña que fue raptada estuvo en este lugar —le expliqué al guardia.

Él me miró como si estuviese esperando que alguien le preguntara sobre eso.

—Mucho gusto. Me llamo Scott Nimoy —dijo mientras sostenía sus dedos pulgares dentro del cinturón y dejaba colgar sus manos por encima de este—, y solo llevo una semana trabajando aquí, pero sí que he visto algo raro. Un hombre que se sentó justo allí donde usted estuvo —dijo dirigiéndose a Alexis— y que miraba de una forma diferente a los visitantes. Una niña se le acercó y estuvo hablando con él unos minutos. Luego vino la madre, quien dijo llamarse Margaret Fonteyn, y se la llevó. Pero a mí el sujeto me pareció sospechoso. Antes de que se fuera, le pregunté su nombre. «Simón Houl», me respondió. Lo anoté en el registro de incidentes. Eso fue hace dos días.

Nos despedimos del guardia, le dijimos que debía brindar una declaración y salimos del museo. Apenas cruzamos la puerta, Alexis

llamó a alguien de la policía y le pidió que le diera los datos de la residencia de Simón Houl. No la había visto antes con ese nivel de determinación. La fragilidad que había mostrado parecía haberse esfumado.

En instantes, contamos con una dirección: 8500 Northwest 75th Street, frente al lago Weatherby. Allí era donde vivía el profesor N. Simón Houl, jubilado de Washburn, en Topeka.

—Está a veinte minutos de aquí —dijo Alexis y apuró el paso.

—Houl..., ¿dónde había escuchado eso antes? —me pregunté. No sé si hablé en voz alta, pero debí hacerlo, porque Alexis me respondió.

—El sujeto del camión. Trabajaba para una empresa que incluía ese apellido —dijo.

Volví a ver ante mí aquel rostro del chofer del camión, de ojos azules bajo la gorra roja con la ternera. Tuve otra vez la sensación fugaz de que ese encuentro con él, de alguna manera extraña, había sido parte de una trampa.

ME QUEDÉ PENSANDO EN ESA «CASUALIDAD» de la repetición del apellido Houli, pero no comenté nada en ese momento. Subimos al auto y tomamos la vía 169, que se encuentra junto al río Misuri. Un tímido sol se asomaba entre las densas nubes grises. Me seguía pareciendo un pésimo día para hacer senderismo y algo me molestaba del hallazgo de Sarah, pero era una cosa que no terminaba de aflorar.

En realidad, eran muchas las cosas que me molestaban y, sobre todas ellas, que el asesino matase a Sarah. Si era el mismo sujeto, antes no lo había hecho, y Charles, Melissa, Jessica, Cedric y Aldous estaban vivos. Pero la pobre Sarah yacía sin rostro en aquel paraje paradisíaco. ¿Por qué?

Lo otro que me inquietaba era que Alexis descubriera mis secretos.

—¿Qué habría sentido Alexis cuando me tocó? ¿Esa mezcla de miedo, asco y rabia contra el asesino que me hacía hervir la cabeza? Podría ser... —me respondí mientras miraba por la ventanilla.

—¿No quieres café? —me preguntó de pronto—. Todavía hay en el termo. Estará frío, pero no parece ser de las que se detienen por eso... —comentó.

—No lo soy —le dije y acto seguido tomé el termo que se hallaba en el posavasos y agarré un vaso de cartón que Alexis había tenido la precaución de llevar. Recordé la primera vez que la vi, hacía apenas unas horas, con el termo de café y los dos vasos en la mano.

Me pareció extraño; era como si hubiese transcurrido más tiempo desde ese momento.

—Ahora mismo daría lo que fuera por una taza hasta arriba de café caliente con mucha azúcar y canela. Cuando estoy ansiosa, deseo tomar eso y nada más. Lo hago desde estudiante, aunque las razones de mi ansiedad en ese momento no tenían nada que ver con las de ahora. Mi abuela decía que con el estómago vacío... Déjalo, no importa. Devin diría que divago y me hubiese mandado a detener.

Le dolía su muerte. Parecía un dolor de los que se repiten cada día y se hacen más fuerte con el tiempo; como volver a revivir la muerte de la persona que más amas una y otra vez. Una auténtica tortura. Sentí pena por ella. Algunas veces me parecía muy frágil. Iba a hablarle, pero en ese momento recibí una llamada de Anne y la puse en altavoz.

—El forense Jeremy Jobs ha enloquecido con tu encargo y ya lo ha comprobado. Me temo que lo que sospechas es cierto. Las heridas de los Morrison son idénticas a las de los casos de los asesinatos del expediente que me enviaste junto con el informe del experto. En su opinión, y rara vez se equivoca, es el mismo asesino.

—Entiendo —respondí y sentí la piel de la nuca enfriarse de pronto y la de mi cara calentarse. Padecí un estertor brusco. Alexis manipuló el control de la temperatura del auto. Debí darle la impresión de que tenía frío, pero no era eso. En el fondo, tenía la esperanza de que no fuera el mismo asesino porque eso significaba que de ahora en adelante era posible que no solo mataría a los padres, sino también a los hijos.

—Jeremy ha leído el nombre del experto que consultaron. Dice que es el mejor del mundo. Un francés ciego que hace análisis con el tacto y con la ayuda de un escáner a tres dimensiones que imprime de las heridas con una novísima tecnología que solo él domina —dijo Anne—. Así que, por muy extraños que parezcan, los resultados son incuestionables para Jobs.

Recordé al misterioso sujeto del ascensor.

—Anne, acabo de pedirle a Hart los datos de un hombre llamado Simón Houli. Creemos que es el sujeto que estuvo hablando con Sarah en el Science City... —informó Alexis.

—¡Diablos! ¿De los Houl?... —preguntó Anne.

—Debe ser de esos. Por la dirección de la casa, no creo que haya duda. Ahora nos dirigimos a la mansión de los Houl Scully —respondió Alexis.

—¿Houl Stull? —pregunté alarmada cuando terminamos la comunicación con Anne.

Alexis me miró y por un momento descuidó la atención en la vía.

—No es Stull. Es Scully, un apellido irlandés. ¿Por qué has dicho Stull? —me preguntó y pude ver miedo en sus ojos.

—¿POR qué te asombras? Solo entendí mal. ¿Qué pasa con el apellido Stull más allá de los cuentos de los universitarios sobre el cementerio maldito? —pregunté a Alexis.

—Es que me extraña que lo hayas sacado a relucir. Además, la primera sorprendida fuiste tú al confundir los apellidos —me respondió y tenía razón, pero de todas formas pensé que algo sobre el apellido Stull la había alarmado y ahora no quería reconocerlo.

—Carrie Boggs me habló de Stull, creí habértelo dicho —insistí.

—No lo creo. Lo recordaría —afirmó.

—¿Y qué pasa con los Houl Scully? ¿Quiénes son? —le pregunté.

—Gente muy rica. O al menos lo fueron hace cien años, o algo así. Ahora creo que no deben serlo tanto, pero conservan las propiedades y lo suficiente en sus cuentas como para vivir sin contratiempos. La casa a donde nos dirigimos ganó un concurso de arquitectura de reconstrucción hace poco tiempo.

Nunca hubiese imaginado que Alexis seguía ese tipo de noticias. Debió notar sorpresa en mi cara.

—No te asombres. Cada uno tiene algo que le permite desconectarse, apartarse por completo de este trabajo, porque de no ser así, estaríamos perdidos o dementes —manifestó.

»El asunto es —continuó— que la casa Houl fue levantada en el terreno de la mansión antigua justo a orillas del lago Weatherby. Todas las villas de esa zona son impresionantes. Devin tuvo que ir allí una vez por un caso y también quedó impresionado de la

arquitectura. Justo la de Houl pretende ser la réplica de un castillo en Irlanda. Ya sabes, todo eso de las torrecillas, cúpulas y paredes de piedra.

Mientras Alexis hablaba, yo escribía en el celular el comando de búsqueda en la red: «Houl Scully casa Weatherby premio». Y allí apareció una estructura imponente tal como ella la describía.

—Aquí la veo. «Piedra caliza triturada de Carthage, pizarra azul, mármol, pisos de piedra. Edificación diseñada por el fantástico arquitecto español Hermes Sanchis, quien dejó en pie el cobertizo de los botes y construyó una magnífica villa...», y así sigue. No pensaste en ellos cuando el hombre del camión habló de la empresa de la ternera —indiqué.

—¿Por qué iba a pensar?

Parecía que para Alexis las sospechas del agente de seguridad no significaban nada y despachara el asunto solo porque «no percibió nada en el museo».

ATRAVESÁBAMOS EL RÍO MISURI. Ya habíamos dejado atrás el aeropuerto Charles Wheeler. Tomamos la carretera 45 y, después de unos minutos, comencé a ver en las señales la vía NW Eastside Dr, que era nuestro destino. Pasé casi todo el tiempo mirando el exterior y pensando en Sarah.

No volvimos a tocar el tema de Simón Houli. Valdría decir que no volvimos a tocar ningún tema. Entre nosotras solo estaba la voz del GPS, dando alguna indicación. Los minutos en el auto se me hicieron pesados, eternos. Ya no era solo por lo perdida que estaba en el caso, sino porque la compañía de Alexis pasó a resultarme incómoda.

Cuando ya se veía el lago cerca, en la intersección de las carreteras NW Eastside Dr y la NW 75th, Alexis giró a la izquierda. Parecía que íbamos directo a sumergirnos en el agua, pero luego, siguiendo la vía, se abrió un camino a la izquierda. Continuamos por esa carretera recién pavimentada que mostraba agua a un lado y al otro. El camino culminaba en un montículo donde solo podían verse árboles y algunos techos grises.

Cuando llegamos al cuello de esa elevación de tierra, giramos una vez más a la izquierda y llegamos a nuestro destino. Eso dijo el GPS.

Allí estábamos, frente a un muro de piedra gris que dejaba ver al fondo una edificación que bien podría ser un castillo pequeño. Nos detuvimos frente a la verja de la entrada, bastante rocambolesca,

sobre todo en la parte superior. Nos bajamos del auto y caminamos hasta llegar justo frente a ella, y miramos hacia adentro por entre los balaustres. Era una propiedad de más de tres mil metros cuadrados, calculé. Se perdía de vista sobre todo detrás del edificio principal. Podíamos observar un bosque extenso tras él.

Continuamos mirando hacia la casa y creo que las dos esperábamos que de un momento a otro un dispositivo de seguridad o algún vigilante se acercara para comunicarse con nosotras. Transcurrieron un par de minutos y nada de eso pasó.

—No parece haber nadie vigilando —concluí.

—Eso es extraño en una casa como esta —razonó Alexis.

Nos quedamos en silencio. Se podía escuchar el sonido de un alfiler caer.

De pronto, oímos unos pasos acompañados de un maullido constante. Vimos aproximarse a un hombre calzando botas de pescador con una caña en la mano y un gato blanco mirándolo y caminando a su lado. Se desplazaban por un sendero de piedra gravilla que producía ese sonido particular al pisarla, como si se estuviese muy cerca de un río.

—Buenas tardes. ¿Desean algo? —dijo el hombre detenido a pocos metros de distancia de la verja.

Tenía entre cincuenta y sesenta años, la cara tostada por el sol y el cuerpo anguloso. Llevaba un sombrero gris que le cubría parte del rostro. Levantó un poco el mentón y dibujó una breve sonrisa. No parecía molesto por la interrupción que suponía nuestra presencia. Pensé que debía estar pescando cuando escuchó la llegada del auto.

—Soy Julia Stein del FBI y ella es Alexis Carter, detective de la Policía de Wichita. Queremos hablarle —dije en voz alta para que pudiera escucharme.

Esperamos a que terminara de acercarse. Cuando estuvo del otro lado de la verja, frente a nosotras, yo iba a continuar hablando, pero él lo hizo primero.

—Mucho gusto. Soy el profesor Natael Simón Houli.

Abrió la reja y nos invitó a pasar con un gesto de bienvenida. El gato continuaba maullando a su lado.

—Así me llamaban todos en Washburn, el «profesor Houl». Soy el último de la generación que valía la pena en esta familia, la que quería ser útil, pero no se lo digan a mi sobrino. No le gustan esas bromas...

Alexis le tendió la mano y él la estrechó. Miré el rostro de Alexis y esperé...

No HUBO ni una sola expresión de que, al tacto con Houl, Alexis hubiese experimentado algo. Me dije que eso era porque estaba convencida de que Simón Houl quedaba libre de sospecha. También me pregunté cuánto de lo que Alexis decía percibir en sus visiones y sueños no era otra cosa que una síntesis de su capacidad de observación. Si era así, no vería nada raro en Houl porque se le había metido en la cabeza que este sujeto era un inofensivo testigo.

Yo también estreché la mano de aquel hombre del sombrero.

—Dante... ¡Por favor! Te lo daré de una vez y después te callas —dijo él y sacó un pescadillo plateado de una mochila chorreante que llevaba a sus espaldas y que no había visto antes.

Lo lanzó al animal. Este lo agarró en el aire y corrió a esconderse detrás de una hilera de flores que había a unos metros de nosotros.

—Este gato me hace faltar a mis principios. No me gusta pescar peces tan pequeños. Cuando los cojo, los suelto de inmediato. Pero cuando Dante se entera que saldré a pescar, entonces me convierto en su mejor amigo. De resto se la pasa con mi sobrino, que es su verdadero dueño.

Hizo silencio un segundo.

—Caminemos por aquí —dijo mostrando el mismo sendero por donde vino—, y cuando lleguemos a la terraza, me explican el motivo de esta inusual visita. No lo hagan aún para no disolver «la magia», aunque muero de la curiosidad por saber que trae al FBI a

esta casa. Me pregunto si mi sobrino habrá hecho algo ilegal, aunque esa idea me parece fantástica y hasta divertida.

Alexis me miró y movió de una forma casi imperceptible las cejas. Yo hice un gesto de asentimiento que ella comprendió. Fue algo así como «dejemos que se sienta en confianza», y accedimos a caminar junto con él.

—Esta casa no valdría nada si no fuera por esa terracita y el lago. Y el viejo cobertizo de los botes, claro está. Si no fuera por esos espacios, ya me hubiese ido de aquí. Soy el pariente pobre de la familia, y la verdad es que no tengo donde caerme muerto porque he invertido mucho dinero en recorrer el mundo. Así que Andrew, mi sobrino, ha sido muy generoso en ofrecerme vivir aquí. Creo que querrán hablar con él...

Caminamos unos dos o tres minutos más y llegamos a la terraza. Nos sentamos en unas sillas de jardín en torno a una mesa circular que mostraba en su superficie algunas migas de pan junto a una taza de café vacía. Alguien había merendado allí.

Él esperó a que nosotras estuviésemos cómodas y se despojó de la caña de pescar y del morral que llevaba a sus espaldas. Los puso en una silla a su lado y se sentó.

Escuché maullidos, pero esta vez no era Dante. Pude ver cerca del lago a un gato atigrado y tres crías a su lado que parecían a punto de caer al agua.

Houl apartó la silla hacia atrás en una acción violenta y fue corriendo hacia donde estaban los animales. Levantó a los pequeños como pudo y reprendió al animal de mayor tamaño. Los trajo hasta donde estábamos y los puso sobre el piso de piedra gris y blanca que yacía a nuestros pies. Los animalitos comenzaron a retozar dando vueltas alrededor de sus botas, y uno más ágil se subió sobre otro y comenzó a lamer la goma del zapato de Houl mientras el gato grande miraba desde la orilla del lago.

—Perdonen, Beatriz no entiende lo que es ser madre y el riesgo que corren los pequeños si caen al agua. El olor del pescado y la esperanza de interrumpir el salto de alguno de los pececitos hace que ponga en peligro a los niños —explicó al tiempo que acariciaba

al gato más inquieto, pasando el dedo índice por entre las orejas del animal, que cerraba los ojos.

—«Beatriz no entiende lo que es ser madre...» —repetí en mi cabeza y una nueva idea me cruzó por la mente.

«¿Y si el asesino que buscábamos mataba a los padres de los niños porque no “sabían” ser padres y de esa manera los liberaba de su desacertada tutela?», me pregunté.

Era la primera vez que me lo planteaba de esa forma. Esa mujer, la que vieron con Sarah en el museo, Margaret Fonteyn, podría ser la homicida. Una mujer educada de manera tradicional que no pudo ser madre y que construyó una psicopatía ante los padres jóvenes que «no merecen» la paternidad. Ella podía estar convencida de que esas familias necesitaban una intervención radical como la que acababa de ejercer Houl con la gata Beatriz. Además, el nombre de esa mujer que me recordaba algo... Para colmo se llamaba Margaret también, como una de las personas más crueles que había conocido.

Pero si el móvil era este que ahora pensaba, ¿por qué había matado a Sarah? Y antes a los otros niños, dejando a salvo a los padres, si es que tuvo que ver con los dos criminales de hacía cuatro años. ¿Y por qué lo de las garras y los dientes fósiles?

Deseché la peregrina ocurrencia sobre la culpabilidad de Margaret Fonteyn en ese momento. Estaba desesperada por asirme a una teoría y veía posibilidades para elaborarla en todos lados.

«Concéntrate en Houl y en el presente», me exigí a mí misma y volví a poner la atención en la terraza.

Después del episodio de los gatos, Houl se enderezó en la silla tomándose su tiempo y continuó hablando.

—¿Desean algo? Acabo de hacer un experimento en la cocina; un bizcocho húmedo de mantequilla que no ha quedado tan mal. Cuando uno se jubila tiene que ocupar el tiempo en cosas útiles. De hecho, ahora estoy intentando dedicarme a algo provechoso para este estado, aunque Andrew no quiere. No puedo quedarme indiferente ante las cosas que están sucediendo...

—Verá, profesor Houl, estamos aquí porque hace dos días usted fue al Science City y conversó con una niña —lo interrumpió Alexis. Parecía que había perdido la paciencia.

Él no la dejó continuar hablando.

—Yo no soy el único Simón Houl en esta casa. Los Houl somos, podría decirse, «dobles» —explicó, sonriendo, mientras dos gatos con idénticas manchas rodeaban y lamían sus botas.

ÉL CONTINUÓ HABLANDO.

—Disculpen. Hay una confusión y no es la primera vez que me pasa. Yo no he salido de casa en mucho tiempo, aunque pronto espero remediar eso. Usted debe estar hablando de mi sobrino Andrew Simón, el hijo de mi hermano. Yo lo llamo Andrew desde siempre para diferenciarnos, ya que mi nombre es Natael Simón. En la universidad preferían llamarme Simón Houl, o como ya les he dicho, «profesor Houl». En todas partes nos confunden, y cuando dicen «Simón Houl», los dos atendemos el llamado. Es una complicación, sin duda. Quien suele ir al Science City es el pequeño Andrew.

En ese momento, vimos aproximarse a la terraza en que estábamos a alguien que caminaba por el mismo sendero que habíamos tomado nosotros antes. Era un hombre de altura media y de complexión delgada. Vestía una camisa blanca impoluta y unos *jeans* azul claro.

Su paso era rápido. Me dio la impresión de que no estaba contento con nuestra visita porque nos miraba con insistencia, y eso pude notarlo desde lejos. Se veía molesto. Tal vez esa impresión la producía su forma tan resuelta de andar. Era un gran contraste con la serenidad y hospitalidad que había demostrado Natael Houl hasta ese momento. Claro que él podría estar disimulando una tranquilidad que no sentía ante nuestra presencia.

Cuando Andrew Simón Houli llegó junto a la mesa, sonrió con un gesto forzado. Se marcaban unas tenues arrugas alrededor de sus ojos y de su boca. Tendría unos cuarenta años a lo sumo, el pelo negro y un penacho de canas en la parte superior de la cabeza. Sus ojos eran grises y estaban enmarcados en unas pestañas negrísimas. Me dio la impresión de ser una de esas personas con un gran atractivo físico que ni se imaginan que lo poseen.

Me miró de manera fugaz y luego observó a Alexis.

Yo seguía pensando que estaba a la defensiva.

—Soy Andrew Houli y me encantaría saber quiénes son ustedes —dijo con una voz que no esperaba tan grave.

Alexis se levantó y le tendió la mano. Me pregunté qué estaría viendo en ese instante en su cabeza, aunque ya sabía, por lo que ella me había explicado, que esas visiones no se producían siempre y la mayoría de las veces eran difusas. Al tocar la mano de Andrew Houli, no mostró expresión alguna, pero eso pudo ser para ocultar lo que descubriera, como había hecho antes con Natael.

—Alexis Carter de la Policía de Wichita, y Julia Stein del FBI —dijo ella volviendo la cara hacia mí.

Andrew me miró y no disimuló su asombro. Me dio la mano al liberarse de la de Alexis.

—Mejor pasamos al salón —dijo de inmediato.

Miré a Natael un segundo y pude descifrar desagrado en su rostro. Me dije que algo no iba bien entre tío y sobrino. Por otra parte, la expresión de Andrew continuaba desprendiendo incomodidad. Parecía desear que nos marcháramos de una vez. Eso podía ser simplemente porque lo habíamos interrumpido, pero también porque no quería que descubriésemos algo oscuro en esa casa.

Me levanté, luego Alexis y yo nos despedimos de Natael, que se quedó en la terraza con sus gatos. Andrew comenzó a caminar hacia la casa y nosotras lo seguimos. Entramos por una puerta ventana que comunicaba con la terraza. Llegamos al salón, donde había un juego de varios sofás y butacas. Él nos invitó a sentarnos y, una vez que lo hicimos, comenzó a hablar.

—No necesito ser un genio para saber que están aquí por lo de la niña del museo. Le dije al guardia que algo no estaba bien, pero no me prestó atención. Esa mujer la tenía secuestrada. ¿Cierto?

ENSEGUIDA PENSÉ que lo que decía no cuadraba. En ningún momento Scott Nimoy había relatado esa alerta.

—¿Qué le dijo exactamente al guardia del museo? —preguntó Alexis.

—Que la niña me había dicho que aquella mujer no era su madre y que su nombre no era Blanca.

—¿Qué le dijo el guardia? —quiso saber ella.

—Creo que ni siquiera me escuchó. Me parece que le resulté sospechoso o desagradable, y eso ocultó cualquier cosa que pudiera decirle. Lo comprendí de inmediato. No quería perder mi tiempo, y además me dije que posiblemente no era nada y que la niña era solo una criatura con una imaginación vivaz a la que no le gustaba su nombre. Pero que estén ustedes aquí me lleva a pensar otra cosa.

—Por favor, si pudiera repetir todo lo que hizo o dijo la niña, sería de mucha utilidad —expresó Alexis.

—Quería comer helado y yo lo estaba haciendo. Eso fue lo que llamó su atención.

—Perdone —interrumpí—. ¿Suele ir al Science City a sentarse a comer helado un día entre semana?

Ese hecho significaba algo al menos «inusual». ¿Qué movería a un sujeto como este a ir a ese lugar repleto de niños, cuyo público entre semana es sobre todo infantil y las personas adultas que asisten normalmente están acompañando a sus hijos o alumnos? Tal

vez estaba exagerando, pero sabía por mi formación en el FBI que frecuentar lugares como ese es considerado una alerta.

—Soy científico. Y más allá de los prejuicios que usted pueda tener dado su inquietante trabajo, puedo decirle que ir a ese lugar es parte de mi proceso de observación. Estudio la adaptabilidad en lo que mal llamamos la especie superior, en los «humanos». Soy también genetista y le aseguro que mis visitas al museo no son producto de inclinaciones perversas, pedófilas ni homicidas. Las actitudes de los niños ante las maravillas de la ciencia son un buen aspecto para estudiar como especie. La capacidad de maravillarse es parte de la adaptabilidad.

Su cara cambió de color. Adquirió una tonalidad rojiza cuando terminó de hablar y me miró con desprecio.

—Por favor, continúe —insistió Alexis.

Pensé que era mejor callar por el momento, pero no me sentía para nada satisfecha con la respuesta de Andrew Houl.

—La niña se me acercó, le dije algunas palabras y la verdad es que no recuerdo cuáles. Luego llegó la madre con un helado de vainilla, pero la alteró tanto que la chica hablara conmigo que el cono se le cayó al suelo y en lugar de procurar una acción satisfactoria me pareció que asumió una actitud violenta, con ella y con todos. Entonces, se acercó el guardia y le explicó que la niña se había soltado de su mano mientras hacía la fila para comprar el helado. Luego se la llevó de allí. Creo que estaba nerviosa. Eso fue todo.

—¿Hay alguna cosa que pensara en ese momento o después? Usted parece contar con un buen razonamiento, es científico y hace experimentos y conjeturas. Cualquier cosa que haya reflexionado en relación con ese breve encuentro con la niña podría decirnos algo —explicó Alexis.

Me pareció que en realidad estaba desesperada por conseguir una pista de Houl. Yo aproveché ese momento para mirar con un vistazo rápido el lugar por si había algo fuera de lo común.

Era un área decorada con estilo y mucho dinero. Al principio no encontré nada sospechoso, pero tampoco sabía qué esperaba

encontrar. Entonces la vi. Una escultura abstracta que representaba a un animal.

—LO QUE PUEDA DECIRLE NO VA A AYUDARLA, pero igual lo haré. Pensé en la teoría de los primeros hijos y los padres. Una que he leído recién que establece que en las comunidades del Pacífico Sur los primeros hijos podían convertirse en sacrificios en favor de toda la comunidad. Podían, dependiendo del calendario religioso, ser entregados a las deidades para solicitar más alimento o agua dulce para el favor de todos. Claro que algunos antropólogos dicen que eso no está lo suficientemente documentado, y que esos relatos son delirios producto de las sustancias alucinógenas que ingerían los investigadores de campo que iban a las islas —dijo Andrew Houli.

Me miró unos segundos y se dio cuenta de que algo había llamado mi atención, pero hizo como si no le importara.

—He quedado prendado de unos escritos testimoniales que dan cuenta de cómo en esas comunidades primitivas el amor que los padres le profesaban a los hijos primerizos era mucho mayor que el que sentían por el resto de los hijos. No era que no los querían, sino que por quererlos tanto los ofrecían en sacrificio. Acababa de hacer esta lectura y estaba pensando en ella cuando me topé con la niña, o ella se topó conmigo, es igual. El sabor que dejó en mi boca el encuentro con esa pequeña y su madre era que esa mujer no la apreciaba en absoluto, que era una obligación para ella estar con la chica.

—¿Por qué pensó en eso? —preguntó Alexis absorta en la conversación.

—Tal vez fue por contraste con lo que acababa de leer que llegué a esa conclusión. Creo que no me explico muy bien, y no espero que me entienda, pero venía conmovido por los relatos de dolor de los padres que sacrificaban a los hijos, que conseguí en los diarios de campo, y por eso pude ver con claridad que para esa mujer la niña no significaba nada y que, más bien, le agradecería a la vida si la libraba de ella. Era lo contrario a un sacrificio, porque en este el dolor te acompaña siempre... —explicó Andrew.

—¿Su familia es dueña de una empresa de producción cárnica? —pregunté cortante. En ese momento, la explicación de las comunidades del Pacífico Sur no me interesaba en absoluto.

—Lo era. Ya no queda nada de esa barbarie entre nosotros —respondió tajante.

Ellos continuaron hablando y yo me desconecté por completo de la conversación que mantenían. Estaba esperanzada en que mirando el lugar lograría descubrir algo, porque Andrew me daba mala impresión. Así que me levanté y me acerqué a la escultura del animal. Era negra y dorada, y sin duda en la parte inferior había algo como unas patas. Pero parecían de cabra. No tenía garras ni colmillos.

Di unos pasos hacia una repisa de mármol blanco que estaba cerca de la escultura. Entonces, vi un portarretrato pequeño con una fotografía en blanco y negro. Mostraba a un grupo de cinco jóvenes sonrientes, acompañados de un hombre un poco mayor un tanto separado de ellos.

Se hallaban en un lugar que parecía una meseta al borde de un acantilado.

Para mi sorpresa, reconocí uno de los rostros y me alarmé.

—¿QUIÉN es ella? —pregunté en voz muy alta.

Andrew Houl se levantó y llegó hasta donde yo estaba, frente a la fotografía. Alexis también lo hizo.

—¿A quién se refiere? —preguntó él.

—A ella —respondí mostrando con el dedo índice el rostro de una mujer que yo conocía.

—Esa es Carrie Boggs. Éramos amigos, o conocidos, mejor dicho. Eso fue en la universidad de Topeka. No estaba muy bien de la cabeza, la verdad. Yo creo que ella contribuyó en gran medida a reavivar todo el asunto de Stull; de que esta zona del corazón del país está maldita, o qué sé yo. Parece que argumentaba que ella solo era la portavoz de otra persona que nunca conocimos y a la que llamaba «Chris». Algunos decían que el tal Chris era una mujer y otros que se trataba de un hombre. Ya saben, son esos nombres que pueden ser de personas de cualquier sexo; como Charlie, Artis, Andy. Ahora que lo pienso, el suyo, agente Carter, también pertenece a ese grupo.

Miré a Alexis. Noté que algo la alarmó mientras miraba la fotografía y no parecía atender lo que Houl decía.

Me di cuenta de que su mirada no se dirigía a donde estaba Carrie, sino a otro punto de la imagen.

Luego, como saliendo de ese trance, pronunció unas palabras.

—Ella es Lucinda Long, ¿verdad?

—Sí. Ese es su nombre —afirmó Houl.

—Es la madre de Michael Long, uno de los niños asesinados en Topeka hace cuatro años —me explicó Alexis y comprendí en ese instante su alarma.

Carrie conocía a la madre de uno de los niños. Podía ser una coincidencia, pero no lo creía. Había un tronco común que incluía a Carrie, los cuentos sobre Stull y los crímenes del primer caso de Alexis.

No me parecía normal que si Andrew Houl estaba implicado en los asesinatos hubiese dejado a la vista aquella fotografía que de alguna manera lo conectaba con algunas piezas del complicado rompecabezas de las muertes que investigábamos en Kansas. A menos que no supiera que Carrie me había hablado de Stull, pero aun así me parecía arriesgado mostrar esa fotografía en la sala de su casa. Si era el asesino de las parejas y había tenido que ver con los asesinatos de los niños, no dejaría a la vista una imagen de la madre de una de sus primeras víctimas. Así que, por el momento, dejó de ser sospechoso para mí y comprendí que debía volcar todo mi pensamiento en la relación de Carrie con Lucinda Long.

—Las cosas están precipitándose —dijo Alexis con voz queda y extendió la mano con la intención de tocar la fotografía.

Con el dedo índice rozó el rostro de Long y recorrió el borde de su cara, dibujando un círculo. Pensé que debió conocerla en aquel momento, que debió hablar con ella.

—Todo tiene que ver con los niños.

Primero me pareció una pregunta, pero luego me di cuenta de que era una terrible afirmación.

—Los niños son el objetivo... —repitió.

Lo del sacrificio que había dicho Andrew Houl minutos antes, sacado de no sé cuál libro, adquirió un nuevo sentido para mí. Y la posibilidad de que una mujer fuese la asesina me volvió a cruzar la mente, ahora con más fuerza.

PARTE V

HANS IBA CAMINO A WICHITA. Deseaba reunirse con Julia y con Anne lo antes posible. En su teléfono había varias llamadas perdidas; una de Anne y cinco de Julia. Lamentó no haber respondido, pero él debía hablar con su hermano y no ocupar su mente en nada más.

La señal de abrocharse los cinturones se encendió por segunda vez y el servicio de comidas y bebidas se interrumpió. Había sido un vuelo turbulento desde el inicio y parecía que iba a continuar siéndolo. Abrió el tapasol de la ventana y vio como el avión penetraba en un cúmulo de nubes densas. Nunca temió a los aviones, pero en ese momento estaba inquieto por otra razón. La amargura que lo acompañaba desde que habló con su hermano se hacía más hiriente con el paso de las horas. Recordaba partes precisas de la conversación que se le quedaron atornilladas en el cerebro.

Sobre todo una:

—¿Hasta cuándo harás malabares, Hans, para no cruzar la línea? Esa que sabes que te tienta. La que cruzaste con tu amigo Terence...

Eso fue lo peor, lo más duro de esa detestable hora en la penitenciaría.

—No sabes nada de mí. No pretendas hacer como que me conoces —respondió Hans.

—Te conozco más de lo que crees. Sé que, por ejemplo, muchas veces has tenido unas ganas locas de cazar a los asesinos que se escapan del sistema por cualquier idiotez del entramado legal, y no

me digas que no es así —respondió su hermano con aires de satisfacción.

Hans había logrado cerrar el capítulo de Terence Goren y ahora su hermano intentaba reabrir esa herida para atormentarlo, porque para este la única forma de relacionarse era a través de la destrucción de los demás. Lo que más lo había dejado afectado era que tenía razón. Muchas veces había deseado acabar con la vida de quienes se liberaban de los castigos que merecían por los crímenes cometidos.

Se moría por fumarse un cigarrillo allí en el avión, pero por supuesto que no iba a hacerlo. Cuando salió de la penitenciaría, se fumó cinco, uno tras otro, y había pensado en Fátima. Ella era como un reservorio de buenos y malos momentos para él. Le hubiese gustado contar con ella en ese instante, poder llamarla y decirle que su hermano se empeñaba en llevarlo a la perdición. Que estaba enfascado en hacerle sentir que se parecían, que tenían una especie de gen destructivo común que en algún momento iba a surgir con fuerza dentro de él.

Pero ya no podía llamar a Fátima y hacer tambalear la decisión que había tomado al dejarlo. Ella no estaba y tenía que aceptarlo, porque él no era una compañía agradable para nadie.

—Eso también lo anunció mi hermano, que siempre estaría solo... —se dijo Hans y apoyó la cabeza hacia atrás, intentando descansar.

Deseaba olvidarlo y continuar con su vida. Tenía que concentrarse en el caso de los asesinatos de Kansas.

Una mujer que iba sentada en el asiento a su lado parecía muy nerviosa. Se removía en su silla y miraba a todas partes como buscando a algún sobrecargo. Cuando vio que Hans abrió la cortinilla de la ventana, emitió un sonido de pavor.

Hans lo notó, aunque algo tarde, y volvió a cerrar la cortinilla. Pensó en decirle a la mujer que daba lo mismo si mirabas o no hacia afuera porque el riesgo no variaría. También manifestarle que, por mucho que el avión se moviera, llegarían a destino sin contratiempos. Las estadísticas estaban a su favor. Pero no le dijo nada. Tocó el botón para que el asiento se deslizase hacia atrás porque pretendía cerrar los ojos y olvidarse de la turbulencia, de la

vecina nerviosa y de todo lo que sucediera dentro de la cabina para concentrarse en los asesinatos.

—¿Qué era lo que tenían hasta ahora? —se preguntó intentando volver al principio, al origen de la acción de este asesino serial.

Hans era de la idea de que algunas veces en los casos complejos, justo por esa complejidad, se perdía de vista un elemento clave y simple. Entonces, repasó punto por punto todo lo dicho en la reunión que Julia condujo ante los perfiladores en la oficina de Washington hacía tres días.

—¿Por qué no se ha encontrado un patrón geográfico en los asesinatos? —se dijo y tuvo la impresión de que esa era una buena pregunta.

También recordó a Carrie Boggs en el restaurante mexicano. Ella hablaba de un triángulo y un círculo, un ojo. Pero eso no significaba nada en realidad. Entre los diferentes puntos donde se cometieron los crímenes podrían dibujarse esas y otras formas geográficas en un mapa si se tenía un poco de imaginación.

—¿Dónde vive este asesino? ¿Dónde caza a sus víctimas? —se preguntó.

En ese momento la vecina, en un impulso, le tomó el brazo con fuerza cuando el avión se estremeció con violencia.

Un portaequipaje se abrió y alguien emitió un grito. Parecía que iban a caer al vacío, pero Hans permanecía inmutable.

—Lo que siempre he admirado de ti es esa maravillosa sangre fría que posees... —recordó que le había dicho su hermano.

Sintió que ambos eran dos ramas secas que provenían del mismo tronco.

Y esa era la única caída que en realidad temía. Aceptar que se parecía a él.

—AHORA QUE LO RECUERDO, algunos pensaban que Lucinda era «Chris» porque ellas eran muy amigas. Me refiero a Carrie y a Lucinda. La verdad es que ese constructo del tal Chris era curioso. Era como un líder religioso que creía en el «poder oscuro que hace bien», o algo así, según Carrie. Para mí eran una sarta de tonterías que buscaban ampliar cierto turismo extraño en Kansas —confesó Houl.

Habíamos encontrado un nexo entre Houl, Carrie y la madre de una de las víctimas de la pareja asesina de hace cuatro años. No creía que fuera casualidad. Y lo de la idea del sacrificio que acababa de señalar Houl me molestaba como una espina porque temía que algo como eso motivara al asesino, tal como había movido en su momento a la pareja homicida de los niños, según creía recordar del caso. Estaban inmersos en creencias religiosas que nadie había podido descifrar.

—¿Por qué tiene esta foto aquí en la sala de su casa? No hay ninguna otra fotografía. ¿Para usted significa algo especial esta imagen? —preguntó Alexis.

Me sorprendió. La Alexis sensitiva ahora le daba paso a otra Alexis, la objetiva, que actuaba bajo una lógica lapidaria que pondría en un aprieto a Houl, porque lo que decía era cierto.

—Es usted muy observadora. Por algo es policía, ¿verdad? Ve usted el pájaro que está detrás. Justo allí. —Andrew mostró un punto en la imagen donde se veía un ave con las alas extendidas en alguna parte del cielo—. Pues eso es un halcón peregrino. Les

gustan las alturas y son animales excepcionales. Este alimentaba a su pareja, porque tienen parejas para toda la vida, y la suya había anidado en el risco. Así que no atesoro la fotografía por las personas que aparecen, sino por el espléndido animal —respondió, satisfecho.

—¿Estudiaban todos la misma carrera? —pregunté.

—No. Es que pertenecíamos a un grupo de teatro. Carrie y yo estudiábamos ciencias, Lucinda, Literatura, y Albert y Wendy no recuerdo. A ella no se le puede ver bien el rostro en esa fotografía debido al brillo que causan sus lentes.

—¿Sabe que Carrie Boggs se suicidó?

—Sí. Leí la noticia. Como le he dicho, la cabeza no le funcionaba bien —respondió sin mostrar afectación.

—Si recuerda algo más de esa época, de Carrie Boggs o de Lucinda Long, por favor, llámenos —dijo Alexis y le entregó una tarjeta que sacó del bolsillo—. También es posible que lo busquemos para que mire algunas fotografías e intente reconocer a la mujer que estaba con la niña.

Quedé con la sensación de que no habíamos terminado con Houl, pero convine en que primero debíamos acordar cómo proceder a la luz del descubrimiento que acabábamos de hacer.

Salimos de la propiedad y, cuando estuvimos en el auto, miré una última vez al edificio principal. Sentía que debía volver allí, que Andrew no lo había dicho todo, y que en el pasado que mostraba aquella fotografía podía haber algo importante. Hans era el mejor para seguir ese tipo de rastro originario y analizar el pasado.

Me pareció que arriba —en el segundo piso— una persona nos miraba desde una ventana. Una que se encontraba justo debajo de la torre del techo pizarra. Traté de observar mejor, pero el reflejo del sol no me lo permitió. Además, me separaba una larga distancia. Llevé la mano a mi frente para tapar un poco la claridad y, cuando logré enfocar hacia allá, no vi a nadie. Solo una cortina blanca, batiéndose. Podría haber sido el viento moviendo la tela el que me hiciera pensar que había alguien, pero también podía haberse tratado de una persona pequeña y delgada.

Miré hacia el frente y pude ver a Andrew y a Natael Houl junto a la puerta.

Estaban despidiéndonos o cerciorándose de que nos íbamos.

—¿EL agente que te dio los datos de Houlihan te dijo quiénes residían en esta casa? —le pregunté a Alexis cuando apenas encendía el auto.

—No, pero puedo preguntarle ahora mismo —me respondió.

—Hazlo.

Llamó a alguien desde su teléfono y al poco tiempo obtuvo la respuesta a la pregunta que le había hecho.

—Solo viven ellos dos.

—Me pareció que alguien nos observaba desde una de las ventanas. Puede que...

»Escondan a alguien —completó—. Has pensado todo el rato que ocultan algo. No pude sacar nada en claro de ellos. El profesor era como una página en blanco y Andrew lo contrario, como una pantalla negra que oculta muy bien lo que lleva dentro. No puedo decirte nada más. Estoy tan confundida como tú. Y que Lucinda Long estuviese en esa fotografía junto a Carrie Boggs me resulta desconcertante. Yo vi a esa mujer, visité su casa cuando fui a investigar la habitación de su hijo muerto. Lo hice junto con Devin y te juro que me pareció destrozada. ¡No podía estar fingiendo! Lo digo porque no puedo creer que sea «Chris», como sugirió Houlihan.

—¿Tú das por sentado que el asesino o la asesina es ese «Chris» y que todo esto comenzó hace muchos años en la universidad de Topeka? —interrogué.

—Estoy segura. No sé cómo, pero lo estoy. No lo de la universidad, pero sí que Chris es un protagonista en todo esto.

Miré por la ventanilla para que no viera mi expresión. Era exasperante porque otra vez hablaba con la Alexis críptica y misteriosa. ¡Cuánta falta me hacía Hans! Pero le había dado por desaparecer y no responder a mis llamadas.

Ya habíamos tomado la vía que conducía a la carretera NW 75th y el GPS acababa de indicar que debíamos cruzar a la izquierda para ir en dirección a Topeka.

Inspiré profundo y continué hablando.

—Está bien. Manejemos la teoría de que el asesino de Sarah y el de las parejas es la misma persona. Y que también, de alguna manera, está detrás de lo que sucedió hace cuatro años. Supongamos que por eso siempre has presentado una conexión. Esto explicaría por qué asesinaron a Sarah; para terminar lo que tú y Devin evitaron que sucediera en aquel entonces. Ustedes intervinieron en unos planes fraguados hace algún tiempo.

—¡Exacto! Y por eso mataron a Devin... —me interrumpió. Siempre que lo mencionaba notaba en su voz ese registro diferente, con dolor.

—Entonces, nos estaríamos enfrentando a alguien que, por lo que sea, ha esperado cuatro años para actuar otra vez. Y eso no me gusta porque...

—Ni a mí —volvió a interrumpirme, aunque no me importó. Sentía que al menos estábamos avanzando porque parecíamos haber, por fin, sincronizado los pensamientos.

—Significa que está obsesionado con lo que hace y que es inteligente —completé.

—Eso es —concluyó.

Alexis también se daba cuenta de que por primera vez estábamos apuntando al mismo lugar. Continuó hablando más rápido y apagó el GPS, que volvía a dar una indicación.

—No flaquea ante los impulsos de ver cumplida su misión o sus deseos de manera inmediata. Es alguien que ha tenido cuatro años para planificar lo que ahora está haciendo. Supón que lo de Calvin Morgan y John Stevenson haya sido solo la punta del iceberg y que fueran unos asesinos no tan inteligentes como el que está detrás,

oculto. Ellos solo fueron unos fanáticos de algún tipo de creencias, captados para hacer parte del trabajo y nada más.

—¿Y todo eso tiene que ver con qué? ¿Con una secta religiosa nacida en Stull en la cual Carrie participaba, y al ver el horror de la muerte de los niños o al enterarse de que continuarían asesinando, enloqueció? Además, me pregunto quién es ese maldito Chris — confesé.

Ella hizo silencio y volvió a activar el GPS. La mínima sincronía que habíamos conseguido se diluyó tal como apareció. Tuve la certeza de que no deseaba responderme.

—¿QUÉ haremos? —le pregunté un par de minutos después.

—Concentrarnos en los niños. Vayamos a donde están. Primero comamos algo para ganar fuerzas. Comprobemos que los chicos están bien en primer lugar, e intentemos sacar algo de ellos. Creo que si pudiera verlos, quizás perciba algo que ellos han visto y que no recuerdan o han bloqueado por el trauma.

—Pensé haberte dicho antes que los psicólogos han tratado de sacarles algo, pero no lo han logrado. Dicen cosas sin sentido.

—¿Cuáles cosas?

Le repetí lo que tres de los cinco niños expresaron. Ya antes le había dicho lo de «irse con el día» cuando estábamos en la escena del crimen de los Morrison. Ahora la actualicé en relación con las demás palabras, lo del zoológico y lo del león cobarde. No sé qué pensó Alexis o si recordó algo, pero su rostro se endureció cuando le hablé del león.

—¿No iremos a hablar con Lucinda Long? Estoy de acuerdo que la prioridad son los niños, pero puede que ella recuerde algo de ese tal Chris. Incluso puede que sea ella misma, tal como asomó Andrew Houli. Te digo que ese hombre no me gusta nada y que no me creo a ciegas lo que cuenta, pero ese es otro tema. Pienso que no hay mejor manera de disfrazarse para un culpable que hacerlo con ropaje de víctima. ¿Tendríamos que incluir a los padres de los niños asesinados como sospechosos y a esa mujer en particular? Lo del sacrificio que dijo Houli me da vueltas en la cabeza y me lleva a

pensar en los fanáticos religiosos, que son capaces de asesinar a miembros familiares indefensos como ofrenda a sus dioses — argumenté.

—Lucinda Long no podrá decirnos nada. Está muerta. Murió hace dos años. Lo que sabía de Chris se lo ha llevado a la tumba — respondió.

Comprendí que, habiendo hecho un seguimiento desde hace tiempo de esas muertes y su supuesta conexión con el asesinato de Devin, Alexis debía saberlo todo sobre las personas cercanas a las víctimas y por ello conocía de la muerte de Long.

Nos quedamos en silencio.

Sentía que continuábamos dando vueltas y que no había manera de avanzar.

—Ha llegado a su destino —dijo la voz del GPS.

Alexis estacionó el auto. Estábamos en un estacionamiento frente a un merendero de camino justo a un lado del río. Eran las cinco de la tarde y el cielo se había vuelto a oscurecer.

—Comeremos algo rápido. Estamos bajo mucha presión y la cicatriz comenzará a dolerte si no te cuidas un poco —me dijo. La notaba muy preocupada por mi estado.

Nos bajamos del auto y caminamos en dirección a una hamburguesería llamada Hungry Cow.

Cuando puse la mano en la puerta del local para abrirla, Alexis me detuvo y pensé que había decidido confesarme algo.

—La pregunta no es quién es. La pregunta que debiste hacer es qué es Chris.

—No ENTIENDO lo que quieres decir —contesté.

No me respondió, empujó la puerta y la sostuvo para que yo pasara.

Entramos y nos dirigimos a una mesa que estaba junto a una ventana, desde donde podía verse el lugar en el que estacionó el auto. Nos sentamos y ella se quedó mirándome unos segundos. Después se decidió a hablar.

—¿Tú crees que lo del camión que casi nos mata fue casual? No te has dado cuenta, Julia, que nos enfrentamos a algo que está apareciendo en todo lo que nos rodea, junto a nosotras todo el tiempo, específicamente cerca de mí.

—No lo sé, Alexis. Me cuesta seguirte y no es por falta de voluntad, de verdad —confesé.

—Lo sé. No te culpo —dijo, resignada.

Se acercó una empleada del lugar para tomar la orden. Yo no quise comer nada cárnico. Pedí una ensalada de lechuga y aguacate, una Coca-Cola y un café solo sin azúcar. Alexis pidió una hamburguesa, un café con canela y crema, y un pay de manzana. Siendo tan delgada, no imaginé que pudiera comer tanto.

La miré mientras devoraba la comida y me pareció aún más joven. Por un segundo pensé que el peso de la oscuridad de saberse cazadora de asesinos se liberó de sus hombros, y en ese instante fue solo una chica cualquiera tomando una hamburguesa; alguien que

luego podría ir al cine o a la casa de unos amigos a tomarse unas cervezas y a hablar de lo que fuera.

Pero era una ilusión pasajera. Ni ella ni yo éramos eso. Ya no podíamos ser personas normales, de las que ignoran los horrores de los crímenes que intentamos resolver. No sé qué quiso decirme con lo de Chris y el camión frigorífico, pero ya había aprendido que, aunque no entendiera a Alexis, debía continuar. Eso le costaría mucho a Hans, que no se detiene hasta que llega al tuétano de las cosas, hasta comprenderlas por completo. Tuve la impresión de que Alexis y Hans no se llevarían muy bien.

—¿Qué piensas? —me preguntó Alexis cuando acababa con el último trozo de pay.

Sonreí.

—Creía que sabías todo lo que pensamos quienes te rodeamos —respondí con ironía.

—Puedes relajarte, Julia. Lo mío no funciona así. No es matemática ni ninguna ciencia exacta, así que tus secretos están a salvo —dijo.

Las dos reímos. Necesitábamos eso. Ese mínimo momento de normalidad para poder continuar. Estábamos muy confusas y la presión podría con nosotras en cualquier momento.

Mi teléfono vibró en ese instante. Lo había dejado sobre la mesa mientras comíamos. Vi que la llamada era de Bob Stonor y la tomé. Antes le había escrito pidiéndole la dirección actual de los cinco hijos de todas las víctimas.

Hablé con Bob durante unos minutos, me despedí y corté la llamada.

—Dice que los cinco chicos están en el Instituto Social de Topeka. Es el orfanato más grande del estado y el que contaba con la capacidad para albergarlos. Servicios Sociales decidió llevarlos a todos allí. No lo sé, tal vez para imponer algo de distancia con los lugares donde sucedieron los hechos y, al mismo tiempo, mantenerlos bajo la jurisdicción estatal. De todas formas, los niños no tienen familiares que puedan hacerse cargo de ellos o que quieran hacerlo. No hay abuelos ni tíos a la vista... —lamenté.

—Estamos a quince minutos de allí. Es una suerte porque tendremos la oportunidad de ver a los cinco de una vez.

De repente, noté que algo le preocupó. Ella estaba sentada frente al cristal de una de las ventanas del establecimiento y yo me encontraba de espaldas a él.

Creí que había visto algo en el exterior, tal vez cerca del auto.

—¿Qué pasa? —pregunté y volteé.

—Nada. Me pareció ver a De..., olvídalo.

TAL COMO DIJO ALEXIS, en pocos minutos estuvimos en el instituto.

Se trataba de un edificio de principios del siglo XX o finales del XIX que antes había sido un orfanato protestante. Eso pudimos leer en una placa en la verja de la entrada. Esa institución antigua se llamaba The Baker Train en honor al tren que trasladó cientos de niños huérfanos de Nueva York a otros lugares del país entre 1858 y 1923.

—Este lugar me va a poner triste —me confesó Alexis cuando estacionó el auto.

Nos bajamos y caminamos hacia la puerta de la entrada. Hasta ese momento, nadie nos había detenido ni preguntado qué queríamos.

Mientras nos desplazábamos, miré un jardín descuidado al lado derecho del sendero que conducía a la puerta y una escultura de un hombre rodeado de niños con un libro en la mano del otro lado del camino. Una paloma se posó en ese momento sobre la cabeza de la escultura durante unos segundos y luego aleteó y voló despavorida. Un viento frío se coló de repente y movió las ramas secas de unos árboles que había a unos cuantos metros del sendero. La verdad es que el lugar daba una sensación de abandono, y mucho más aquella tarde oscura.

Había una torre circular hecha de piedra que contaba con una pequeña ventana en lo alto. Se ubicaba detrás de la edificación principal, pero desde donde estábamos caminando podía verse.

Sentí claustrofobia solo con mirarla. Su diámetro parecía muy pequeño y supuse que albergaba una escalera en exceso inclinada y oscura. No podría imaginar un mayor castigo para alguien con pavor a los encierros que subir esos escalones hasta llegar a la ventanilla. No sé por qué pensé en eso y comencé a sudar.

Ella se dio cuenta de que me había quedado mirando algo y volteó para saber qué era. Se mantuvo unos segundos en silencio, viendo la torre, y luego volvió a observarme a mí.

—Era una torre de castigo. Este sitio encierra muchos años de prácticas crueles para imponer «disciplina» —afirmó con la voz entrecortada.

La miré sorprendida, sin poder articular palabra.

Llegamos a la puerta y tocamos.

—¿Alguien vino a hablar con los chicos antes? Me refiero a alguien del FBI —preguntó de pronto, después de tocar el timbre y de pasar la palma de la mano extendida por el madero de la puerta.

—Sí, Myrna Thorpe, la psiquiatra, estuvo aquí. Me lo dijo Stonor cuando me llamó. Yo me reuní con ella antes de venir a Kansas y se ofreció a hablar con los niños. Debió viajar de inmediato y haberlos visto ayer en la mañana o anteayer en la tarde, pero no obtuvo ningún resultado de la visita porque no me han reportado nada. Había olvidado decirte que Stonor también me informó que analizaron el apartamento de Carrie Boggs, respondiendo a mi solicitud, y no encontraron nada. Ni una computadora ni un teléfono móvil. Parece que tenía la aproximación a la tecnología de un *amish*. La refrigeradora estaba llena de rábanos, ajos y apios descompuestos. Hasta les costó dar con su dirección porque no estaba muy claro dónde vivía. El apartamento era rentado. Por alguna razón, desde hacía meses vivía en la calle, deambulaba y dormía cerca de la oficina del FBI y del lugar desde donde se lanzó.

—Sé quién es Myrna Thorpe —me interrumpió—. Este es un mundo pequeño en realidad. Lo que sé de ella no me gusta nada y, viéndolo bien, no me parece casualidad que...

La puerta se abrió de repente y Alexis dejó la frase inconclusa.

—¡BUENAS tardes! Sean bienvenidas al Instituto Social de Topeka, lugar especializado en brindar un hogar cálido a niños desafortunados. Me temo que las horas de visita han finalizado justo a las cinco de la tarde y ya todos los chicos se encuentran en el área privada, pero podrían venir mañana y no tendrían ningún inconveniente en ver a los pequeños.

Eso dijo de forma teatral un hombre de unos treinta años, con el pelo totalmente blanco, que usaba unos lentes dorados que lucían muy costosos y estrafalarios. Iba vestido con una bata blanca en la cual podía verse una mancha amarillenta a la altura del pecho. Parecía mostaza.

Alexis mostró la identificación al sujeto, que ni por un momento había sospechado que no éramos visitantes. No notó las evidencias que delataban nuestra identidad; por ejemplo, las armas que guardábamos en el cinto y que cualquier otra persona hubiese advertido. La capacidad de observación del locuaz sujeto dejaba mucho que desear.

—Soy Alexis Carter, detective de Wichita, y ella es Julia Stein del FBI. Necesitamos ver a cinco niños que se encuentran en este lugar.

—¡Oh! Perdonen..., no noté que eran policías o del FBI. ¡Adelante, por favor! Cualquier cosa que podamos hacer para ayudar, tengan la seguridad de que la haremos. Soy el subdirector Platt, Henry Platt.

Se apartó para que pudiésemos entrar después de decir eso.

Se veía a todas luces que el edificio era muy antiguo y no estaba bien conservado. Contaba con tres pisos y me llamó la atención el silencio que reinaba adentro. Había un patio central de considerable tamaño en donde no vi ni una sola planta. Esa zona de tierra desnuda estaba rodeada de pasillos que dibujaban un rectángulo. La puerta por donde entramos se ubicaba justo en medio de uno de los lados más largos de ese rectángulo. El suelo de los corredores que rodeaban el patio estaba descolorido y, en algunas áreas, roto con losas levantadas.

El olor que desprendía ese lugar era intenso y desagradable. Apenas cruzar la puerta lo noté; como una mezcla de detergente con algún polímero, tal vez caucho.

—Acompañenme, por favor. Estaremos más cómodos en la salita. Creo que vienen a hablar con los hijos de las víctimas, de los padres asesinados. Es un espanto que cosas como esas pasen —dijo al tiempo que nos indicó hacia dónde caminar.

Miré hacia abajo y noté que la condición del suelo era mucho peor de lo que había pensado al principio. Caminamos unos segundos en silencio. Solo se escuchaban nuestros pasos y, a lo lejos, unos ladridos.

—¿Dónde estarían los niños? —me pregunté. No se veía a nadie por ninguna parte.

—Al menos no les hizo nada a ellos. Cada vez que lo pienso se me parte el alma, de verdad —completó Platt, pero su lenguaje corporal al pronunciar esas palabras no iba acorde a lo que expresaba. Miraba su celular mientras caminaba junto con nosotras y sonreía al teclear, como disfrutando un secreto, como tejiendo una picardía en lo que escribía.

Me dije que era de los sujetos que disfraza su desinterés. Puede que le importara un cuerno la desdicha de los niños, pero suponía que debía hacer ver una supuesta aflicción. Conocí algunas personas que adoptaban esa actitud hipócrita en la Dirección de Servicios Sociales, en Wichita, y las detestaba a muerte.

—¿Desde cuándo trabaja usted aquí? —pregunté.

Platt se alarmó. Quería que nos prestara atención y que pensara que íbamos en contra de él. Me sorprendí de la carga de rabia que

ese sujeto me inspiraba.

Dejó el teléfono y lo guardó en el bolsillo. Tuvo que decir adiós a la travesura de sus mensajes, por el momento.

—¿Yo? Pues desde que ingresó el nuevo director hace cinco años. Soy de Sugar Land, en Texas, y vine a Kansas para trabajar en este instituto —respondió, y la aparente cordialidad que lo había acompañado hasta ese momento desapareció. Ahora mostraba una mirada inquisitiva, retadora.

—Quisiéramos ver a Jessica Baker en primer lugar y de inmediato —exigió Alexis.

—Creo que ayer o anteayer vino otra agente del FBI y pidió eso también, pero no sé si será posible ahora porque el director no se encuentra. Como comprenderán, debo informarle de esta nueva visita de ustedes —respondió y volvió a sonreír, pero de una forma diferente a como lo había hecho antes mirando su teléfono.

—Avísele al director que estamos aquí y que no nos iremos hasta hablar no solo con Jessica Baker, sino con Charles Ryder, Melissa West, Cedric Arkin y Aldous Halsey —respondí.

Sonreí de la misma forma en la que él lo hizo, con idéntica hipocresía.

Henry Platt se detuvo y volvió a tomar el teléfono del bolsillo de su bata manchada. Pero entonces desistió, guardó el aparato y dijo:

—Está bien. Tendré que contárselos. No es que haya querido ocultarles algo, pero es que no sabemos qué hacer en esta situación tan inusual. El director de este instituto ha desaparecido.

—EL DOCTOR MILLER no atiende las llamadas ni sabemos dónde está. Ha dejado esto y tenía que haber venido en la mañana para firmar unos asuntos importantes. Pero después de que la otra agente estuvo aquí, no hemos sabido nada de él. Y eso es muy extraño porque su vida y su pasión es este lugar.

Podía ser una trampa. Una patraña de Platt para no dejarnos ver a los niños.

—Pues tendrá que dejarnos hablar con los chicos de todas formas. Entiendo de este mundo, y sé que si quien debe tomar una decisión no está, alguien debe hacerse cargo. Me imagino que la persona en este momento de mayor jerarquía es usted. Estoy al tanto de las implicaciones legales que tiene el abandono de las funciones en instituciones como estas y de lo que significa que no colabore con nosotras —le dije.

Sentía como crecía dentro de mí la rabia que ese sujeto me hacía sentir. No estaba en mi poder controlarla. Hubiese sido capaz de sacar la Glock y apuntarle a la cabeza en ese momento. Alexis sabía que algo me estaba sucediendo e intentó tomar el control de la situación.

—Llévenos con Jessica, ¡ya! —fueron sus palabras.

Platt miró hacia arriba y luego abajo. Hizo ese movimiento un par de veces, como si algo se hubiese atragantado en su garganta. Luego dio un paso y otro, alejándose de nosotras, y volvió a aproximarse. Parecía conducido por la corriente de una ola invisible.

Era el lenguaje corporal de alguien sometido a una gran presión. Recordé a mi mamá hacer ese mismo movimiento y no poder quedarse quieta un segundo una vez que perdió a mi hermano Patrick en un parque.

Platt comenzó a morderse los labios.

—Llévenos a donde está Jessica en este momento —repitió Alexis.

—Está bien. Lo haré. No creen lo de nuestro director. Les digo que Oliver Miller se ha esfumado. Pero consentiré que vean a los niños y me hago responsable. ¿Puede repetirme los nombres, por favor? Buscaré en el registro para saber en cuál ala del edificio se encuentran y avisaré a los encargados de piso.

Esa institución era muy extraña. Parecía que la planta baja estaba totalmente disociada del movimiento natural de un internado. Afiné el oído y pude escuchar algunas voces de niños a lo lejos. Debían provenir del segundo o tercer piso, pero de cualquier manera se escuchaban con una intensidad muy baja, como si las paredes de ese edificio bloquearan los sonidos que se produjeran dentro de ellas.

Platt ya no se veía tan nervioso y comencé a preguntarme si toda esa danza excitada no había sido parte de un teatro.

—Espere... ¿Ha dicho antes Jessica Baker, Charles Ryder, Melissa West, Cedric Arkin y Aldous Halsey? —preguntó y llevó una de sus manos a la cara. Cubrió por un segundo sus labios, y la barbilla con ella, y luego la apartó—. Lo lamento tanto... justo esos niños han sido trasladados hoy en la mañana y ya no pertenecen a la familia de este instituto.

Me abalancé sobre él.

Lo empujé contra la pared del corredor donde nos hallábamos. Me miró con ojos desorbitados mientras lo sostenía y hacía presión con mi antebrazo sobre su pecho. Yo sabía que no quería agredirlo, solo asustarlo, pero sentía tal repulsión por ese hombre que me tentaba horrores golpearlo. Tenía que sacarle la información que tuviese a toda costa. Imaginar cinco cadáveres más como el de Sarah me hacía enloquecer.

Alexis tuvo que actuar.

—Julia, detente —fueron las palabras que escuché de ella y que se colaron en medio de mi furia.

Platt se había quedado inmóvil, ni siquiera pestañaba, y Alexis me tocó el brazo que utilizaba para sujetarlo. Lo aparté y dejé de presionar el pecho de Platt.

—Desde que le mencionamos a esos niños usted sabía que no estaban aquí. Si no, ¿cómo ha podido recordar de manera tan perfecta sus nombres hace un instante? Usted sabía que nos referíamos a los hijos de las víctimas. Deje de jugar con nosotras y díganos de una vez qué ha pasado con ellos —le exigí.

—Está bien. Voy a hablar. Pero no es necesario usar la fuerza —dijo Platt con la voz temblorosa. Vi sus manos estremecerse cuando las llevó a la altura de la cara para tocarse el rostro y la mandíbula, como si yo le hubiese pegado un golpe y estuviese comprobando el daño. Luego extendió los dedos, cubriéndose el área debajo de los ojos. Inspiró y expiró.

Yo presentía la mirada de Alexis clavada sobre mí. Por el rabillo del ojo podía distinguir su cara inmóvil y expectante. Seguro no quería perder el estado de alerta que tenía dada mi explosión.

—Los niños ya no están aquí. Han sido trasladados por solicitud de Miller. Los demás chicos y el personal se pusieron nerviosos después de que la agente del FBI vino. La solicitud se hizo como una emergencia y han sido llevados a albergues temporales. La razón es que no sabemos qué tanto podían influir en la comunidad de niños si es que vivieron una experiencia traumática, como dijo la agente...

—¿En dónde están? —lo interrumpí.

—Se los diré si me permiten entrar en la oficina de la Dirección —razonó.

—Iremos con usted —respondió Alexis.

Caminamos por el corredor. Conté con esos segundos para pensar en lo que acababa de suceder. Solo recordaba un episodio en el que también actué de esa manera; una vez en un cine en Nueva York cuando cubría el caso del asesino de la web. Un chico maltrataba a una chica y lo amenacé poniéndolo contra una pared repleta de afiches de películas de los años ochenta. La cara de Platt me recordó a la de ese joven.

No me gustaba ser portadora de esa furia ciega y tampoco que Alexis hubiese visto lo peor de mí.

Platt se detuvo frente a una puerta y la abrió. Entramos en un despacho en donde el olor a caucho y a desinfectante se hizo todavía más fuerte. Nos quedamos de pie cerca de la puerta y él dio unos pasos en dirección a un escritorio. Rebuscó en unos papeles que había sobre él y tomó una carpeta. Noté que miró con fijeza mi arma. Con su mano derecha había comenzado a abrir uno de los cajones. Fui capaz de anticiparme y sabía lo que tenía que hacer; el asunto era si Platt lograría ser más rápido que yo.

LLEVÉ la mano a la Glock y Platt levantó la mano con la que había empezado a abrir el cajón.

—Solo iba a sacar un papel. ¿Puedo hacerlo? —preguntó.

—Hágalo —le respondí atenta a sus movimientos.

Escuchamos el sonido del cajón abrirse. De allí sacó otra carpeta.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Alexis—. Ahora que lo ha abierto se ha sentido más fuerte.

—Son los polímeros milagrosos. No sabe cómo espantan a las termitas. Este lugar es un paraíso para ellas. También para las ratas. Es un compuesto natural de algunas plantas y una resina que preparamos lo que aleja a esos animaluchos. En casa, en Texas, lo usaban.

Alexis cerró los ojos. Pensé que iba a desmayarse, pero no quería perder de vista a Platt. Luego vi que se recuperó. O, al menos, eso me pareció.

Platt sacó una hoja de la carpeta que sacó del cajón y la puso junto a las otras que había estado revisando en el escritorio.

—Pues bien. Jessica Baker y Charles Ryder fueron trasladados a un internado en Lawrence. Al Santo Tomás. Melissa West fue enviada al Instituto de Sedalia porque creo que tenía allí un familiar lejano. Cedric Arkin y Aldous Halsey están en La casa azul de Burlington. Para nosotros es conocido con ese nombre, aunque en realidad se llama Instituto Mindland. Es mucho más moderno que este. Los chicos estarán muy bien...

—¿Quién autorizó estos traslados?

—Miller, por supuesto. Yo no tuve nada que ver. Sí que ha sido extraordinario lo expedito de la solicitud y en tiempo récord se realizó la movilización, no lo niego, pero no he tenido nada que ver.

—¿Usted estaba aquí cuando vinieron a buscar a los chicos?

—Sí. Todo fue según la norma. El personal que se los llevó contaba con la identificación reglamentaria. Todo lo dejamos asentado y aquí mismo están los papeles. Puedo sacar unas copias si lo desean.

—¿A qué hora se fueron? —pregunté.

—A todos vinieron a buscarlos entre las ocho y las diez de la mañana de hoy, menos al más chico, que se lo llevaron ayer en la noche.

—¿Este lugar cuenta con cámaras de seguridad? —pregunté.

—Claro que no. Antes de eso, tenemos otras necesidades...

Alexis se acercó a él y le pidió que le dejara fotografiar los registros de salida de los niños. Mientras tomaba las fotos con su celular, yo miraba a Platt y noté que continuaba mordándose los labios y también la mucosa interna de la boca. Pude saberlo por el movimiento que, intuí, hacía su lengua para apartarse de los dientes.

Una sombra de pronto cayó sobre nosotros. La oficina contaba con una ventana compuesta de varios vitrales opacos y, a través de uno de ellos, logré distinguir la figura de un pájaro de considerable tamaño.

—Esos endemoniados halcones. Viven en la torre —comentó Platt en un murmullo.

—Creo que volveremos a vernos, Henry Platt —dijo Alexis, lo que me pareció una amenaza.

Le tendió la mano.

—Perdone, pero no puedo darle la mano. Estoy sometido a un tratamiento por una afección cutánea y, antes de que ustedes llegaran, acababa de aplicarme la loción. A algunas personas les causa alergia. Ahora que lo pienso, puede ser que ese sea el olor que han percibido.

—Está bien —fue la respuesta de Alexis.

Pero ni ella ni yo le creímos.

Una vez afuera del instituto y cerca del auto, ya liberadas de la presencia de ese detestable sujeto, nos miramos. Alexis iba a comenzar a hablar, pero yo antes tenía algo que hacer. Era vital que hablara con Miriam Ackerman. Nunca había deseado tanto ponerme en contacto con su amigo de la Sociedad Protectora de Animales.

PARTE VI

—No sé si me han creído. Monté un buen teatro. Culpé al inútil de Miller de todo. Ahora mismo debe estar pasando el efecto del alcohol gracias al regalo que le hice. Pero esto se está poniendo peligroso. Te digo que no me gusta. Ya hice mi parte y pienso liberarme de la responsabilidad. Ahora te toca a ti cumplir.

Eso dijo Platt a su interlocutor del otro lado del teléfono apenas vio marcharse a Julia y a Alexis.

Escuchó lo que la otra persona le dijo y asintió.

—No hay manera de que se enteren cómo salieron los niños de aquí. Por eso no hay problema y todo luce legal. No encontrarán ningún rastro. Sé hacer mi trabajo.

En ese mismo momento, Julia Stein hablaba con Miriam Ackerman. Se le había ocurrido una posibilidad para descubrir algo más sobre el instituto y sobre Platt y, lo estaba apostando todo a ella.

Platt ignoraba que los ornitólogos les colocaban vigilancia a algunas especies. Esta podía incluir dispositivos como cámaras para monitorear no solo sus hábitos, sino sus rutas. No pudo alertar a la persona que le daba órdenes del otro lado del teléfono sobre ese riesgo.

Solo deseaba cobrar el dinero prometido y largarse del país.

—Todavía creen que son cinco niños. No han detectado a los otros dos, y no creo que lo hagan.

Hizo silencio.

—No dejé que me tocara. Yo no creo en esas cosas, pero cumplo mi palabra y ahora es momento que cumplas la tuya. Porque la del FBI está decidida a todo, y me ha costado no responder a su ataque. Hasta este momento he logrado conservar la representación del empleado inútil, pero me voy a ir de aquí en cuanto pueda. Será mejor que me pagues mi dinero ya.

Nuevamente hizo silencio.

—De acuerdo —dijo y cortó la llamada.

TERMINÉ DE HABLAR CON ACKERMAN. Lo que se me había ocurrido era difícil, pero no imposible. Con un poco de suerte, podríamos contar con algunas imágenes de ese horrendo instituto gracias al halcón. Era lo único que se me ocurría por el momento para lograr algo en contra de Platt. No me gustaba ese hombre y sabía que escondía algo. Los niños ya no estaban allí según él, pero tenía un mal presentimiento con relación a ese lugar. Algo olía mal y también lo del supuesto director desaparecido. Tendría que hablar con Myrna Thorpe para saber si era de la misma opinión; lo haría más tarde.

Subí al auto. Todavía nos encontrábamos en el estacionamiento. Alexis estaba afuera muy cerca del capó. Había atendido una llamada mientras yo hablaba con Ackerman.

En ese momento, justo cuando ella se iba a subir al auto con una expresión extraña, mi teléfono vibró. Era un número desconocido.

Atendí.

—Agente Stein, le habla Tiago Martínez. He estado en la casa de la pareja que encontró a la niña. Verá, hubo algo en ellos que no me convenció, fui a visitarlos y, nerviosos, lo han confesado todo. En la comisaría me han permitido que sea yo mismo quien se lo comunique porque dicen que gracias a mí se hizo el descubrimiento. Vinieron a realizar un acto ilegal, a llevarse a una niña llamada Susan Sanger, que fue raptada en su propia casa frente al parque Washington Square, en Kansas City. La pareja vería a la niña en el museo de ciencias y, si estaba conforme con su apariencia, la

entrega se realizaría en Swope Park Mountain, donde fue encontrado el cadáver. Parece que al final tuvieron miedo y alguien la abandonó en lo interno de este parque, luego de cambiar su apariencia y vestirla de una manera diferente a como vestía cuando la sacaron de casa. Los padres no habían podido poner la denuncia porque los amarraron y encerraron en la casa. La secuestradora es una mujer que se hace llamar, dentro del circuito criminal del mercado de niños, Margot Fonteyn. Ya hemos emitido una orden de captura. Ese nombre es el de una...

—Bailarina famosa —completé.

Ahora lo comprendía: la mujer que se hacía llamar Margot Fonteyn era una traficante de niños y tal vez se puso ese nombre para representar lo ágil de sus acciones, como si fuese también una bailarina a la que las autoridades no podían atrapar. Cuando estuvo frente al guardia del museo, de seguro inventó el nombre «Margaret» porque en el momento fue lo que se le ocurrió. Los nombres Margot y Margaret se parecen, y no habrá querido presentarse ante él como era conocida en la red de secuestro.

Alexis abrió la puerta del auto cuando yo todavía estaba al teléfono en comunicación con Tiago Martínez, aturdida por lo que él acababa de decirme. Ella alcanzó a oír lo de la niña.

—¡No es Sarah! ¡Julia! ¡La niña del bosque no es Sarah! Esa pobre chica no fue asesinada como pensamos. Es posible que haya sido atacada por un puma de montaña según el análisis forense preliminar. Su nombre es...

—Susan Sanger —repetí.

Se había aclarado la identidad de la chica, los sucesos en el Science City y también, a mi pesar, la versión de Andrew Houlihan. Lo que nos dijo era cierto.

Todo lo que habíamos hecho durante el día no nos conducía a avanzar. Lo único que habíamos sacado en claro era lo de las heridas, la hora de los asesinatos cometidos en la penumbra y la fotografía en casa de Houlihan que habíamos visto por casualidad. Sarah podría estar viva —eso era verdad—, pero nosotras estábamos otra vez en el punto de partida y muy lejos de poder dar con su paradero. Me sentí más perdida que nunca. Recordé lo que dijo

Carrie en el restaurante... «este asesinato (el de Waverly) no será el último... y él te dejará sola...».

Lo peor era que estaba convencida de que Sarah y los cinco niños estaban en peligro, tal como había dicho Alexis, y ya se acercaba esa hora espantosa de la penumbra que era como una sentencia de muerte. Teníamos que encontrarlos cuanto antes.

LE HABLÉ a Alexis sobre lo que Tiago Martínez me había dicho.

—Pobre Susan... —fueron sus únicas palabras. Después hizo silencio.

—¿Qué sugieres que hagamos ahora? —le pregunté al cabo de unos segundos.

—No lo sé —respondió.

Miró hacia adelante, como dándose un tiempo para pensar, y después continuó.

—Anne me ha dicho que Hans Freeman acaba de aterrizar en el aeropuerto Charles Wheeler. Ella propone que nos veamos en la comisaría de Topeka. Podemos operar desde allí porque está más cerca de la zona donde, hasta ahora, se han cometido los crímenes. Creo que es una buena idea encontrarnos, ya que debemos coordinar las próximas acciones.

Alexis hablaba, pero yo no le prestaba total atención. Pensaba en que Hans había llegado por fin. Luego me pregunté por qué no había devuelto mis llamadas y solo se comunicó con Anne.

—Está bien. Vamos a verlos —dije, intentando que mi voz no reflejara mis pensamientos—. Pero primero deberíamos estar seguras de que los niños están bien. La salida de este instituto ha sido abrupta, de «emergencia», como ha dicho Platt —argumenté.

—Llamemos a los lugares donde los enviaron, nos reunimos con Anne y Hans y luego iremos a verlos —propuso Alexis.

Estuve de acuerdo. Busqué en mi teléfono el número del Instituto Mindland de Burlington. Estábamos cerca de él y, en caso de que hubiese pasado algo con los chicos, podríamos llegar en poco tiempo. Hablé con el director del lugar y me confirmó que los niños estaban allí sanos y salvos. Que habían sido recibidos a las dos de la tarde sin ningún inconveniente. Me dio la impresión de que se extrañó de mi llamada y del anuncio de que en unas horas iríamos a verlos, pero intentó disimularlo.

—Parece que todo va bien —le dije a Alexis cuando terminé de hablar con el director.

—Prueba con los otros dos institutos, pero si Cedric y Aldous están a salvo, creo que lo más probable es que Jessica, Charles y Melissa también se encuentren a buen resguardo. No los sacarían de este lugar para llevarse a unos y a los otros no.

—A menos que con los niños estén aplicando un proceso de descarte, y solo alguno de ellos sean aptos para lo que sea que tienen en mente... —completé, intentando no pensar en lo que podrían hacerles a los elegidos.

De ser cierto lo que pensábamos, se me ocurrió que Sarah sí que estaría sentenciada porque era la segunda vez que iban contra ella.

—Puede que estemos equivocadas y por ahora los hijos de las víctimas no estén corriendo peligro. No lo sé, Julia... A veces creo que todo lo que hemos pensado ha sido un error y que no sabemos nada de este caso —se lamentó.

Yo había tenido la misma sensación segundos antes.

Salimos del estacionamiento del instituto y enrumbamos a Topeka. Me comuniqué con el internado Santo Tomás, y supe que Jessica y Charles estaban allí. Eso me dijo Jacqueline Allgood, la directora encargada. Con el instituto de Sedalia no logré comunicarme, así que nos faltaba saber si todo iba bien con Melissa West.

—Llamaré a Thorpe. No me ha informado nada y ella debió haber hablado con los cinco pequeños —expresé.

En el número de la psiquiatra saltaba la contestadora. Le dejé un mensaje pidiéndole que, en cuanto lo oyera, me llamara.

—Iremos a verlos a todos. Lawrence está a veintiocho minutos de Topeka, y Burlington a poco más de una hora. Sedalia está más lejos, pero podemos llegar antes del amanecer. De todas formas, creo que ni tú ni yo deseamos descansar mientras exista la posibilidad de que... —dijo Alexis.

Sabía cómo iba a terminar esa frase. Hablaba de la posibilidad de que Sarah aún estuviese con vida.

Era extraño lo que me sucedía: dos emociones muy fuertes chocaban dentro de mí. Por un lado, sentía terror de pensar en la pequeña Sarah muerta, en su cuerpo en las mismas condiciones que los padres. Y por el otro lado, sabía que vería a Hans, y eso me calmaba porque en medio de este caso lo había necesitado como nunca.

Había envejecido mil años, y ahora en pocos minutos lo vería por fin.

CUANDO LLEGAMOS a la comisaría de Topeka, experimenté un *déjà vu* y sonó en mi cabeza la canción del taxista que me había llevado cuando llegué de Washington, como si el tiempo se hubiese devuelto.

Nos bajamos del auto y caminamos hacia la entrada. La impresión del *déjà vu* desapareció de inmediato porque apenas abrimos la puerta escuche muchas voces y pasos, además del sonido desprendido del teclear de varias manos escribiendo en las computadoras. La comisaría estaba llena de gente, pero supuse que se vaciaría en pocos minutos. Ya daban las siete y media de la noche.

Reconocí entre varios rostros el de la agente Moore.

Parte del jaleo que había creído que tenía que ver con las operaciones en conjunto con otras comisarías de Kansas para encontrar a la secuestradora de Susan, Margot Fonteyn.

Tal vez me estaba convirtiendo en masoquista, pero vino a mi mente el recuerdo de las manchas del helado de vainilla que la niña tenía en la horrenda ropa que llevaba puesta, y me atacaron unas ganas terribles de vomitar. Puede que haya sido la tensión del día. Algo me pasaba y era la segunda vez que sentía náuseas. Había sido mala idea comer en la cafetería. Pregunté por el baño y le dije a Alexis que luego los buscaría.

Fui a los servicios y me eché agua en la cara. Me aparté el pelo de la frente y puse mi mano sobre ella. Experimenté algo de alivio al

sentir la mano fría porque mi cabeza y mi cara estaban calientes. Me pareció que tenía fiebre.

Entonces escuché a Hans. Estaba segura de que era él. También reconocí la voz de Anne. Estarían caminando por el corredor, cerca del baño. Escuché pasos del otro lado de la puerta y, en ese justo momento, miré el reflejo de mi rostro en el espejo. Me asombraron las oscuras ojeras y la mirada cansada. Una persona que me conociera vería que no me encontraba bien. El arretrato de rabia que tuve con Platt era la mejor demostración de eso.

Cerré el grifo y me sequé la cara y las manos. Salí al corredor y vi de espaldas a Hans junto a Anne. Alexis estaba de frente a ellos. Anne hacía las presentaciones.

Esta vez, cuando no esperaba encontrar ninguna reacción en Alexis, sí la hubo. Fue justo cuando le dio la mano a Hans.

No me gustó lo que expresó su cara y no estaba segura de querer preguntarle. Hans podía todavía estar afectado por la visita a su hermano y yo necesitaba que fuera el mismo Hans de siempre.

Caminé hacia ellos.

Hans volteó, me miró y sonrió por un segundo, tal vez dos. Luego su rostro se ensombreció.

—Hola, Hans, Anne... —saludé.

—Vamos a la salita para hablar —propuso ella y tomó la delantera.

Los tres la seguimos. Llegamos a una sala al lado de la habitación, donde horas antes había conocido a Alexis. Anne cerró la puerta cuando todos estuvimos dentro. Nos sentamos en torno a una mesa circular que estaba dispuesta en el medio del espacio. Además, junto a la pared frente a la puerta, había una estantería de considerable tamaño llena de papeles, y en una de las paredes laterales vi un mapa de Kansas.

Me senté junto a Hans.

Anne comenzó a hablar.

—Debemos centrarnos en lo poco que tenemos. Por favor, Julia, haz un resumen de lo que has avanzado en el caso de las muertes de las parejas en Kansas. Me he podido hacer una idea y he estado

informándome por mi cuenta, pero ahora me podrás dar los detalles de esa investigación.

Pensé en que ese «ahora» reflejaba una sutil molestia. Anne estaría considerando que desde antes debí hablarle del verdadero motivo de mi viaje a Topeka.

En pocos minutos le conté a Anne sobre el caso, también sobre Carrie Boggs. Luego les hice saber tanto a Hans como a Anne que Alexis y yo pensábamos que este caso tenía conexión con los niños víctimas de Morgan y Stevenson. No solo porque Sarah era un vértice, un elemento común que unía ambos casos, sino por lo que habíamos descubierto en casa de Andrew Houl.

Hans me escuchaba. Lo conozco y sé que algo en mi relato llamó su atención y que desde que oyó eso comenzó a inquietarse. Alexis, al contrario, no atendía lo que yo decía y miraba a Hans fijamente.

Intenté exponerles en detalle lo que habíamos descubierto y cavilado durante el día. Luego Alexis hizo un resumen de lo sucedido hacía cuatro años.

—Y bien... —dijo Anne cuando terminó de hablar, como buscando que Hans o yo dijéramos algo.

—La foto es la mejor pista que tenemos. Debemos buscar el origen de todo esto y hay que empezar por allí —afirmó Hans.

HABLÓ con esa entonación de siempre y eso fue un alivio para mí. La expresión sombría que le había visto en el pasillo se desvaneció.

—Hace cuatro años Morgan y Stevenson se centraban en víctimas diferentes al perfil de las víctimas del asesino actual. Antes mataban niños y ahora sus víctimas son parejas, padres jóvenes. ¿A qué se debe ese cambio si hablamos de la misma persona o de las mismas personas? Creo que todos aquí nos estamos inclinando por la idea de que Morgan y Stevenson no fueran las cabezas pensantes. Y eso significa que alguien ha esperado cuatro años para volver a actuar. Por otro lado, lo que nos hace sugerir que se trata del mismo criminal es Sarah. Podría ser casualidad, aunque no lo creemos. Ahora Sarah está desaparecida. Si el objetivo era Sarah, ¿por qué matar a los padres de otros niños que no tienen nada que ver con ella? ¿Por qué antes los niños «debían morir» y ahora son los padres quienes «deben hacerlo»?

—Hemos pensado que, al asesinar a los padres, de alguna forma retorcida se está salvando a los chicos. También hemos pensado que, al contrario, podría ser un castigo para ellos el dejarlos sin familia. Pero, luego de la visita a Andrew Houlihan, también me dijo que tal vez lo central aquí sea una forma de sacrificio...

Anne me interrumpió.

—Como si asesinar a los padres no fuera el acto final, sino que este consista en el sacrificio de los niños, y, siendo así, entonces esa distinción que hacía Hans sobre la diferencia del perfil de las víctimas

no es tal. Lo que cambiaron fue el método. Antes secuestraban a los niños directamente, iban por ellos al parque de atracciones, y ahora asesinan a los padres de otros niños para que estos sean llevados a...

—A instituciones gubernamentales y después sean sacados de estas —interrumpió Alexis.

Todos nos quedamos en silencio durante un segundo y miramos a Alexis. Recuerdo que escuché unos pasos; alguien en el pasillo corría. Tuve la infeliz idea de que venían a decirnos que habían encontrado el cadáver de Sarah. Pero el sonido de los pasos se alejó.

—No te preocupes, Anne, porque hasta ahora sabemos que al menos cuatro de ellos están a salvo. Aún no nos hemos comunicado con el instituto social en Sedalia. Justo cuando terminemos esta reunión lo haremos y los visitaremos a todos. Verás, Anne, en algún momento Julia y yo pensamos que el centro de todo podían ser los chicos, aunque no teníamos las cosas muy claras. Eso fue cuando salimos de casa de Houl.

Ahora fue Hans quien interrumpió la conversación entre ellas.

—¡Exacto! ¡Lo pensaron una vez que conocieron la foto! Fue reveladora porque juntaba a Carrie Boggs y a la madre de uno de los chicos asesinados. Han dicho que se llama Lucinda Long. Esa es la verdadera convergencia que hay que atender, más allá de la de Sarah. ¿Por qué una mujer nos habla del asesino de las parejas de Kansas y esa misma mujer era amiga de la madre de uno de los chicos asesinados hace cuatro años?

—¿Por qué? —preguntó Anne, retando a Hans.

—El comportamiento de Carrie Boggs sugiere el de una persona que vivió una profunda conversión en algún momento de su vida. Eso nos dijo el chico del restaurante durante el único encuentro que tuvimos con ella. Conocía a la «doctora Carrie Boggs», dijo que era cliente del lugar desde antes. ¿Y si suponemos que esa conversión la llevó a hacer algo y luego se arrepintió? Por lo que ustedes han dicho que ha contado Andrew Houl, había una persona llamada Chris que la influenciaba desde esa época de estudiante. Imaginemos que este Chris está detrás de las muertes y que es el líder en una

especie de secta que ha permanecido oculta desde hace años. Luego Houl dice que alguna vez pensó que Chris era Lucinda Long, y uno se pregunta, ¿cómo es posible que Chris promueva la muerte de su propio hijo?

Vino a mi cabeza esa noche del encuentro con Carrie. Salí de la oficina del FBI junto con Hans, caminamos unas pocas cuadras y llegamos al restaurante. Fue el mismo día de la reunión con los perfiladores, cuando apenas llevaba conduciendo el caso pocas horas y sucedía al agente Schneider.

—Yo conocí a esa mujer y no me pareció capaz de algo así. Estaba rota —anotó Alexis.

—Justo por eso ella no debía ser Chris y Houl estaría equivocado —completó Hans.

Hizo una breve pausa y después continuó.

—Creo que hay que investigar a todas las personas de ese grupo de la foto: Carrie Boggs y compañía. En el pasado de Boggs debe estar la clave. También, por supuesto, hay que hacer un mayor esfuerzo en el estudio psicológico forense de las parejas asesinadas, porque por algo fueron elegidas ellas y no otras... —afirmó Hans.

La puerta se abrió de repente sin que nadie tocara antes. Un detective que portaba identificación y que vestía traje se disculpó por haber intentado entrar. Dijo que pensó que nadie estaba allí reunido y volvió a cerrar.

—¿Quiénes eran las otras personas de la fotografía? —preguntó Hans.

Miré a Alexis.

—Yo no lo recuerdo —reconocí.

—Estabas centrada en Carrie y yo en Lucinda, pero sí recuerdo que Andrew Houl los nombró. Un chico llamado Albert y una chica llamada Wendy. Eso completaba el grupo de los cinco chicos, incluyendo a Houl. Recuerdo que dijo que Carrie y él estudiaban ciencias, Lucinda, Literatura, y que no recordaba a lo que Albert y Wendy se dedicaban —respondió Alexis.

—¿Se veían claramente los rostros de esas personas? —preguntó Hans en tono grave. Incluso pudo parecer molesto.

Noté que movía las piernas a ritmo rápido, como cargado de una gran energía y como si su cuerpo no pudiera reposar del todo.

—No tanto. La chica llevaba lentes y recuerdo que el reflejo de una luz se posaba en ellos. También usaba un gorro y un abrigo que le cubría el cuello. El chico también usaba lentes, pero de sol, unos bastante grandes. Eso es lo que recuerdo —reconoció Alexis.

—Es que estás pensando que uno de ellos... —comencé a decir.

—Que Chris, o como se llame en realidad, movido por ideas religiosas de una naturaleza desconocida y relacionadas con el tema de Stull, mata en la penumbra, tal como ustedes han descubierto, tiene a Sarah y ordenó la muerte de los niños en el pasado. Ese mismo Chris ha estado matando a las parejas jóvenes en Kansas y, posiblemente, esté en esa fotografía. O quienes están en esa fotografía lo conocen, porque todo esto tiene su origen en esos años. Esa es mi teoría.

No sé cómo se sentiría Alexis, pero yo estaba fatal. Era como si hubiésemos dejado escapar a la bestia habiéndola tenido frente a nuestros ojos, en esa imagen. Todavía tenía la impresión de que algo se me pasaba, que no me estaba fijando lo necesario en los detalles, pero habían sido tantas cosas en ese intenso día que sabía que la cabeza no me estaba funcionando bien.

—¿Qué propones? —preguntó Anne a Hans.

—Hay que cuidar a los niños. Asegurarnos de que están bien y, a la vez, hay que investigar todo lo que podamos de Carrie y su grupo en la universidad de Topeka. Eso incluye a Andrew Houl, por supuesto. A los dos Houl. Esa es mi opinión —dijo Hans en un tono que no supe descifrar.

Luego me miró, retador. No sabía qué pasaba entre nosotros, pero en ese momento noté que algo no estaba en su lugar.

—Creo que Hans tiene razón. Además, no hay que dejar de lado a los Houl. Cuando salimos de la mansión, me pareció ver a alguien observándonos desde la ventana. No estoy segura —afirmé.

Hans volvió a mirarme y esta vez sí pude descifrar su mirada. En ella me decía que no parecía estar seguro de nada en este caso.

—Espera, Julia. Había alguien más en la foto. Un hombre mayor, un poco más lejos y distanciado del grupo de los jóvenes. ¿No lo recuerdas? —me preguntó Alexis.

—Sí. Es verdad. ¿Un profesor? —aventuré.

Hans levantó las cejas.

—¿Qué tenían en común esos chicos? Lo pregunto considerando que estudiaban carreras diferentes —quiso saber Anne.

—El teatro —dijimos al unísono Alexis y yo.

Hans volvió la mirada hacia ella.

En ese momento, me dio la impresión de que debía ordenar las cosas porque teníamos que actuar contrarreloj, y por eso tomé la palabra.

—Creo que debemos dividirnos el trabajo de la siguiente manera. Que Anne vaya a ver a Andrew Houl, le pida la fotografía, le pregunte todo lo que recuerde del pasado de Carrie y de ese grupo, y también lo de Chris y el asunto de Stull. Luego que vaya a la universidad de Topeka y hable con quien tenga que hablar, revise anuarios y la prensa universitaria, y hable con los empleados que trabajaban allí hace veinte años.

Ella asintió.

—Hans —continué—, creo que eres el más indicado para analizar el contexto de las víctimas, no solo de los padres, sino de los niños asesinados hace cuatro años. Tendrás que trabajar duro porque son una decena de locaciones y ambientes a investigar.

—Conozco gente en Wichita que puede ayudarte y acompañarte, o a quienes puedes delegar algunas visitas. A ellos también voy a pedirles que nos hagan un reporte de quienes aparecen en esa foto y de los dos Houl una vez que sepa algo más —me interrumpió Anne dirigiéndose a Hans.

Él movió la cabeza en forma afirmativa.

—Alexis y yo nos dedicaremos a los chicos. Hablaremos con ellos. Tal vez nos puedan decir algo.

Todos estuvimos de acuerdo.

Cuando terminé de proponer las acciones, recordé algo que era importante para establecer lo que pudieron haber visto u oído los chicos, y que había dejado de lado.

¿Dónde diablos estaba Myrna Thorpe?

ERAN las nueve de la noche en ese momento.

Hans se levantó y propuso que volviéramos a vernos a las doce del mediodía siguiente. Luego salió de la salita y pidió a Anne que lo acompañara un segundo.

Me quedé mirando al vacío. Me dije que no creía que él hubiese cambiado conmigo. Lo había visto así porque me confundía lo que sentía por él. Pero sí tuve que aceptar que está transformado, y que la visita a su hermano lo había dejado diferente, como contaminado, pero no de forma permanente. Era como si de forma intermitente algo le pasara, lo atormentara, y luego volviera a ser el de siempre.

De repente, miré a Alexis y noté que ella me observaba.

—Tu compañero..., ¿siempre es así tan irritable? No es que haya hecho nada malo, pero...

—Él es un tanto obsesivo con los casos y puede que eso limite sus habilidades de comunicación —fue lo que se me ocurrió decir.

Alexis inspiró y desvió la mirada un par de segundos hacia la cartelera. Era como si estuviese considerando seguir con el tema de Hans o dejarlo a un lado.

—Julia, podrías repetirme todo lo que hiciste, pensaste y sentiste desde que estás encargada del caso. Es que cuando me lo contaste antes, en Burlington, sé que hubo algo y ahora siento que se me pasó, que lo olvidé. Era un detalle. Pero tengo esa sensación que queda cuando algo importante, al principio, parece pequeño. Mi abuela decía que eso era porque... Olvídalo. Vuelvo a divagar.

—No te preocupes. Lo haré mientras vamos de camino al Instituto Mindland —le respondí.

Salimos de la salita y vimos que Hans y Anne aún se encontraban de pie en el corredor, uno junto al otro. Hans tenía el teléfono en la mano y Anne escribía un mensaje en el suyo.

Entonces sentí la mano de Alexis rozarme el brazo. Me miró y me dijo algo sorprendente.

—DEL FBI. Eso fue parte de lo que me dijiste. Que Carrie Boggs se suicidó a pocas cuadras del edificio del FBI. También que la conociste en ese restaurante mexicano que, según te entendí en Burlington, quedaba cerca del buró. Y ahora Hans dice que el chico del restaurante la conocía, que era asidua al lugar. Y ese mismo chico relataba el cambio en ella. Es decir, que Carrie se mudó a Washington y a esa área de la ciudad antes de estar tan desequilibrada. ¿Sería hace cuatro años, cuando comenzaron las muertes de los niños? ¿Dónde estaba su apartamento? ¿A nombre de quién estaba registrado? Mencionaste que alguien de tu equipo te afirmó que les costó dar con él porque estaba a nombre de otra persona...

Alexis me atacaba con preguntas que yo no sabía responder. Cuando iba a intentar hacerlo, Hans cortó la llamada y se acercó a nosotras.

Alexis me soltó el brazo.

—Acabo de hablar con Bob. El buzón del piso donde Carrie Boggs vivió en Washington pone el nombre «Chris Lasalew».

—¿Lasalew? Nunca había escuchado ese apellido —afirmé.

—Porque no creo que sea un apellido, así como Chris tampoco debe ser el nombre de quien buscamos —dijo Hans.

—«Lasalew» une las letras iniciales de los lugares donde han asesinado a las parejas —dijo Alexis.

—Así es —respondió Hans.

—Lawrence, Salina, Liberty, Emporia y Waverly. Además, en el orden en que sucedieron los asesinatos —dije para mí misma.

—Hay que comprobar si la letra del buzón es de Carrie. Hay que volver a ese lugar y hacer una revisión más a fondo —señalé.

Anne se acercó a nosotros y la pusimos al tanto.

—Puede que el criterio para seleccionar a las parejas haya sido geográfico después de todo. Que fuesen parejas jóvenes con hijos únicos que vivieran en esas localidades. Para mala suerte de ellos, cumplían ese requisito de localización, aunque tal vez haya algunos otros elementos centrales para haber sido elegidos que ahora desconozcamos. Si la letra del buzón de correo es de Carrie, significa que ella construyó el apellido con los lugares donde sucedieron o iban a suceder los crímenes, y que eso significa algo para la mente del asesino. También puede significar que ha dejado pistas por todos lados.

—No lo creo. Era una persona desequilibrada y no podemos confiar en lo que haya «dejado» —respondió Alexis con determinación.

Hans la miró con rabia. Yo pensaba igual que Alexis y también lo expresé. Cuando me escuchó, llevó su mirada hacia el suelo y permaneció en silencio.

Anne dijo que teníamos mucho trabajo que hacer y que luego hablaríamos de las teorías que cada uno podría ir tejiendo.

—Contamos con poco para pensar tanto... —insistió Anne y esperó a que todos emprendiéramos el camino por el corredor hacia la salida de la comisaría.

—Julia... —dijo Hans.

Me detuve al escuchar mi nombre y lo esperé.

Alexis y Anne continuaron.

—Myrna Thorpe ha desaparecido. Del buró nos piden que no digamos nada por ahora. Debió llegar anoche a Washington y no lo hizo ni se comunicó con nadie de la oficina. Parece que no estaba muy bien... —me dijo Hans hablando en tono bajo.

—¿QUÉ significa eso, Hans, de que no estaba muy bien? —pregunté.

—Tenía una recomendación de su psicoterapeuta para que dejara de trabajar por un tiempo, pero lo mantuvo en secreto. Sufrió una pérdida terrible hace años y es motivo de que algunas veces haya estado de baja en el trabajo. Su hijo pequeño tuvo un accidente durante unas vacaciones en la casa de sus padres y perdió la vida. Un asunto con una sierra o un tractor. La hermana teme que se haya hecho algo a sí misma. Tal vez haber visto a los hijos de las víctimas, tal como acordaron ella y tú en la reunión que dirigiste, le haya desencadenado una crisis.

Pensé que era cierto que el Instituto de Topeka era un lugar deprimente. Comenzó a aflorar en mi cabeza otra idea, puede que sembrada por lo que acababa de recordarme Alexis. El asunto de que Carrie Boggs hubiese rentado un apartamento cerca de la oficina del FBI y que fuese tan conocida en las cercanías de Taco-Taly, justo a pocos metros de la oficina del buró.

—¿Por qué Carrie Boggs nos buscó luego de la reunión que mencionas? —pregunté en voz alta.

—No te comprendo, Julia —alcanzó a decir Hans.

—¿Thorpe es de Kansas? ¿O su familia? ¿Tú sabes algo de su pasado? ¿Eso del niño sucedió en Kansas?

—¿Pero qué dices, Julia? —preguntó Hans en voz más alta—. No puedes estar pensando que Thorpe tiene algo que ver con los asesinatos.

—¿Por qué no? Solo porque pertenece al buró. Acabas de decir que tuvo una experiencia traumática con su hijo y eso la ha alterado antes. Además, ahora que lo pienso, pudo ser la chica de la fotografía de Houl, a quien no pudimos ver muy bien el rostro porque los lentes reflejaban un brillo. ¿Y si lo sucedido con el chico no fue accidental? Con su propio hijo, igual que lo que le pasó al hijo de Lucinda Long. Es tan incomprensible que un padre asesine a su hijo que damos por hecho que eso no puede suceder. Andrew Houl dijo que se llamaba Wendy, pero eso puede que no sea así.

—Creo que estás muy perdida, Julia Stein —sentenció Hans.

Me dolió que dijera eso. Nunca me había afectado tanto una opinión de Hans.

En ese momento, el teléfono comenzó a vibrar dentro del bolsillo de mi pantalón. Lo saqué y miré la pantalla.

Había llegado un video.

Se trataba de los amigos de Ackerman, los de la Sociedad Protectora de Animales. El halcón peregrino de la torre junto al Instituto de Topeka pertenecía al grupo de individuos bajo vigilancia a través de videocámara.

Puse a andar la grabación.

NO PODÍA VERSE NADA SIGNIFICATIVO. El registro que brindaba la cámara no incluía la fachada del instituto, sino la parte posterior de este. Adelanté un poco la imagen y a la única persona que se veía era una mujer uniformada con una falda, caminando de espaldas. El video iba acompañado de un mensaje. «Van las setenta y dos horas de grabación de los últimos tres días».

En ese momento pensé que alguien debía ver la totalidad del registro, pero no era muy optimista de que consiguiéramos algo con ello. Tal vez si la cámara hubiese grabado la entrada principal, sería otra cosa. De inmediato me dije que ya no era tan importante el video porque los niños estaban bien.

—No es porque pertenezca al FBI, sino porque no posee el perfil de este asesino —argumentaba Hans, todavía impactado por lo que le había dicho de Thorpe.

—Tienes razón. Estoy paranoica. Me siento una inútil con este endiablado caso porque no he avanzado. Hagamos lo que propuse y hablemos más tarde. Creo que estoy nerviosa desde lo del accidente en la carretera. Y luego haber visto el cadáver de la niña Susan en el bosque fue terrible... En ese momento no pensábamos que se trataba de eso.

—¿De qué hablas? ¿Cuál accidente?

—Un sujeto que perdió el control del vehículo y casi colisionamos de frente con él. Conducía un camión nuevo de la empresa Collins &

Houl y nunca supo qué sucedió para que perdiera el control de esa manera.

—Otra vez Houl... —exclamó Hans y se quedó pensativo.

—Lo mismo razoné yo. Antes eran propietarios de reses, frigoríficos o empaquetadoras. Tenían empresas cárnicas, pero según Andrew Houl, ya nada de eso les pertenece.

—¿Y los nuevos propietarios no cambiaron el nombre de la empresa? —preguntó Hans mirándome con fijeza. Ahora tenía un nuevo brillo de curiosidad en los ojos.

—Supongo que no. Es una familia poderosa, o lo fue. Eso me dijo Alexis y, por la casa en la que estuve, lo creo.

—Ya. Julia, estoy seguro de que si llenamos ese tiempo, los veinte o veinticinco años que transcurrieron entre que Carrie estudiaba en la universidad de Topeka y el día en que se suicidó, llegaremos a algo. Lo de Thorpe es una distracción más. Es como si este caso estuviese demasiado lleno de contratiempos, de distracciones: lo de Thorpe, lo de la secuestradora en el museo, la confusión con la identidad de la niña muerta en el bosque...

—Lo de tu hermano —puntalicé, aunque de inmediato supe que no debí hacerlo.

Después intenté aclararlo.

—Quiero decir que, si hubieses estado conmigo, tal vez habríamos llegado a algo antes. Nos va bien pensando en las mismas cosas al mismo tiempo.

—Eso es cierto —se limitó a decir.

La puerta al final del corredor se abrió de repente. Anne apareció tras ella y caminó veloz hacia nosotros. Se había devuelto a la comisaría, así que debía ser importante lo que venía a comunicar. Hans y yo nos quedamos expectantes.

—Tengo una dirección. Carrie Boggs tenía una casa frente al Clinton Lake. Se me ocurrió que, si poníamos el foco en ella, también debíamos buscar pistas sobre su vida en Kansas. Pedí a Juliet Rice que hiciera una búsqueda y encontró una propiedad que todavía estaba a su nombre. Supongo que vivió allí cuando comenzó a estudiar en la universidad. Puede que con suerte, en ese lugar,

haya algo que nos hable del grupo de fanáticos, de ese Chris o de lo que sea que busquemos.

—¿Eso está cerca de Stull? —preguntó Hans.

—Déjame ver —respondió Anne y buscó en su celular.

—Sí. A pocos pasos del cementerio Mound, que hoy algunos llaman el cementerio de Stull.

—El cementerio no era el epicentro —repetí.

Fue como volver a ver a Carrie diciendo eso, tal como lo hizo la noche antes de su muerte en el restaurante mexicano.

ALEXIS y yo fuimos camino al Instituto Mindland en el pueblo de Burlington.

Seguía dando vueltas a lo que me hizo culpar a Thorpe con tan poco en su contra y aún me dolía que Hans hubiese dicho que estaba perdida.

—Cuando llegamos al Instituto de Topeka, dijiste que conocías a Myrna Thorpe. ¿De qué la conoces? —le pregunté a Alexis.

—También te dije que no me parecía casual que estuviese en el caso, pero creo que en ese momento Platt abrió la puerta y nos interrumpió. Verás, te he hablado de las cosas que algunas veces percibo cuando entro en contacto con algo o con alguien. Una de las ocasiones más perturbadoras fue una mañana cuando tomé un periódico en casa antes de salir al consultorio y vi la foto de una mujer. Sobre ella leí el titular: «Niño muere en un accidente doméstico en el taller de su abuelo». Leí el nombre de la madre del pequeño. Era Myrna Thorpe, la psiquiatra. La noticia era discreta, sin detalles amarillistas ni fotos explícitas, pero yo al tocar el papel pude ver una imagen horrenda de un chico cortado a la mitad. Todavía cuando lo recuerdo siento el mismo horror. Por eso te dije que el mundo era un pañuelo y que no era casualidad que ella estuviera conectada con esto. Porque tampoco es casualidad que yo lo esté, ni que tú estés aquí. Ni siquiera que Hans Freeman haya venido. Yo no creo en las casualidades, Julia. Pero lo que yo crea o deje de creer no es importante. Cada uno decide qué esperar de la vida y cómo

enfocar el hecho de que varias personas converjan en un mismo punto al mismo tiempo.

—¿Y entonces para qué crees que estamos aquí todos nosotros? —le pregunté.

—No lo sé —me respondió.

Parecía sincera. Estuve a punto de hablarle de mi disparatada sospecha contra Thorpe y también de su desaparición, pero no lo hice. Podía no ser nada grave, y en el buró son muy estrictos con relación a dar noticias apresuradas que atañan a sus miembros.

—He pensado sobre lo que mueve a quien está asesinando. Me pregunto la razón; y por qué el asunto de la oscuridad. Creo que, efectivamente, tiene que ver con ideas religiosas y que hay más de una persona en esto. Pienso que Freeman tiene razón en querer escarbar en el pasado de ese grupo de la foto. Recuerda mis palabras en aquel momento cuando tú notaste la fotografía y yo me acerqué. «El centro son los niños», dije, y eso me sigue preocupando. Más que preocuparme me atormenta —confesó Alexis.

Yo lo recordaba porque esa idea también me alarmó.

—Pero ellos están bien. Digo, fueron sacados de una manera abrupta del Instituto de Topeka, pero están en las instituciones donde Platt dijo que estarían —argumenté.

—Todos menos Melissa. No hemos podido comunicarnos con la institución en Sedalia.

—Es verdad. Nadie atiende el teléfono que está registrado para ese lugar. Ni tampoco el de los responsables de la dirección.

—Presiento que algo no está bien aquí, Julia. Puede que sea la impresión del día, el cansancio. Ahora mismo van a dar las once de la noche y no hemos parado ni un momento, pero tengo la sensación de que lo peor aún no ha pasado. No aguanto la sequedad en la boca, a veces me resulta insoportable... —me reveló.

Para ese momento me sentía muy cerca de Alexis Carter. El día había sido intenso y agotador, y en muchos momentos la incomodidad que había experimentado a su lado me había hecho mirar hacia afuera por la ventanilla del auto, como una adolescente. Pero ahora, de alguna manera, era como si fuera realmente mi amiga. La creía, por sobre todo, confiable. Alguien de quien valía la

pena fiarse sin reparos. Debió ser buena psicoterapeuta, y la verdad es que ya estaba yo para buscarme una. Todavía me pesaba el ataque de ira que tuve en contra de Platt.

Aunque estuve a punto en un momento, no le hablé de mi preocupación por ese arrebató y de cómo me estaba afectando el caso. Tampoco de Hans, por supuesto.

El resto del camino hice lo que ella me pidió. Volví a contarle todo lo ocurrido desde la reunión que sostuve con los perfiladores hasta que llegué a Topeka.

—¿Por qué habrás sentido miedo al bajar las escaleras del sótano del edificio del FBI para buscar tu auto? —me preguntó después de escucharme.

—Es el lugar más vulnerable y oscuro de la edificación. Siempre me lo ha parecido. Acababa de subir al ascensor y ese hombre, el ciego, me dijo unas palabras y me quedé como atontada, viéndolo bajar y continuar al encuentro de su perro. Luego me dirigí a las escaleras.

—El lugar más oscuro y vulnerable. Hasta en lo más profundo del corazón del hombre existe oscuridad.

—¿Por qué has dicho eso?

—No lo sé. Hoy he tenido contacto con muchas personas. Y sé que una de ellas me transmitió esa idea, pero ahora no puedo saber cuál. Como cuando sueñas algo y solo recuerdas una parte del sueño y todo lo demás está confuso.

Era cierto lo que Alexis decía: el hombre del camión, el agente Tiago Martínez, Scott Nimoy, los dos Houli y Platt. A todos los habíamos conocido en las últimas veinticuatro horas.

Yo solo había dejado de observar el rostro de Alexis cuando conoció a Martínez y a Nimoy. Nada parecía haber visto en su mente al saludar a los Houli y a Platt. Pero había otra persona que ella había conocido: Hans.

¿Por qué me pareció que algo la alarmó cuando estrechó su mano en el corredor de la comisaría?

LLEGAMOS AL INSTITUTO MINDLAND.

Era una edificación moderna. La antítesis del edificio de Topeka. Cuando íbamos a tocar la puerta, no fue necesario porque alguien la abrió.

Se trataba de un hombre muy alto y sumamente delgado. Tanto que sus huesos se demarcaban con claridad en el rostro. Vestía de negro con un traje impecable.

—Me temo que han hecho el viaje para nada. Hubo un error en la comunicación que sostuvimos por teléfono, agente Stein. Entiendo que estaban interesadas en conversar con dos niños y les dijimos que los habíamos recibido, pero ha sido una lamentable equivocación. Cedric Arkin y Aldous Halsey no están aquí. Teníamos la orden de recepción y justo hoy trasladaron dos niños de otra institución, y eso produjo que en el registro diéramos por hecho que quienes habían llegado fueron los que ustedes buscan. Fue un error en el procedimiento que no debió ocurrir.

—¿Cómo es posible que eso suceda? —preguntó Alexis.

Yo ardía en cólera.

—Les he dicho que lo lamentamos. Iba a comunicárselo por teléfono, pero preferí hacerlo personalmente.

—¿Quiere decir que esos chicos nunca entraron en este lugar? —pregunté.

—No —respondió él.

—¿No le extrañó que teniendo la orden de recibirlos no aparecieran durante el día? —preguntó Alexis.

—La verdad es que no. Eso suele suceder. El transporte para movilizarlos se retrasa. No tenemos los recursos óptimos para funcionar como quisiéramos y las otras instituciones tampoco. Pero pueden pasar si lo desean. También pueden confirmar por ustedes mismas que esos chicos no están aquí. Aunque a estas horas ya los residentes están durmiendo...

El hombre tenía los dientes caninos muy afilados. Además, al hablar parecía que reía. Creo que eso me encolerizó más aún.

Enmudecí y me culpé porque habíamos perdido un tiempo precioso con la reunión en Topeka en lugar de comenzar a buscar a los chicos desde antes.

—¿Quién y a qué hora se firmó la orden de traslado de Cedric y Aldous para este lugar? —preguntó Alexis.

—Se hizo con el procedimiento estándar, por su puesto. Aquí tengo conmigo copia de ese papel para entregarlo por si había algún problema. Este es el respaldo necesario para que comprueben que si los niños no están aquí no es responsabilidad nuestra. El resguardo de los menores es responsabilidad de la institución que los alberga hasta que llegan a las instalaciones de la institución que los recibe. Todos nuestros documentos están en regla y no encontrarán ninguno que confirme que hemos recibido a esos niños. Pero sí tengo uno donde se establece que les daban de baja en el «Instituto de la Torre», quiero decir, el Instituto de Topeka; es que me he quedado con el nombre antiguo...

Sacó un papel doblado en tres partes de un bolsillo de su traje y lo entregó a Alexis.

Ella lo desdobló y lo leyó.

—Debemos irnos ya, Julia —se limitó a decir y guardó el papel consigo.

Luego se dirigió al hombre.

—Vendrán unos agentes policiales. Si tiene alguna información sobre el paradero de estos dos niños, debe informarnos de inmediato.

Dimos la vuelta y caminamos unos pasos. Escuché la puerta cerrarse a nuestras espaldas.

—La ha firmado él. Nos mintió.

—¿Quién la ha firmado? —pregunté.

—Platt. Fue él quien ordenó la salida de los niños y nos dijo que había sido el director, el supuesto desaparecido. Creo que ninguno de los cinco niños está donde deben estar, Julia. No están a salvo, como creíamos.

PARTE VII

HANS LLEGÓ pasadas las diez de la noche al pequeño pueblo de Stull y divisó la propiedad de Carrie Boggs. Era una vivienda pequeña y rectangular, sin verja y en medio de un terreno lleno de pasto, a la vera de la estrecha carretera. Las paredes eran de color crema, el techo gris claro y las ventanas de madera blanca. Había un par de farolas que alumbraban la carretera y la casa, pero eran suficientes para guiarse.

Se trataba de una casa rural de una sola planta, de las típicas que se construían en el campo para la clase media a mediados del siglo XX.

La primera impresión le hizo recordar, de repente, a un caso de una familia asesinada en Kansas en los años sesenta, en su casa. No porque esta construcción tuviese las mismas dimensiones de aquel lugar, sino porque se asemejaba en la arquitectura y en los colores de la fachada. Había visto muchas veces en las noticias la imagen de esa casa porque se trataba de uno de los casos que había estudiado con mayor detenimiento en Quantico, para comprender lo difícil que resultaba la vuelta a la normalidad en una localidad rural después de ocurrir asesinatos sangrientos en ella.

Entonces, una sensación desagradable lo atacó. No le gustaba esa casa ni el recuerdo de los crímenes sangrientos que le había aflorado de pronto.

Detuvo el auto en el arcén, se bajó y caminó hacia la edificación. En la medida en que avanzaba hacia la entrada, pensaba en una

razón que explicara la repulsión que sentía hacia ese lugar. Solo veía la típica casa que se solía encontrar en las fotos en blanco y negro junto a corrales y reses, vías de ferrocarriles y tal vez alguna iglesia metodista cerca. Pero en este caso lo que había cerca no era una iglesia, sino un cementerio.

Podría ser eso lo que le molestaba, lo cerca que estaba de la muerte. O el desagrado era por el recuerdo de Carrie. Después de todo, ella era una persona perturbada, y si estaba en lo cierto, estuvo inmersa en una espiral criminal junto con el asesino que ahora perseguían, aunque luego se separara de él, o ella. Al menos debía conocerlo, y por alguna razón no fue del todo sincera.

—¿En qué creará el asesino? ¿Cómo es? ¿Por qué si lo conocías no nos diste su nombre? —preguntó Hans en voz alta mientras caminaba.

Recordó lo que dijo uno de los niños sobre el «león cobarde» y se preguntó si los asesinatos no tendrían que ver con una mente perversa, pero a la vez creativa, que intentara reconstruir la imagen generalizada de Kansas que solía haber en el país, incluyendo a la película de culto *El mago de Oz*. El asesino podría hacer una lectura retorcida del territorio que en gran parte vivía de las reses y las empaquetadoras de carne, y por ello cometía esos crímenes tan sangrientos. Como si se empeñara en mostrar que el corazón de Kansas estaba lleno de sangre y muerte y a la vez les hablara a los niños de esa película infantil mientras mataba a sus padres. Rumió la idea de que fuese una persona que tenía algo en contra de la relación filial; primero mataba niños y ahora padres.

Se dijo que tenía muy pocos elementos para comprender la mente criminal que estaba tras los asesinatos y que solo estaba adivinando. Eso le molestaba, lo ponía irritable. Eso y lo de su hermano, pero ya se había prometido a sí mismo olvidarlo.

Se detuvo frente a la puerta de la casa y, cuando iba a entrar, decidió dar una vuelta primero. La temprana impresión desde fuera podría ser valiosa. Cualquier detalle contaría.

Comenzó a bordear la casa. Todo indicaba que nadie había caminado por allí en mucho tiempo. La maleza crecía a sus anchas junto a las paredes exteriores de la vivienda. Miró las ventanas

dispuestas a lo largo de las cuatro caras del rectángulo de construcción. Eran seis; cuatro medianas y dos más pequeñas que, supuso, pertenecían al baño y tal vez a una habitación que funcionase como depósito.

—Quizás te gustaba ver el exterior desde la casa, el cementerio... aunque tú nos dijiste que el epicentro no era el cementerio. ¿Eso sería frustrante para ti cuando te enteraste? ¿Cuál es el epicentro entonces? —dijo Hans como preguntándole a Carrie.

Cuando ya estaba a punto de llegar de nuevo a la puerta principal, se acercó a la ventana más próxima que imaginó correspondía a la sala, apartó con sus manos la película de polvo que había sobre el cristal y acercó la cara a la superficie lo suficiente, pero no pudo ver nada del interior. Lo que supuso eran unas cortinas negras se lo impidieron.

Ahora sí estaba listo para entrar porque ya había hecho un primer reconocimiento del terreno y del ambiente que rodeaba la casa.

Llegó hasta la puerta principal. Intentó abrirla, pero estaba asegurada. Dio la vuelta nuevamente e intentó entrar por una puerta que había visto en la parte posterior de la casa. Pensó que esa debía conducir a la cocina.

Esta vez la puerta cedió.

Entró y encendió las luces; esa casa aún tenía electricidad. Al adentrarse en la cocina, vio una alacena, una silla, una mesa cuadrada en el centro de la estancia, un fogón de hierro ennegrecido y un pequeño estante junto a él.

Se fijó que sobre el estante había dos envases que mostraban las palabras «Flour» y «Sugar». Podían verse varias telarañas sobre la cortina negra que cubría la ventana.

Caminó y continuó observando. El viento movió la puerta y las bisagras oxidadas produjeron un ruido que pareció un lamento.

Todos los objetos que había en la cocina estaban llenos de polvo. Eso le hizo reafirmarse en la conclusión que había sacado al recorrer el exterior de la casa: nadie había estado allí desde hacía tiempo.

Caminó y abrió las puertas de la alacena. Encontró cubiertos y platos. También un cuchillo oxidado de carnicero. Vio un pequeño

plato hondo con dibujos en el fondo. Estaba separado de los otros objetos. Se inclinó y lo tomó. Sopló el polvo que había sobre él y se dio cuenta de que los dibujos eran las figuras de Mickey Mouse y el Pato Donald. Se encontraban desdibujadas por el uso.

—¿En esta casa viviría un niño? —se preguntó.

Por lo que le había informado Anne en una investigación preliminar que acababa de hacer Carrie, no tuvo hijos. Se graduó con honores y luego viajó al extranjero a estudiar. Volvió y comenzó a trabajar en Washington. Eso era todo lo que sabían de ella, pero podría tener una vida oculta.

No hubo nada más que llamara su atención en la alacena, así que cerró las puertas. Dio una última mirada a la cocina y salió de ella en dirección a las otras habitaciones de la casa.

Llegó a la sala y notó que había una mecedora justo frente a una ventana. Escuchó un ruido y sacó el arma. Provenía de la cocina. Se devolvió y se detuvo en el umbral. Sacó la conclusión de que el sonido provenía de la puerta; el viento la había cerrado de golpe. Volvió sobre sus pasos y se quedó mirando la mecedora. Se estaba moviendo. Por alguna parte entraba una corriente de aire. Caminó hasta la ventana y descorrió la cortina. Desde allí podía verse el cementerio. Anduvo hasta la mecedora y se sentó. Comenzó a balancearse y a mirar hacia afuera. Intentaba dar con algo, ponerse en el lugar de Carrie, de esa mujer desequilibrada que conoció por unos breves instantes y que al principio había creído que no tenía nada que ver con el caso.

Cerró los ojos y la imaginó más joven viviendo allí. Se preguntó qué significaba para ella estar bajo la influencia de «Chris» y sus ideas, y luego haber continuado sus estudios de Bioquímica y Biofísica y haberse dedicado por completo a la investigación.

Intentó repasar en su mente lo que sabía sobre Carrie Boggs.

—¿Qué podemos saber de las personas si tan solo las vemos unos minutos? —reflexionó.

Hizo memoria, como si en una película viera la escena en Taco-Taly. Recordó que Julia la había visto aproximarse y que él estaba de espaldas. Revivió cada instante; cuando Carrie los abordó, cuando sacó los papeles que llevaba consigo y el énfasis que había puesto

en decir que los lugares dibujaban un triángulo y un círculo en medio, como un ojo. Después cuando les mostró las quemaduras circulares en su cuerpo.

—Estabas nerviosa, formaste parte de algo en donde se fraguó la destrucción hace tiempo, pero por alguna razón no quisiste permanecer allí y te hacías daño a ti misma. Cuando vivías aquí pertenecías por completo a Chris y a lo que él o ella pensaba, te sentabas en este lugar a admirar el cementerio de Stull, uno de los lugares «malditos» de la Tierra. Debiste tener algún libro o un cuaderno, algo para anotar...

Abrió los ojos y comenzó a mecerse con más fuerza.

—Tenías inclinación hacia las ciencias, has sido investigadora de la física y la biología, de la composición química de las moléculas. Eso es lo que hacen los biofísicos y bioquímicos. Tú eras ambas cosas, y si tenías esa vocación desde joven, tendrías tendencia a anotar tus pensamientos y observaciones. ¿Te llevaste todo cuando saliste de aquí? ¿Lo destruiste? Es posible, pero tal vez hayas olvidado algún papel. Además, eres obsesiva; por ello te dibujaste aquel tatuaje y dijiste que era para recordarte algo, y puede que hayas escrito tú misma el nombre del buzón con las letras de las localidades de los asesinatos. Puede que de joven también fueras obsesiva, y anotaras cosas que no querías olvidar, cosas que te generaran algún dilema y exigieran una posición, que hablaran de la lucha que podía haber dentro de ti entre lo que creías bueno y malo. Sí, un recordatorio. Eso es lo que debo encontrar.

Después de decir eso en voz alta, Hans se levantó y buscó en las otras habitaciones de la casa. Quería dar con algo que Carrie hubiese escrito.

Entró en dos cuartos que estaban junto al pequeño pasillo que conducía a la sala. En uno de ellos había un sofá, una mesa y una escalera de cinco peldaños. Nada más.

En la otra había una cama vestida, una mesita de noche y una pequeña estantería.

Se acercó a esta última. Encontró una taza blanca con un residuo de color oscuro en el fondo y con el escudo de la universidad de Topeka. Había además varias cajas pequeñas con algunas monedas

y varias pulseras de metal y cuero enmohecido. También encontró un marcapáginas de color rojo, un pañuelo manchado y un cenicero.

Hans suspiró y comenzó a desesperarse. Se había mostrado muy seguro de que siguiéndole la pista a Carrie conseguirían alguna información útil para resolver el caso, pero ahora no estaba tan seguro.

Miró hacia la cama, llegó hasta ella y se sentó. Luego se acostó y miró al techo. Y fue allí donde encontró el recordatorio que estaba buscando.

Anne sostenía el portarretrato con la fotografía. La observaba.

Estaba de pie junto a Andrew Houli en la sala de su casa.

—Le he dicho a las agentes todo lo que sé sobre Carrie Boggs. No era cercano a ella ni mucho menos. Tuvimos contacto sobre todo por el grupo de teatro, pero eso fue solo unos meses. En ese tiempo hicimos esa excursión —dijo él.

—Hábleme de las otras personas que aparecen en esta imagen —pidió Anne.

—Albert era un chico muy tímido. Creo recordar que tenía un padre muy estricto. Ahora que lo pienso, me parece que estudiaba Matemáticas. Y Wendy estaba de intercambio. Era europea, no sé de qué país. Una chica muy bonita. De repente la dejé de ver porque abandonó el grupo de teatro. Tampoco me interesaba conocer su paradero, así que simplemente la olvidé. O, mejor dicho, dejé de hablar de ella. Supuse que, como estaba en este país producto de un programa de intercambio universitario, su estadía habría finalizado y había vuelto a su tierra. Antes que lo pregunte, le digo que nunca supe su apellido. Para mí fue como un fantasma, una bonita fantasía.

—¿En qué fecha exactamente pertenecieron al grupo de teatro?
—preguntó Anne al tiempo en que ponía el portarretratos en su lugar.

—En otoño del año 1997.

—¿Recuerda alguna otra persona que formara parte del grupo y que fuera cercana a Carrie Boggs?

—No lo sabría. Aunque hubiese habido alguien, yo lo ignoraría. No éramos cercanos, ya se lo he dicho... —insistió Andrew.

Luego él le preguntó si deseaba sentarse y ella accedió a hacerlo.

Caminaron hacia la sala y se acomodaron, ella en el sofá y él en una silla de diseño que a Anne le pareció sumamente costosa y extravagante. Imitaba la piel de una vaca.

—Sobre el asunto de Stull y las creencias alrededor del cementerio, ¿qué recuerda de eso? —preguntó Anne.

—La verdad es que poco. Sé que creían en algo que tenía que ver con el cementerio de Stull, pero a mí nunca me hablaron del asunto.

—Y entonces, ¿cómo lo sabe? —le preguntó Anne sonriendo ligeramente.

—Porque un día escuché hablar a Carrie con alguien por teléfono. Ella decía que quería estudiar la información genética y que quería entrar en el círculo de la oscuridad para ello. O algo así. Mire que no les he dicho esto a las agentes, porque son esas cosas que le llegan a uno a la cabeza de repente. De eso hace más de veinte años, como usted comprenderá —explicó él.

—¿En la universidad supo de alguien más que, aunque no estuviese en el grupo de Carrie, hablara sobre Stull?

—Muchas personas. Y en Halloween más. Recuerde que eso forma parte de la cultura de esta zona y ha sido combustible para un tipo de turismo promovido desde siempre por estudiantes de la universidad. Realmente de varias universidades de Kansas, no solo de la de Topeka. Creo que eso se mezcla con los asesinatos sangrientos que ha habido en la zona, con los asesinos seriales célebres que también hemos tenido, y se construye un coctel de maldad que hace al estado, sobre todo a los pueblos, muy atrayente por su carácter siniestro. La gente siempre busca algún elemento misterioso para emocionarse. Es un asunto antropológico irresistible e irremediable —dijo Andrew en tono pedagógico.

A Anne le molestó su aire de intelectual.

—¿Usted no busca eso? —le preguntó ella con cierto tono de ironía. No podía creer que hablara de «la gente» como si él perteneciera a una especie sobrehumana.

—A mí me emociona la ciencia y la vida. Nada más —respondió, tajante.

—¿Quién es el otro hombre que está en la fotografía? —preguntó Anne.

—Un profesor. Pero no recuerdo su nombre. Era de Literatura.

—¿Quién tomó la foto? —insistió ella.

—Nadie. Yo llevé un trípode y activé la cámara para que nos fotografiara unos segundos después. Eso me permitió aparecer en la foto.

Por un momento pensó que Andrew Houlihan tenía respuestas rápidas para todo.

De repente, un gato silencioso y atigrado apareció en el salón y subió a las piernas de Anne. Moviéndose sus patas una a una con ritmo acompasado, como acomodando el regazo de Anne para echar una siesta.

—Le ha gustado a mi Beatriz —reconoció Andrew.

—Así parece —respondió Anne acariciando el cuello de la gata con la mano izquierda mientras manipulaba con la derecha su celular.

Revisó algo en la pantalla del aparato y luego iba a dejarlo de lado, pero sin quererlo lo dejó caer. El movimiento que hizo para tomarlo de donde había ido a parar junto a sus zapatos hizo que Beatriz se levantara y desapareciera con igual sigilo.

—¿Puedo llevarme la fotografía? —preguntó Anne.

—Puede hacerlo si es que me la devuelve después. Adoro a esos animales —explicó Andrew.

—¿Solo viven en esta casa su tío y usted? —quiso saber ella.

—Sí.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó Anne poniendo las dos manos sobre las rodillas y moviendo su torso hacia adelante en señal de que iba a levantarse.

—Por supuesto. No tengo nada que esconder. ¿Por dónde quiere comenzar? —preguntó Andrew.

Los dos se pusieron de pie. Anne visitó todas las habitaciones de la mansión Houl. No encontró indicios de que otra persona estuviera allí.

Cuando iba a salir de la propiedad y ya llevaba consigo la fotografía, Andrew Houl la detuvo.

—¿Sabe qué? Había otra persona, un poco más joven que Carrie, que también estaba con ella con frecuencia. Hasta fue su compañero de piso en algún momento, si no me equivoco. Vivió con ella en aquella casa rural. Yo nunca fui a ese lugar. No recuerdo el nombre del chico, pero sé que venía de un pueblo de Texas, Sugar Land . Era un sujeto muy extraño.

CUANDO SUBIMOS AL AUTO, llamamos a Anne. Le contamos que Cedric y Aldous no estaban en el Instituto de Burlington. Eso activó las alarmas y Anne pidió a las comisarías de Sedalia y de Lawrence que enviaran agentes para verificar que Melissa West, Jessica Baker y Charles Ryder estuviesen a buen resguardo. Ya no se trataba de encontrar a los niños para hablar con ellos, sino de evitar que los asesinaran.

Para ese momento, Alexis y yo habíamos tomado la decisión de volver al Instituto de Topeka para hablar con Platt de nuevo. No nos gustaba que nos hubiese mentido. No fue el director que supuestamente estaba desaparecido el que autorizó el traslado de los niños, sino el mismo Platt, y el registro que le había mostrado a Alexis no contemplaba esa información.

A los pocos minutos, Anne volvió a llamar al celular de Alexis. Ella activó el modo altavoz y puso el aparato en el dispositivo de soporte que tenía adherido al cristal. Anne acababa de coordinar la ida de los oficiales a los internados y nos dio el reporte de su visita a Houl.

—No he encontrado nada en esa casa. Me he quedado con la fotografía y el equipo en Wichita está haciendo averiguaciones sobre quienes allí aparecen —dijo.

En ese momento, Hans me envió una imagen a mi teléfono. En un fondo rugoso de color claro podía leerse letras de trazos irregulares y de color negro.

«No mataremos a los niños».

Junto a esa afirmación había un triángulo y un círculo y las palabras Lawrence, Salina, Liberty, Emporia, Waverly, Stull y Chris.

Se me erizó la piel de pensar que aquello llevase escrito en la casa de Carrie algún tiempo. La leyenda en la foto del mensaje de Hans decía que se encontraba en la habitación de Carrie Boggs.

—¿Desde cuándo habrían planificado los asesinatos? Y lo más importante: ¿por qué? —me preguntaba mientras miraba la imagen.

Además, alguien había torcido el plan porque sí habían asesinado a niños en Topeka. Debió ser en ese entonces que Carrie se separó de «Chris» y desde hacía cuatro años estaría dando tumbos, sintiéndose culpable. La teoría de Hans parecía ser cierta. Al principio yo dudaba de ella y pensaba que Carrie pudo no haber tenido que ver con lo que estaba pasando en Kansas. Luego la foto en casa de los Houl orientaba en la dirección contraria y este nuevo hallazgo también. Era la prueba de que los asesinatos estaban planeados desde antes y justo en esas localidades. También de que tenía que ver con las creencias sobre Stull y que había un Chris. ¡Carrie no nos había dicho todo lo que sabía! A menos que ya no lo supiese, que de alguna manera su estado de desequilibrio fuese tal que no recordara con claridad lo que sabía ni su participación en los hechos.

Cuando iba a pedirle a Alexis que detuviera el auto para que mirase la fotografía con la intención de probar si algo llegaba a su cabeza, aunque fuera confuso, escuché la voz de Anne. Todavía hablaba por el altavoz. Me había impactado tanto la imagen que me desconecté de la realidad por un segundo. Ella dijo:

—Andrew Houl recordó que había otra persona cercana a Carrie. Un hombre tímido que venía de Texas y más joven que ellos.

—«Son los polímeros milagrosos. No sabe cómo espantan a las termitas. Este lugar es un paraíso para ellas. También para las ratas. Es un compuesto natural de algunas plantas y una resina que preparamos la que aleja a esos animaluchos. En casa, en Texas, lo usaban...». Eso fue lo que Platt dijo exactamente —afirmó Alexis con un timbre de voz un tanto más agudo, sobre todo cuando recitó la frase textual.

Yo sabía a quién se refería, aunque era imposible para mí recordar sus palabras con tanta precisión.

Hablaba de Henry Platt.

SENTÍ un balde de agua fría sobre la cabeza al oír esas palabras.

—¡Es él! ¡Estuvimos delante de él y lo dejamos escapar! —dijo Alexis en una exclamación que resonó en la cabina del auto.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Anne.

—De Henry Platt. El subdirector del Instituto de Topeka. Nos dijo que el director estaba desaparecido, pero no le creímos. Ahora acabamos de conocer que quien firmó el traslado de Cedric y Aldous fue él, y por eso vamos camino al instituto. Y esto que tú has dicho...

¡No lo podía creer! Si los niños estaban muertos, me culparía para siempre, y pensaba que Alexis también lo haría. Sabía que ese sujeto escondía algo, y por eso me comporté tan agresiva.

—Enviaré refuerzos al instituto y también unidades a la casa de Platt. Avisaré a Hans. Está llegando a la estación en este momento —dijo Anne y cortó la comunicación.

Alexis tomó el teléfono. Cuando lo tocó y lo liberó del soporte en el parabrisas, dijo algo, una palabra que no comprendí.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Ahora mismo, al tocar el teléfono, he visto una imagen, una foto borrosa. Era una pulsera de niña llena de sangre. Tal vez tenga que ver con Anne, con el descubrimiento que hizo sobre Platt o con el contacto con la fotografía que tiene en su poder. ¿Estaría Platt en ella? Lo raro es que cuando estuve en la casa de los Houlihan contigo no

vi nada, pero eso no importa ahora. No podemos perder tiempo intentando explicar lo que aparece en mi mente... —afirmó Alexis.

—Hans me ha enviado una imagen de la casa de Carrie. Se identifican los nombres de los pueblos donde han asesinado a las parejas y hay una frase que dice «No mataremos a los niños». Quería que la vieras por si intuías algo de Carrie que nos fuera útil, pero ahora mismo lo único que quiero es llegar al instituto y encontrar a Platt.

—Es lo mejor. No lo vi venir —se lamentó ella—. Pensé que ese hombre era un pusilánime y nada más. Una pieza en el engranaje de la institución, pero jamás pensé que tuviese que ver con Carrie ni con todo esto —confesó.

—A mí no me gustaba —le recordé.

—Lo sé. He debido creer más en tu intuición. Por algo estabas tan agresiva con él. Y lo peor es que...

—Todavía no había llegado la hora de la penumbra cuando salimos de ese lugar, y si lo hubiésemos retenido en ese momento, tal vez los niños y Sarah estarían vivos —completé.

Las últimas palabras salieron de mi boca con dificultad. Respiré profundo y sacudí la cabeza. Llamé a Hans y le conté sobre Platt. Los minutos siguientes se me hicieron eternos. Cuando por fin llegamos al estacionamiento del instituto, nos dimos cuenta de que aún los refuerzos no habían llegado; nosotras éramos las primeras en hacerlo.

NOS BAJAMOS Y COMENZAMOS A CORRER. Llegamos a la puerta. Tocamos con fuerza y aguardamos. No escuchamos nada.

De repente, oímos a alguien caminar y luego una voz.

—Un momento. ¿Qué sucede? —preguntó.

La puerta se abrió y vimos a un hombre que no conocíamos.

—No entiendo qué pasa aquí. Soy Oliver Miller, el director de esta institución...

—FBI y Policía de Wichita. Tenemos entendido que usted se ha ausentado de este lugar durante las últimas horas. ¿Es cierto? —preguntó Alexis.

—Me encontraba indispuesto —respondió el hombre con los ojos entreabiertos.

—Apártese —alcancé a decir.

—¿Dónde está Henry Platt? —escuché a Alexis preguntar al mismo tiempo.

—No está aquí. En este momento debe estar en su casa. Y yo no tengo nada que ver con la irregularidad que puede haber cometido Platt en relación con esos niños. Me encontraba enfermo y fue él quien autorizó esos traslados —dijo al tiempo en que se apartaba. Sus movimientos eran torpes.

Alexis y yo pasamos de largo y dejamos a Oliver Miller dando explicaciones al vacío. Corrimos por el pasillo que llevaba a la oficina donde más temprano nos había conducido Platt.

Lo recordé todo de golpe; cuando escribía con sorna en su celular, cuando lo empujé hacia la pared y lo amenacé, lo desagradable que era para mí. También el olor penetrante que desprendía. Todo eso se mezcló en mi cabeza como un remolino. ¡No quería creer que por mi culpa seis niños podrían haber muerto a esas horas!

Sentí que las piernas iban a fallarme, sin embargo, corrí todo lo que pude y llegué antes que Alexis a la oficina. Abrí la puerta de golpe.

Estaba vacía.

—Les he dicho que Henry Platt no está aquí —gritó el director a varios metros de distancia de nosotras. Dos policías venían tras él.

Entré y di varios pasos. Me detuve en medio de la habitación y miré el escritorio. Otra vez el desagradable olor se coló en mi nariz.

—Hemos llegado tarde.

Eso dijo Alexis desde el umbral de la puerta. Vi una lágrima correr por su mejilla cuando se acercó a donde yo estaba.

UNO DE LOS policías entró en la oficina y se detuvo junto a nosotras.

—Nos han informado por radio que han hallado a Henry Platt en su casa. Está muerto, degollado. Han encontrado otros objetos de interés para el caso que investigan.

—Objetos de interés —repetí mentalmente—, pero no ha dicho cadáveres —completé para mí misma como dándome ánimos.

—¿Miembros humanos? —preguntó Alexis.

—Es mejor que se comuniquen con la agente Anne Ashton —dijo él en tono grave.

Busqué mi teléfono con rapidez. Tenía varias llamadas perdidas de Hans que por alguna razón no escuché.

—No dejes entrar a nadie a esta oficina. Tomen la declaración a Oliver Miller y al personal de este lugar. Hay que revisarlo todo —ordenó Alexis.

El oficial asintió, salió y se ubicó junto a la puerta en posición de alerta.

Nosotras salimos y nos detuvimos en el corredor a unos pasos de él. Miller caminaba hacia nosotras junto al otro policía. Ahora no hablaba. Se había quedado mudo al comprender que lo que estaba pasando era grave. En ese momento vi a otros uniformados entrar en el edificio y algunas luces se encendieron en la planta alta.

—Por favor, ¿es necesaria tanta alharaca? Despertarán al personal de guardia y también a los niños... —se quejó Miller como saliendo de su letargo.

Llamé a Hans. Anne iba a mantener comunicación con él y ya debía saber lo que habían encontrado en casa de Platt. Él me confirmó que era cierto lo que había dicho el agente sobre los objetos de interés. Habían encontrado un dispositivo hecho de dientes y otro de garras, además de varias botellas llenas de sangre en la refrigeradora. Todo apuntaba a que Platt se había quitado la vida degollándose con las garras.

—Han hallado escritos sobre Stull y mapas con triángulos demarcados. También parece haber una especie de confesión. Una carta en donde dice ser el asesino de los Ryder, Baker, West, Arkin y Halsey. Expone que desde hace veinte años supo que estaba llamado a hacer algo grande por Stull. La carta es larga, Julia. Hay que analizarla con detenimiento. Ahora mismo voy para su casa y luego a la comisaría —explicó Hans.

—¿Cuánta sangre habrá? —le pregunté horrorizada.

—Mucha —respondió él con un tono grave y cortó.

HANS Y ANNE fueron a la casa de Platt. Por lo hallado, todo apuntaba a que él era el asesino. La sangre encontrada en su refrigeradora podría ser de los niños, pero hasta que no se comprobara que estaban muertos, yo tenía esperanzas.

Le propuse a Alexis que nos quedáramos un rato más en el instituto. Que siguiéramos investigando, porque aún no habían encontrado el cuerpo de los chicos y era posible que estuvieran vivos. No haríamos nada en casa de Platt ni en la comisaría.

—Le dije a Hans que queríamos buscar entre las cosas de Henry Platt, pero lo que quiero en realidad es que conozcas el lugar donde los cinco niños han dormido y comido, que toques sus camas, las sillas donde se sentaron, los objetos que han utilizado, algún libro de cuentos o un lápiz de color. ¡Cualquier cosa! Podría funcionar para encontrarlos, ¿verdad? —pregunté a Alexis.

—No lo sé, Julia. Lo quisiera tanto como tú, pero no lo sé —me respondió.

Para ese momento, ya habíamos interrogado al personal del instituto y ninguno parecía saber nada. La noche avanzaba y el dolor que había nacido en mis sienes también.

Alguien preparó café a eso de las tres de la mañana. Lo tomamos de pie en el corredor y luego caminamos hasta el punto medio del patio central, desde donde podía verse toda la edificación.

Alexis comenzó a mirar hacia arriba. Luego concentró su mirada en las ventanas de la primera planta, en el ala central. Las que se

orientaban hacia el patio en el que nos hallábamos.

Comenzó a soplar una brisa helada. Vi como una pareja de mujeres uniformadas con pantalón y blusa gris, que antes habíamos interrogado, bajaron las escaleras de una de las esquinas del rectángulo que dibujaba el edificio.

Alexis me dijo entonces que quería subir a la primera planta.

Tomamos las mismas escaleras por las que habían descendido las trabajadoras del instituto. Una vez en el segundo piso, giramos a la derecha y pasamos frente a varias puertas que se hallaban cerradas. Alexis posó la mano sobre una de las puertas. Me di cuenta de que arriba se leía la palabra «comedor».

Intentó abrir la puerta y esta cedió.

Adentro había oscuridad y olía a guiso de pollo. Poco a poco comencé a identificar algunos objetos: decenas de sillas y tres mesas.

Entramos.

Alexis dio varios pasos al frente y puso su mano sobre la mesa que estaba más próxima a la puerta. Yo me mantenía detrás de ella.

Caminaba mientras desplazaba su mano por la madera al mismo tiempo. No interrumpía su paso, aunque era lento, como si estuviese intentando descubrir algo, ver alguna cosa, despacio. También me parecía que era su forma de identificar dónde se sentaban los niños, como si la madera de la mesa pudiera decírselo.

Terminó de recorrer toda la superficie del mueble y no dijo nada.

Luego caminó y llegó junto a la otra mesa. Hizo lo mismo que antes.

Tampoco pasó nada hasta que llegó a un punto en donde se detuvo. Extendió más la mano y la puso rígida.

—He visto una figura alada de cristal o de hielo. Es Pegaso con las alas extendidas. Tiene un ala rota, y de ella, de dentro, brota sangre. Eso es todo, Julia. Lo siento...

—¡Haz lo mismo con la mesa que falta! O toca cada una de las sillas. ¡No puedes dejarlo así! Preguntemos al personal en dónde solían estar los chicos, si se sentaban en un puesto fijo para cenar. ¡Tienes que seguir tratando! —la exhorté.

—¡Tranquilízate, Julia! Esto no funciona así. Mi facultad no es como un detector de metales. Ya no sacaremos más de mi intuición —me contestó firme Alexis, luego me cogí el rostro y me detuve.

ESTUVIMOS en el instituto varias horas más en búsqueda de alguna pista, documento o rastro, pero no logramos nada.

Cuando casi amanecía, Alexis y yo salimos de la edificación y nos detuvimos junto al auto. Ella apoyó su espalda en la puerta del copiloto y yo también lo hice. Nos quedamos en silencio.

Habíamos tenido tiempo durante la noche de hablar lo suficiente para saber que pensábamos igual. Todavía estaban haciendo los análisis de lo hallado en casa de Platt. Guardaba un anuario de la universidad de Topeka y una taza como la que Hans vio en casa de Carrie. Pero todavía había muchas cosas que confirmar e investigar.

Nos habíamos comunicado con Hans en dos oportunidades en las últimas dos horas. Él pasó parte de la noche en casa de Platt y otra parte en la comisaría de Topeka, intentando sacar algo de la carta que habían hallado. Ni Hans, ni Alexis, ni yo pensábamos que Platt estaba solo en esto. Además, nos parecía demasiado sospechoso que se hubiese quitado la vida. Los tres pensábamos que alguien lo había hecho parecer un suicidio y le había cargado la culpa de los asesinatos para que dejáramos de buscar. Pero no podíamos probar nada de lo que creíamos. Y los niños no aparecían ni vivos ni muertos.

Por otro lado, Anne nos dijo que ya habían dado con el paradero de Margot Fonteyn y establecido que no tenía nada que ver con nuestro caso. Anne también se había encargado de coordinar la búsqueda de los chicos en todas las instituciones sociales de Kansas

y no había ni rastros de ninguno. Además, Anne nos dio otra mala noticia. Dos niños huérfanos habían desaparecido de una de las instituciones más pequeñas, situada en Waverly. Nos temíamos que hubiesen corrido la misma suerte que los cinco que buscábamos.

Thorpe continuaba sin dar señales, pero según me contó Hans, el esposo de su hermana comenzó a manejar la idea de que estuviese oculta voluntariamente, porque en una oportunidad había hecho lo mismo para estas fechas del año. Supuse que debía ser que se cumplía el aniversario de la muerte de su hijo.

Hubo una tercera llamada de Hans, que fue desagradable. Tenía la impresión de que me culpaba por algo, como si fuese mi responsabilidad no haber pensado antes en Platt. Además, sé que Alexis le generaba desconfianza por la forma como la miraba en la reunión. En esta última llamada me hizo un comentario al respecto. Dijo que no creía que estuviese centrada y que tampoco comprendía qué estaba haciendo en el instituto con Alexis. Después de eso, la comunicación se perdió y mi celular se descargó.

Pensé que Anne le había hablado a Hans de la particularidad de Alexis y eso a él no debió gustarle. Todo en mi cabeza era un caos, una oscuridad total.

Sentí mucho sueño, un terrible cansancio. Hubiese podido quedarme dormida allí, apoyada en el auto junto con una Alexis silente.

—Es increíble. Cuando no quiero ver o percibir nada, llegan hasta mí imágenes perturbadoras, y cuando necesito que algo me guíe, no aparece nada. Es como una pared en blanco. Solo el bendito Pegaso del ala rota... ¿Qué demonios puede significar eso? —preguntó Alexis rompiendo el silencio que había nacido entre las dos como un símbolo de derrota.

—No tengo idea. ¿No empiezas a creer que Platt fuera Chris?

—No. Pienso que servía a Chris.

—Y ha sido muy conveniente lo hallado en su casa. Como para que lo dejemos así y cerremos el caso o nos concentremos en buscar niños muertos cuando todavía puede ser que estén vivos.

—Es lo que espero, Julia. Si están muertos, dejaré todo esto a un lado para siempre —dijo mirando las copas de los árboles detrás de

la verja del instituto.

Alexis estaba sufriendo tanto como yo.

—Sé que Anne ha buscado en las otras instituciones, pero he pensado que ha sido extraño que dos de tres directores hubiesen cometido el mismo error, que nos dijeran que los chicos estaban en las instalaciones de los institutos que dirigen y que luego resultara «una equivocación». ¿Cómo te parece que eso es posible? — continuó Alexis.

—No lo sé. Las instituciones como estas son burocráticas y algunas veces suceden cosas así porque existen personas descuidadas y hay poca supervisión. Este lugar, por ejemplo, está muy deteriorado en su estructura y eso te da una idea de que otros aspectos de gerencia y control pueden estar también afectados. Pensar en otra cosa significaría que al menos dos directores están mezclados en una acción criminal, y la verdad es que me cuesta creerlo —le respondí.

Alexis miró hacia abajo y movió un poco su pie izquierdo, como aplastando algo en el suelo. Luego arrastró el zapato hacia atrás, llevándolo a una zona bajo el auto.

—Sí. Es verdad. Tendrían que estar todos implicados —reconoció. Después se quedó en silencio un par de minutos.

—Este movimiento lo hago desde niña. Mi abuela me decía que sobre todo lo hacía cuando estaba frustrada. Me refiero a hacer eso con el zapato como aplastando un bicho imaginario... —dijo Alexis.

Yo la escuchaba, pero mis ojos comenzaron a cerrarse.

—¿No se nos escapa ningún lugar? Alguna organización que exista y que no figure en esa lista. Sé que Anne ha asegurado que las han mirado todas...

Intenté despabilarme para responderle.

—Han revisado todas las del estado. No hay señales de ingreso de chicos nuevos. No están en ninguna parte —reconocí, frustrada.

—Sí que están. Los tiene él.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté y moví la cabeza hacia atrás. Fue cuando noté que los músculos de mi cuello estaban muy tensos porque hacer ese movimiento me causó dolor.

—Aunque no lo quieras, debemos descansar. No hemos dormido nada y así no podemos pensar. Démonos al menos un par de horas y luego podemos encontrarnos con Hans en la comisaría. ¿No lo crees? —me preguntó.

Sabía que era sensato lo que decía. Ya no tenía fuerzas ni para mirar el teléfono móvil, aunque no serviría de nada hacerlo porque se había descargado durante la discusión que sostuve con Hans. La visión se me nublaba, y si no fuese porque en las últimas horas no consumimos nada, hubiese pensado que había tomado un somnífero. Eso me dije, pero luego recordé el café que una de las empleadas del instituto nos había ofrecido.

—Vámonos, Julia. Ya no hacemos nada en este lugar. Los ojos se me cierran. Puedes quedarte en casa o te llevo a un hotel, lo que prefieras —propuso Alexis al tiempo en que separaba su espalda de la puerta del auto y se daba la vuelta para entrar en él.

Yo inicié el camino buscando mi lugar de copiloto, pero cuando iba por la mitad del trayecto, justo frente al capó del vehículo, comprendí lo que significaba ese Pegaso.

LE HICE señas para que bajara del auto. Ella acababa de abrocharse el cinturón y, aunque se extrañó, bajó y caminó hasta donde yo estaba.

—¿Sabes lo que es tu Pegaso?

—No —respondió moviendo la cabeza y mirándome, expectante.

—El halcón. No sé cómo funciona tu mente, pero estoy segura de que eres de las personas más inteligentes y con mejor memoria que he conocido. Recordaste una a una las palabras de Platt relacionadas con Texas. Y tu mente se llena de símbolos, de cosas que percibes y solo notas en tu subconsciente. Eso nos pasa a todos, pero a ti te pasa de una forma diferente. Esa torre, Alexis —dije, señalándola—, nos llamó la atención desde que llegamos la primera vez a este lugar. Yo me quedé mirándola y tú también. Asumimos que era solo una torre, y luego la guarida del halcón porque Platt lo dijo, pero ¿y si hay algo más allí? ¿Algo que Platt o alguien más guardase? Hemos mirado el instituto, pero no hemos mirado en la torre. De una forma alucinante construiste una imagen que te llevaba a la torre, un animal alado con un ala rota. Lo único alado con que nos hemos topado ha sido con el halcón peregrino. Yo también lo he hecho con los pequeños pájaros ciegos de Washington, pero ellos no serían representados como si fuera Pegaso. Pegaso es grande, solitario, como un halcón. ¿Lo ves?...

—¡Tienes razón! Puede ser lo que dices, pero también puede ser que uno de los niños viese al halcón a través de una ventana y en su

imaginación le pareciera Pegaso. Los niños imaginan muchas cosas para salir de la rutina y transforman todo en algo emocionante. Más en un lugar tan triste como este. Pero en la visión, Pegaso sangraba...

—Como sea, no hemos ido a la torre y creo que debemos hacerlo —me apresuré a decir antes de que pensáramos en una explicación para la sangre en el ala del animal mitológico. Pero era cierto que temía que encontráramos los cadáveres de los chicos.

—Yo también, aunque no comprendo bien por qué —reconoció ella.

—Debemos poder acceder a la torre por alguna parte, desde el área posterior del edificio del instituto. En las imágenes del video que enviaron a mi celular los de la Sociedad Protectora Animales se veía esa parte del edificio, la de atrás. Ahora mismo no puedo volver a mirarla porque mi teléfono no tiene batería.

—Ni el mío —admitió Alexis.

—Demos la vuelta al instituto y caminemos en dirección hacia ella. Creo que hay que atravesar un pequeño bosque, por lo que recuerdo del video, pero no parecía lejos —afirmé.

—De acuerdo —respondió Alexis y comenzó a caminar hacia el edificio con la intención de bordearlo.

Yo la seguí. Ahora la cabeza se me había despejado un poco.

Noté que por donde caminábamos había un área oculta en la que podía estacionarse un auto sin ser visto porque el muro lateral del instituto lo taparía. Además, esa pared no tenía ventanas. De hecho, había marcas de llantas en la tierra. Parecía un escondite, un lugar perfecto para aparcar y luego continuar el camino hacia el pequeño bosque sin ser visto ni desde el estacionamiento ni desde el interior del edificio.

Intenté recordar lo poco que observé del video. Registraba la parte posterior del edificio y a una mujer uniformada con una falda. Nada más. Puede que si hubiese visto más minutos de grabación, habría comprobado si ese lugar era un estacionamiento para algún auto. Lamenté no haber pedido a alguien del equipo de Anne o a Stonor que revisara las setenta y dos horas del video. Todo en este

caso había sucedido demasiado rápido y de forma accidentada. Con muchas distracciones, como había dicho Hans.

De repente, Alexis se detuvo en seco. Apenas habíamos comenzado a andar por un sendero que hallamos detrás del instituto y que se internaba entre los árboles.

—Tengo mucho miedo, Julia. Es peor de lo que pensé. Estoy aterrada —dijo.

Me quedé observándola. Pude ver el pavor apoderándose de ella. Sus ojos brillaban y sus pupilas estaban muy dilatadas.

A PESAR DEL MIEDO, continuó caminando. Yo también lo hice, detrás de ella.

No escuchábamos ningún sonido. Solo el viento que chocaba con algunas ramas.

Noté que en el sendero había unas huellas que parecían recientes. Iban en la misma dirección hacia donde nos dirigíamos y parecían hechas por una persona de pie pequeño.

Entonces oímos un ruido cerca, como si alguien pisara hojas y ramas. Puse la mano en mi arma y la saqué.

Aguardé. Alexis hizo lo mismo, pero no volvimos a escuchar nada.

Guardamos las armas y continuamos caminando.

El sendero finalizó de golpe en un área repleta de maleza. Sin embargo, era evidente que recientemente alguien había pasado por allí porque el rastrojal estaba aplastado.

Lo árboles en ese lugar no nos permitían ver la ubicación de la torre, pero con solo movernos un poco y caminar sobre la maleza aplastada volvimos a divisarla. Estábamos muy cerca de ella, como a doscientos metros.

En pocos minutos, llegamos. No se trataba solo de la torre de piedra que se veía desde el estacionamiento del instituto. Junto a ella había una edificación de una planta, repleta de ventanas.

Me di cuenta, aunque tarde, de lo de los uniformes. ¡Eran diferentes! Uno era pantalón y blusa color claro, y el otro, el de la

mujer que apareció en el video, una falda que lucía oscura. ¡Un lugar existía al amparo del otro! Oculta tras la sombra del Instituto de Topeka había otra «institución» junto a la torre...

Puede que fuera demasiado tarde para detenernos. No podíamos pedir ayuda porque las baterías de nuestros teléfonos estaban descargadas. Además, había que continuar por los niños, pero las dos teníamos un mal presentimiento.

NOS DIRIGIMOS hacia la entrada de la edificación. Escuchamos las voces de varios niños hablando. Íbamos a tocar, pero la puerta estaba abierta.

Empujamos. La madera crujió y luego se detuvo a la mitad. Era una puerta antigua y pesada.

Entramos y dimos pasos cautelosos.

Una mujer delgada y pequeña, con una cicatriz que parecía producto de una quemadura en el rostro, apareció de repente frente a nosotras.

—¿Ustedes son las que buscan a los niños perdidos? —preguntó y sonrió.

Alexis y yo nos miramos.

Instintivamente, llevé mi mano al cinto.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté.

Ella volvió a sonreír.

—Él las está esperando —respondió.

—¿Los niños están aquí? —preguntó Alexis.

—Sí, pero como les he dicho, él las está esperando —insistió la mujer. Luego comenzó a caminar como invitándonos a seguirla.

El lugar era una copia en pequeño del Instituto de Topeka. También mostraba un patio central y pasillos alrededor. Parecía una edificación muy antigua. El piso del corredor era de piedra.

La mujer caminaba delante de nosotras. Las dos estábamos alertas. Sabíamos que aquel era un lugar bajo el dominio de Chris, o

como fuera que se llamara el asesino que buscábamos. Comencé a tener la sensación de que veríamos a alguien conocido. A alguien con quien habíamos hablado antes. Algo en esa actitud de familiaridad de la mujer me hizo pensar en eso.

Alexis se detuvo de repente y la mujer no se dio cuenta. Continuó el camino sin voltear.

La miré y vi pánico en su rostro.

Puso la mano derecha sobre su brazo izquierdo. Noté que tenía la piel erizada y en ese momento sufrió un estertor fugaz. Solo uno. Pasó la lengua por sus labios y noté que estaban tan resacos que el inferior comenzó a sangrar ligeramente.

—Tranquila, Alexis. Estamos armadas y entrenadas —le dije en un susurro.

Ella decidió continuar la marcha después de escucharme.

En ese momento oímos unos pasos detrás. Alguien se acercaba corriendo.

—¿USTEDES me vienen a salvar? —dijo la voz de una niña.

Volteamos y la vimos. Vestía un pijama de modelo antiguo, blanco y negro con hilos dorados, y un gorro que cubría la totalidad de su pelo. A pesar de ser de otra época, me pareció costoso, de lujo, tal como si fuera para vestir a los hijos de la nobleza.

La mujer también había volteado y soltó una carcajada al escucharla.

—La imaginación de los niños es infinita, ¿verdad? Me encantan las ocurrencias que tienen —dijo.

—¡Sarah! ¿Me recuerdas? Soy Alexis...

La niña era Sarah Morrison.

—¡Corre! ¡Corre! —gritó Sarah a Alexis.

Luego la pequeña me miró a mí.

—¡Corre tú también! —me dijo.

Saqué mi arma y apunté a la mujer, que se había detenido delante de nosotras.

—Presiento que las armas no servirán de nada —me dijo Alexis.

—De nada en absoluto —completó la desconocida.

Sarah continuaba gritando.

—¡Corran! ¡Corran!...

Mis piernas no podían moverse. Se hicieron pesadas de repente.

—Nuestra institución hermana les ha ofrecido café. Es muy bueno. Ayuda mucho en estos casos —dijo.

Luego miró hacia atrás y completó.

—Allí viene nuestra compañera Eleonor. Es experta en cualquier tipo de fármaco y cada vez logra superarse a sí misma. Ha calculado justo el momento de mayor efecto para hacernos las cosas más fáciles a todos. Con Carrie lo hizo a la perfección cuando él se dio cuenta de que era un problema para todos.

Eso es lo último que recuerdo.

PARTE VIII

HANS SE ENCONTRABA en la comisaría de Topeka. Estaba sentado y miraba los papeles sobre la mesa. La misma en torno a la cual la noche anterior había estado reunido con Julia, Anne y Alexis Carter.

Movía las piernas de forma mecánica. Estaba cargado de tensión.

Le parecía que la carta hallada en la casa de Henry Platt y que estaba allí frente a sus ojos, contaba la verdad a ratos, pero en algunas secciones tenía la sensación de que era falsa. Sobre todo en las partes donde se asomaba el suicidio como próxima acción de Platt una vez que hubiese «cumplido» su misión, y que había acabado con todos «los niños del triángulo».

Según la nota, la muerte de Platt era necesaria como sacrificio para evitar que alguien más se enterara de la verdad suprema que había orientado los hechos que comenzaron a fraguarse desde los tiempos universitarios de Platt y Carrie.

El escrito también dejaba claro que Chris era la propia Carrie y que era una estrategia de su mente brillante haber hecho creer que Chris era otra persona que la tenía bajo su dominio. Era Carrie quien dominaba a Henry Platt y por eso él habría culminado la misión una vez que ella se lanzara de la torre en Washington. Su suicidio también formaba parte del plan, se trataba del sacrificio del líder.

Hans comenzó a perfilar a Carrie Boggs como una persona esquizofrénica con delirios religiosos, que se veía a sí misma como una enviada de la oscuridad reinante en Kansas, en Stull, y por eso había comprado aquella casa cerca del cementerio. Carrie podía ser

brillante como científica y, a la vez, ser una ferviente creyente en las fuerzas oscuras. Podía vivir con esa dualidad hasta que, por alguna razón, el equilibrio entre «ambas Carrie» coexistentes se perdió. Se consideraba la encarnación de una bestia y a la vez como la defensora de la humanidad frente a esa bestia; doble delirio, un duelo en el que los dos duelistas eran la misma persona.

Todo eso encajaba bien para Hans, pero había algo en el estilo de la carta que no terminaba de convencerlo.

Había permanecido todo el día analizando la información. Ya eran las cinco de la tarde.

Se levantó de la silla y salió al corredor. Llamó a Anne, que acababa de llegar a la comisaría.

—Hola, Anne. ¿Habrás un mapa de Kansas aquí? Uno grande que detalle la mayoría de los poblados y los institutos para albergar niños huérfanos —pidió Hans.

—Hola. Debe haberlo. Intentaré conseguirlo. ¿Qué has sabido de Julia y Alexis? —preguntó Anne, quien apenas se quitaba la chaqueta en ese momento y la acomodaba sobre su brazo para continuar andando por el corredor de la comisaría.

Hans recordó la discusión que sostuvo con Julia en horas de la mañana.

—Hace unas horas hablé con Julia. Se encontraba aún en el Instituto de Topeka haciendo no sé qué cosa y desde entonces le perdí el rastro. Hay mucho que analizar, porque hay cosas que aún no me convencen, y debería estar aquí —dijo con amargura.

Anne notó que estaba molesto y continuó caminando hasta llegar a su lado.

—Debe estar descansando. Ha sido un día duro el de ayer. Creo que estuvieron hasta la madrugada en el instituto donde trabajaba Platt. Tenían la esperanza de encontrar a los chicos allí, pero no fue el caso. Todavía no hemos dado con ellos... —reconoció Anne. En realidad, pensaba que iban a encontrar sus cadáveres de un momento a otro.

—Si hacemos caso a la carta de Platt, ellos están muertos —afirmó Hans.

Anne asintió.

—¿Es que hay cosas que no te cuadran? —le preguntó ahora en un tono más bajo, de confidencia. La idea generalizada en la comisaría era que Platt era el asesino y ya el caso estaría por cerrarse.

—No lo sé. Quiero ver el mapa de este maldito estado —respondió Hans, se dio la vuelta y entró en la sala de nuevo.

Anne se quedó mirándolo unos segundos. No lo veía bien. Estuvo a punto de decírselo, pero prefirió ir a buscar el mapa que él pedía.

Hans escarbó entre los papeles desordenados sobre la mesa y pescó su celular. Llamó a Bob Stonor.

—Necesito que investigues a los directores de todos los institutos sociales de Kansas. Quiero saber si alguno ha tenido conexión con Carrie Boggs o con la universidad de Topeka en algún momento. También que investigues cómo hizo Platt para presentar el procedimiento para llevarse a los pequeños del orfanato. Aquí hay algo que no me gusta —le confesó.

Escuchó la respuesta de Bob y luego cortó la llamada.

Esperaba a Anne de pie, dando vueltas alrededor de la mesa como un animal enjaulado. Hubiese dado lo que fuera por un cigarrillo, pero solo le quedaba uno y prefería guardarlo para cuando se sintiera peor. Sabía que lo haría. Mandó al diablo esa previsión y buscó con su mano derecha el bolsillo interno de la chaqueta de cuadros en donde estaba la cajetilla, pero luego resopló y abandonó la tentación de acabar con el último cigarrillo en su poder.

—Esto va a ponerse peor. Lo sé... —se dijo.

Tocó su rostro y se frotó los ojos. Él también estaba agotado. Era más fácil darse por vencido y considerar que esa intuición de que aún el caso no estaba cerrado era una necedad de su parte.

—Además, la jefa de la investigación ni siquiera está aquí —dijo en voz alta y pegó un puñetazo a la mesa. Algunos papeles se movieron con la vibración y uno de ellos cayó al suelo.

Era el perfil de una de las personas que Julia y Alexis habían conocido el día anterior y que Anne recopiló.

Hans se acercó a la hoja y la recogió. En ese momento escuchó muy fuerte el ruido de un avión. El sonido se colaba por la ventana de la sala. Lo imaginó dejando su estela en el cielo. Cuando iba a

poner sobre la mesa la hoja de papel, leyó algo que lo hizo comprender: era un registro de propiedad a nombre de los Houl.

Salió corriendo de la sala, cruzó el corredor y abrió la puerta de la comisaría de un golpe. Llegó corriendo al auto que había rentado para visitar la casa de Carrie. No diría nada a Anne ni a Julia. Esto lo haría él solo.

Condujo hasta el Instituto de Topeka, pero no estacionó el auto en el estacionamiento. Lo dejó a varios metros de la entrada del edificio porque no quería ser visto.

Caminó atravesando la maleza sin perder de vista la carretera que conducía a la entrada principal del orfanato. No lo supo, pero pasó muy cerca del cadáver de Myrna Thorpe. Sintió un olor desagradable, mas supuso que se trataba de un animal muerto.

Saltó la verja. Ya estaba dentro del instituto. Ahora sabía a quién pertenecían estas tierras. También sabía que debía continuar hasta la torre si lo que pensaba era cierto.

—El rastro que deja un avión cuando surca el cielo. Esa estela. Era allí donde te escondías Chris, porque todos miramos el avión y no el rastro... —dijo sintiéndose poderoso, porque solo él había sabido descifrar la identidad del criminal. Ni siquiera Julia, que ya no era como él la recordaba; había perdido brillo y parecía captada por completo por la agente Alexis Carter, que a él no le había gustado nada.

En el pasado, los dueños de los terrenos donde se construyó el instituto y la torre fueron los Houl, luego cedieron parte de esta propiedad al estado. Así es como, al conocer esta información, Hans empezó a atar cabos: el mejor lugar para ocultarse era «la estela» del lugar conocido, es decir, la torre.

Hans caminó por el mismo sendero que Julia y Alexis habían cruzado en la mañana, y en pocos minutos llegó a la instalación de la torre.

Allí estaba alguien esperándolo.

—Bienvenido. No nos habíamos visto personalmente. Soy Andrew Houl. Es mejor que pasemos a mi despacho. Solo las personas muy capaces dan con este lugar, y has demostrado serlo, Hans Freeman. ¿Cómo está tu hermano? —le preguntó.

Hans continuó caminando hasta donde estaba Andrew. Creía que dominaría la situación. No le parecía un hombre fuerte y él estaba armado. En parte, la amargura que había experimentado todo el día se convertía en seguridad; tenía que descubrir primero qué estaba pasando allí, dónde estaban los niños y, sobre todo, ¿por qué ese sujeto le había hablado de su hermano?

—Vamos a mi despacho, es lo mejor. Allí podremos hablar tranquilamente y podré responder todas las preguntas que imagino tendrás.

Hans entró en la edificación. Siguió de cerca a Houl, alerta. Miró a todos lados. No vio a nadie. El lugar estaba en silencio. Solo se escuchaban sus pasos y los de aquel hombre. Había sido muy inteligente por parte de Houl haber utilizado ese lugar para lo que fuera que estaba haciendo. Estaba lo suficientemente lejos del edificio del Instituto de Topeka para que nadie se enterara de lo que pasaba allí, pero también lo bastante cerca para que fuese funcional llegar hasta él. Además, lo que leyó en la hoja que se cayó al suelo en la comisaría habían sido los datos de los Houl. En el pasado eran dueños de los terrenos en donde se levantó el instituto y la torre. Luego cedieron parte de la propiedad al estado. Al conocer esa información, Hans comenzó a atar cabos; el mejor lugar para ocultarse era «la estela» del lugar conocido.

Ahora esas ideas que tuvo se habían comprobado.

Houl se detuvo frente a una puerta en el área de la construcción más cercana a la torre. De hecho, esta proyectaba una gran sombra.

Él abrió la puerta y se apartó para que Hans entrara. Una vez dentro le hizo un gesto para que continuara caminando y se sentara en una silla junto a un escritorio de caoba.

El despacho era de tamaño considerable. Una de sus paredes era curva. Hans comprendió que colindaba con la torre. Había una ventana del otro lado de esa pared curva y una cortina negra descorrida, como la de la casa de Carrie. Lo que fuera que tenían en

la cabeza, estaba relacionado con la oscuridad, como si la luz los dañara y hubiese que protegerse de ella. Hans recordó lo que había descubierto Julia sobre el crepúsculo y la hora de la muerte de las víctimas.

—Adelante, siéntate, Hans —propuso Houl.

Él se sentó y aguardó a que Houl lo hiciera también. Lo vio caminar hasta la silla que presidía el escritorio que se hallaba en el medio de la habitación. Se fijó en ella. Tenía un espaldar de piedra tallada con unas figuras que no podía distinguir desde allí. Houl puso su mano sobre la silla, la movió hacia atrás y se sentó.

Supuso que usaba ese despacho en ocasiones especiales. ¿Para qué utilizaría ese lugar? ¿Solo para esconder a los niños? Un montón de preguntas cayeron sobre su cabeza, pero no podía transmitir una actitud aprensiva delante de Houl. Sabía por su entrenamiento que era mejor conducirse con cautela, y no demostrar urgencia alguna.

—¿Dónde están los niños? ¿Están vivos? —preguntó Hans.

—¿Que si están vivos? ¡Claro que lo están! Los he rescatado de manos de Henry Platt. Henry es el culpable de las muertes de esas jóvenes parejas, de los padres primerizos de Kansas en el triángulo... Pobre fortuna la de ellos. Y, por supuesto, el cerebro de todo esto fue Carrie «la descarriada». A que se oye bien eso, ¿verdad? «Carrie descarriada».

Sonrió.

—¿Dónde están los niños? —insistió Hans.

—Están aquí. Con las enfermeras y muy cómodos. El único detalle es que este lugar está a medio hacer o a medio destruir, como quieras verlo. Es un vaso medio lleno o medio vacío, según la perspectiva del espectador, y no hay luz eléctrica. Aquí solo nos llevamos por el reloj natural del sol —respondió Houl.

—¿Por qué están aquí y no los llevaste a la policía?

—Tú menos que nadie debes preguntar eso —dijo con una entonación diferente.

Hans se extrañó de esa respuesta.

—¿Cómo has hecho para traerlos? —interrogó Hans.

—Hice arreglos. Tengo amigos en los institutos. Algunos firmaron cosas no tan apegadas a la verdad y otros se hicieron de la vista

gorda. Siempre son pequeñas cosas las que uno demanda y la gente se dice a sí misma que lo que hacen no es tan grave. El autoengaño es una maravilla. Además, esta época moderna ha creado una realidad paralela hecha de papeles. Una firma allá y aquí es tan poderosa como antes lo eran las máquinas o los rascacielos. Es el camino de una sola vía de la especie humana, llenarse de espejismos y olvidarse de lo que se puede tocar.

—Me temo que debemos hacer una llamada para informar que los niños están aquí. ¿Sarah Morrison también está aquí? —quiso saber Hans.

—Sí. Pero no llamaremos a ninguna parte, Hans, tú lo sabes. Has dudado tanto sobre la eficacia del sistema que me extraña que siquiera lo plantees.

Hans comprendió que había llegado el momento de ejercer presión. Dudaba entre sacar de una vez el arma, mantener a Houli bajo coacción y usar el teléfono para dar aviso u obligarlo a que le mostrara a los niños primero. Los imaginaba encerrados en alguna habitación, y pronto se haría de noche. Pensó que debían haber pasado mucho miedo.

Optó por lo primero y, cuando iba a hacerlo, Houli le dijo algo que lo trastornó por completo y le hizo olvidar a los niños.

—¿Hasta cuándo harás malabares, Hans, para no cruzar la línea? Esa que sabes que te tienta. La que cruzaste con tu amigo Terence...

Eran las mismas palabras que le había dicho su hermano. Hasta había empleado la misma entonación al pronunciarlas.

¿Cómo era posible?

ME DESPERTÉ. Sentí las manos atadas a la espalda. Me dolía el cuello. No llevaba mi arma.

Vi a Alexis a mi lado. Las dos estábamos en el suelo junto a una tubería empolvada. Nos hallábamos en un cuarto vacío. Frente a mí había una pared con una pequeña ventana casi rozando el techo. Por ella entraba algo de claridad.

Escuché ruidos en el exterior. La puerta de la habitación se abrió y vi pasar de largo a varios niños: todos caminaban en fila e iban vestidos como Sarah, con ese pijama costoso de hilos dorados. Eran ocho. Tres niñas y cuatro niños. Debían ser Jessica, Melissa, Charles, Cedric, Aldous y los otros dos niños que Anne mencionó que habían desaparecido de un internado pequeño. La última en la fila era Sarah Morrison.

—Alexis, despierta, despierta —dije.

Por un momento pensé que no despertaría, pero luego la vi moverse. Había reaccionado a mis palabras.

—Nos han quitado nuestras armas —le informé cuando la vi abrir los ojos.

—No habrían servido de nada —respondió ella. Sus labios se veían más agrietados y me costó comprender sus palabras. Parecía demasiado somnolienta aún.

En ese momento, la mujer que nos había recibido se asomó desde el umbral de la puerta y se quedó mirándonos con desprecio.

—¡Vaya! Al fin han despertado.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —le pregunté y miré a Alexis.

—Las ayudaré a levantarse, pero continuarán atadas —dijo la desconocida en tono amenazante. Después entró en la habitación.

Detrás de ella venía otra mujer que vestía el mismo uniforme.

Me pregunté cuántas personas estarían implicadas en el secuestro de los chicos. Nosotras éramos dos, y estábamos desarmadas y exhaustas. Además, Alexis, desde que nos dirigimos a ese lugar, estaba muerta de miedo.

LAS MUJERES SE ACERCARON A NOSOTRAS. Una se dirigió a Alexis y la otra a mí. Pusieron sus manos sobre nuestro torso, debajo de los brazos, e impulsaron nuestros cuerpos hacia arriba. No sé si Alexis pensó que era posible hacer algo, atacarlas y darles un puntapié. De cualquier manera, al final nos hubiesen neutralizado. Con las manos atadas a la espalda no era mucho lo que podíamos hacer. Así que con docilidad dejé que sucediera lo que ellas querían.

Pero entonces miré a Alexis a mi lado cuando la mujer la levantaba. Debió tener una visión espantosa, porque la expresión de su rostro es de las peores cosas que he visto y no creo que lo olvide jamás. Tenía la mirada perdida en un horror que solo ella podía ver, con los ojos desorbitados y la boca abierta como si gritara un alarido que no podía escucharse.

Luego cerró los ojos y los mantuvo así hasta que la pusieron en pie.

Las mujeres nos empujaron para que avanzáramos delante de ellas. Lo hicimos y salimos de la habitación.

Estaba a punto de anochecer. Caminábamos en el corredor que ya conocíamos. Identifiqué la ubicación de la puerta que horas antes habíamos cruzado. También pude ver la torre. Recordé que Alexis me había dicho que debía ser un lugar de castigo para imponer disciplina.

—¿Qué era lo que querían hacer con los niños? ¿Y con nosotras?
—me pregunté.

Sentí miedo porque recordé lo del sacrificio que había dicho Houl. Me dije que los niños se veían sanos. Al menos, eso me pareció al conocer a Sarah. A los otros solo los vi de paso. Aunque esas ropas eran largas y cubrían gran parte de sus cuerpos y también sus cabezas. Podrían estar heridos.

Alexis iba a mi lado y ellas detrás de nosotras, en silencio.

Una habló de pronto.

—Deténganse.

Habíamos llegado frente a una puerta que estaba entreabierta. La mujer que venía detrás de mí, la de la cicatriz en el rostro, avanzó a nuestro lado y terminó de abrirla para que pasáramos.

—Avancen —ordenó.

Yo entré primero. Di un par de pasos y entonces los vi.

Allí estaba Hans, sentado frente a un escritorio, y justo delante de él estaba Andrew Houl, sonriendo.

—JULIA... —escuché decir a Hans.

Las mujeres nos tomaron por los hombros con fuerza. Houl miraba a Hans fijamente. Él intentó sacar su arma en cuanto me vio, pero su brazo se quedó inmóvil de repente. Esa paralización parecía tener que ver con la atención que Houl le estaba prestando. Después Hans miró a Houl, pero se mantuvo quieto.

—Adelante, por favor —invitó Houl.

Dimos unos pasos.

La ventana de esa habitación dejaba colar una débil claridad. No había luz diferente a la solar, que estaba a punto de esconderse. Fue cuando tomé consciencia de que ese lugar no parecía contar con luz eléctrica ni en el cuarto donde estábamos antes, ni en el corredor, ni allí.

Miré a vuelo rasante la habitación. Era grande y una de sus paredes era curva, justo la que se encontraba en la zona más oscura y alejada de la ventana. De hecho, había un área que estaba ya en total oscuridad. Yo podía ver a Hans y a Houl porque la luz de la ventana los bañaba aún, pero lo que estaba a pocos metros de ellos —al lado derecho del recinto— era imposible de definir para mis ojos.

Escuché la puerta cerrarse y supe que las mujeres se quedaron afuera.

Vino a mi cabeza, a una velocidad vertiginosa, el recuerdo de cuando conocí a Andrew Houl en la terraza de su mansión y luego

cuando nos hablaba en el salón. También la ternera de la gorra del chofer del camión, y entonces surgió algo que no había pensado antes: Alexis había dicho que Devin tuvo que visitar la casa de Houl por un caso. ¡Qué tonta había sido! Aunque sospeché de él y no me gustaba, de alguna manera esas sospechas se habían diluido, y hasta creí lo que nos contaba de la foto como si fuese una fuente confiable. Era solo su palabra lo del tal «Chris»...

—Veo, Julia, que estás un poco confundida, pero es normal, no te culpes —dijo él al tiempo en que se levantaba y se acercaba a mí.

Hans no hacía nada. Continuaba paralizado. Y Alexis también. Era como si no existieran.

De repente, cuando Houl estaba a menos de un metro de distancia de nosotras, se detuvo y miró a Alexis con condescendencia. Movi6 ligeramente la cabeza a un lado.

—Hay cosas que no entiendes, Alexis. Tú no debiste meterte en nuestros planes. Nosotros necesitamos a los niños para que nuestro sacrificio se realice, y hemos esperado por esto casi treinta años. Se tenían que dar ciertas condiciones que se dieron con aquellos niños, y ahora con estos. Usamos a Morgan y Stevenson como nuestros ejecutores, pero no cumplieron bien su trabajo, así que tuvimos que tomar otras medidas. Entre ellas, neutralizar a Carrie, que quería parar y denunciarnos. Por eso rondaba el FBI, quería contarles todo sobre mí. La farmacología es perfecta para expandir los sentimientos de culpa de las personas como Carrie. Logré dominarla y que al final se quitara la vida. El hecho es que sin tu ayuda, y la de tu amado detective, Morgan y Stevenson jamás habrían sido descubiertos. Así que sufrimos un retraso de años por tu culpa. El precio de tu primera intromisión fue la muerte de tu amado y ahora, el de esta segunda intromisión, será tu muerte.

—¡Maldito! ¡Mataste a Devin! —gritó Alexis.

Me miró como diciéndome que yo era un efecto colateral por haberme entrometido también. Casi puedo decir que estuvo a punto de pedirme disculpas. Después giró su cuerpo noventa grados y se dirigió a Hans, que continuaba sentado casi absorbido por la penumbra, que iba ganando terreno en la habitación porque la luz entrante cada vez era más débil. Pensé que pronto no veríamos

nada. La imagen de mi cuerpo destrozado como el de los Ryder en ese lugar oscuro se apoderó de mi mente y las piernas me flaquearon.

—¿Ves a estas dos? Son esas personas débiles que no terminaste de matar cuando eras más joven. ¡Toma tu arma y dispárales! —ordenó Houl a Hans.

HANS SE MOVIÓ para tomar su arma. Houl dio otro giro de noventa grados y volvió a caminar hacia el centro de la habitación para estar más cerca de Hans. Era como si necesitara esa cercanía para controlarlo.

Yo no entendía lo que estaba pasando. Pensé que Hans estaba siguiéndole la corriente a Houl para atacarlo en el momento menos pensado. Él era capaz de hacer creer a los asesinos que ellos tenían el control.

—Debía ser eso —me repetí a mí misma, pero a la vez recordaba cómo lo había visto las últimas horas, tan cargado de amargura, y dudé.

Houl se detuvo junto a Hans. Él se levantó con el arma en la mano, apuntando al suelo.

Alexis me habló en voz muy baja como intentando que ni Houl ni Hans notaran que me decía algo.

—Sé que no la ves —afirmó con la voz quebrada.

—¿Qué no veo? —pregunté intentando mantener la calma. Supuse que me hablaba del arma de Hans. Yo no podía pensar en otra cosa y me decía una y otra vez que Houl estaba loco para pedir a Hans que nos disparara.

—No ves lo que está en la oscuridad de esta habitación. No puedo verla muy bien tampoco, más sé que está allí, respirando. Su cuerpo está borroso, pero en la penumbra veo sus garras y sus colmillos.

—Alexis, por favor. No pierdas la cordura —le rogué, aunque estaba convencida de que ya lo había hecho. Además, ese hombre acababa de decirle que había matado a Devin, lo que terminó de trastornarla.

—Hans tampoco puede verla porque está muy cerca de ella y no se ha movido para protegerse. Houl sí sabe que está allí. Debe vivir en la torre, entre las paredes de piedra en total oscuridad. O, al menos, temporalmente, puede que haya estado allí. No sé cómo es el tiempo y el espacio para ella.

Había perdido a Alexis. Fuera lo que fuera lo que veía, no estaba en la misma dimensión de amenaza real en la que yo me hallaba. Pero me hablaba con tal nivel de convicción que me hizo dudar. El miedo, que era muy real en ella, me indicaba que era cierto que estaba viendo algo monstruoso en la oscuridad de ese recinto.

—Tal vez necesites que se acerquen un poco más para que puedas calibrar la debilidad, la equivocación que hay en ellas. Las personas débiles interrumpen nuestra evolución. Tú lo sabes, Hans Freeman. Además, se disfrazan de víctimas y andan con lloriqueos y quejas toda la vida. Terence lo sabía, lo supo con aquel chico, y por eso quería acabar con él y tú también lo supiste porque no hiciste nada por detenerlo. Ahora yo no haré nada para detenerte a ti y nadie se enterará de esto —le dijo Houl a Hans.

Él no respondió. Se mantuvo de pie a su lado. Entonces, Houl pareció perder la paciencia por un segundo.

—Habrá que acercarlas —dijo en voz más alta.

Caminó de nuevo hacia nosotras, apartó a Alexis y se puso detrás de mí. Con empujones sucesivos me fue acercando a Hans hasta que estuve a tres o cuatro metros de él. Ahora sí podía mirar su cara y no había dudas de que estaba confuso. Me pareció que se veía más joven y tenía los ojos enrojecidos.

—Hans, desátame... —le pedí, pero luego callé.

—Lo ves, además te da órdenes —apuntó Houl.

Esperé alguna reacción de Hans, pero no la hubo. Continuaba con el arma en la mano, aunque no apuntaba a nadie.

—Puede que sea mejor que comiences por ella —dijo Houl, miró a Alexis y fue en su búsqueda.

Temí que Alexis tuviese una crisis. Estaba en *shock* y veía un ser monstruoso en la oscuridad de esa habitación, y si Houl intentaba llevarla hasta allí, iba a reaccionar. Esperaba que no porque eso podía desencadenar mayor peligro. Hans estaba gobernado por algo fuera de su voluntad e iba armado. Pensé que lo habían drogado para manejarlo y la crisis de Alexis podía ser el detonante para que él disparara.

En ese momento, se me ocurrió que tal vez el responsable de que Alexis viera lo que veía era algún fármaco que le hubiesen administrado mientras estuvimos inconscientes. Había drogas alucinógenas que se empleaban para explorar los miedos y tanto ella como yo sabíamos que las víctimas eran desgarradas, devoradas. Era lógico que se imaginara una bestia con colmillos y garras en medio de la oscuridad.

Pero yo no veía nada de eso. La única bestia que había en ese cuarto era Andrew Houl. Era un trastornado científico al que le gustaba observar y probar sus teorías. Por eso iba al museo a mirar niños, a establecer patrones de conducta. Él mismo debió haber escogido uno a uno a los chicos que ahora pretendía «sacrificar». También era un asesino sediento de sangre con delirios religiosos en su cabeza y podía estar haciendo un perverso experimento con nosotros en ese momento.

Con Hans desprovisto de voluntad y con Alexis alucinando, yo sería el «sujeto de control» en ese experimento y también su víctima perfecta.

Quería que Hans me disparara y todo indicaba que iba a lograrlo.

VI VENIR a Alexis a empujones delante de Houl. Se detuvieron a mi lado. Hans levantó el arma hacia mí.

—Es ella. ¿Lo ves, Hans? Julia es la asesina de su hermano que ha logrado burlar la justicia. De esas que te amargan la existencia porque tú sabes que es culpable, pero no puedes probarlo. Y si no puedes hacerlo tú con tu brillante inteligencia, con tu poderosa imaginación, nadie más lo hará en el FBI. Debes dispararle de una vez y acabar con esto porque tú no eres débil, eres mejor que Terence y que tu hermano —aseguró Houl.

—¡Hans! —grité.

Pero él no bajó su arma y ahora me apuntaba a mí.

—¡Dile que lo quieres! —me gritó Alexis.

«Eso no servirá de nada», respondió una voz dentro de mí. Todo sucedía en fracciones de segundos. Me refiero a mis dudas sobre hacerle caso a Alexis o no hacerlo porque no tenía sentido. A Hans debía darle igual lo que yo sintiera. Estaba contaminado por algo más fuerte que él.

—¡Díselo! —volvió a gritar Alexis con más fuerza.

Pude ver a Houl por el rabo del ojo. Él se había quedado de pie junto a Alexis. Creo que la miraba a ella y no movía su cabeza. Se encontraba a centímetros de separación de su cuerpo. Podría atacarla.

—Siempre te he querido, Hans —dije en voz alta y con todas mis fuerzas.

Ni siquiera sé por qué lo hice. Creo que porque Alexis lo veía necesario para romper el dominio que Houl había logrado sobre él. Además, era cierto, y si Hans iba a matarme, quería que lo supiera antes de que lo hiciera.

—No voy a culparte de nada cuando acabe todo esto —completé.

—Pero ¿qué haces? —gritó Houl.

Hans bajaba el arma y ahora volvía a apuntar al suelo. Miró hacia abajo como si comenzara a darse cuenta de lo que le estaba pasando.

Lo que sucedió luego fue muy rápido. Yo miraba a Hans y percibí un movimiento brusco a mi lado. Era Alexis. Con su propio cuerpo se abalanzó sobre Houl, tomándolo por sorpresa, y con una fuerza inusitada lo empujó varios metros, pasando al lado de Hans y llegando al lado oscuro de la habitación. Fue tal la fuerza que la impulsaba que el cuerpo de Houl tropezó con el hombro de Hans cuando pasaron por su lado e hizo que perdiera el control del arma y esta cayera al suelo.

Pensé que dejaría de ver a Alexis. Que tanto ella como Houl se perderían en la oscuridad, pero ella se detuvo justo antes y solo perdí de vista a Houl. Un enorme silencio se apoderó de todo por un momento. La voz de Alexis lo rompió a los pocos segundos.

—¡Dios mío! Ustedes no pueden verlo ahora, pero «aquello» lo está devorando con sus colmillos y garras. Ahora es Houl el sacrificio.

Un río de sangre comenzó a correr en el suelo desde el área en penumbra hasta donde había caído el arma de Hans.

—Julia..., no sé qué... —comenzó a decir Hans.

—Desátanos ya. Hay que salir de aquí —interrumpió Alexis.

HANS NOS DESATÓ, buscamos a los niños y los sacamos de ese horrendo lugar.

Atravesamos el camino que unía el Instituto de Topeka y la torre. Continuamos hasta el sitio donde Hans había dejado el auto, a pocos metros de la vía y de la verja del instituto.

Metimos a los chicos dentro del auto. A todos menos a Sarah, que no se desprendía de los brazos de Alexis. Ellas se quedaron afuera a pocos metros del vehículo. Nosotros hicimos lo mismo y vigilábamos que nadie se acercara.

Hans llamó a Anne.

Después me dijo que en pocos minutos llegarían refuerzos. En otra oportunidad hubiésemos hablado de lo que acababa de pasar, pero no sabíamos qué había ocurrido en el despacho de Houl, y hasta que no nos lleváramos a los chicos de allí no estaríamos tranquilos.

Nos separamos un poco de Alexis y de Sarah y nos detuvimos muy cerca el uno del otro.

Hans tocó el bolsillo de su chaqueta y sacó un cigarrillo. Se lo llevó a los labios, pero en ese momento me miró y pareció haber dicho algo como «al diablo con todo»; lo lanzó a sus pies y me abrazó con mucha fuerza. Nunca había sentido tan fuerte el olor cítrico de Hans. Ahora, tan próximo su cuerpo del mío, se hacía más dulce la fragancia.

Sentí que algo prensaba y tiraba mi pantalón hacia abajo. Era Sarah.

Había corrido hasta donde estábamos y Alexis venía detrás de ella.

—Gracias, Julia. Alexis me ha dicho que ustedes nos salvaron y que ella no hubiese podido hacerlo sin tu compañía —dijo la niña.

Sentí mis ojos humedecerse.

—Gracias, Hans —completó Sarah mirando a Hans.

—Estoy seguro de que tus amigos, sobre todo los más chicos, están bien porque siempre estuviste atenta a ellos. Eres muy fuerte, Sarah Morrison, y por eso yo te doy las gracias a ti también —dijo Hans.

Alexis miró a Hans y creo que comprendió en ese momento por qué yo lo quería.

Pero fue Hans quien dio un paso al frente y abrazó a Alexis.

Me sorprendió y no pude evitar sentirme emocionada porque lo que había pasado terminó creando un lazo único entre nosotros.

Le debía mucho más que salvarme de la muerte a Alexis Carter.

En ese momento llegaron dos patrullas policiales.

AHORA TODOS LOS niños están a salvo y el FBI los incorporará en un programa de atención, procurándoles una familia adecuada.

Estoy segura de que Alexis y Sarah mantendrán contacto. Ella quiere a esa niña con locura. La ha salvado de morir dos veces y la primera vez lo hizo junto con su amado Devin. Se sentirá responsable de ella hasta que muera.

Lo último que me dijo Alexis antes de despedirnos fue que había encontrado la paz que buscaba porque ahora sabía lo que ocurrió con Devin, y había hecho justicia. Aunque también me dijo que creía que la amenaza de esa sombra continuaba. No volvió a hablarme de lo que vio en la oscuridad del despacho ni yo tampoco.

He aceptado que algunas personas pueden percibir cosas invisibles para los demás y que eso es una carga muy pesada para ellas hasta que se convierte en una fuerza poderosa que actúa a su favor.

Creo que lo que pasó en ese lugar va a dejar una marca en mí; será un antes y un después. Alexis se destruía en medio de esa visión pavorosa que percibía para luego reconstruirse e imponerse.

Además, gracias a Alexis, dije algo que jamás hubiese dicho a Hans. Todavía no puedo creer que lo haya hecho y mucho menos el efecto que surtieron esas palabras.

Para la prensa, los culpables de los asesinatos de Kansas son Henry Platt y Andrew Houl. Se supone que una de las mujeres, ahora prófugas, acabó con la vida de Houl, cuyo cadáver fue

encontrado en idénticas condiciones que los del resto de las víctimas. Se cree que todos pertenecían a un grupo de creyentes que asesinaban niños y padres empleando dispositivos de garras y colmillos como si fueran bestias, y que esas ideas surgieron hace años en la universidad de Topeka.

Lo encontrado en la casa de Platt, los escritos y los libros, van a someterse a un análisis minucioso de varios expertos. Así como la carta. Algunos de los escritos están en un idioma desconocido.

Yo creo que Platt no pertenecía al grupo de creyentes o, al menos, no del todo. Pienso que conoció a Houl en la universidad y desde allí le era útil en sus planes. Lo fue hasta el final, porque Andrew debió sembrar en su casa todas esas pruebas en su contra y después le habló a Anne del «chico extraño que venía de Texas». Sabía que tarde o temprano buscaríamos en su casa y encontraríamos la escena que él había dispuesto. Por eso no soy muy optimista en cuanto a lo que pueda sacarse de allí.

Houl era el verdadero cerebro detrás de tantas muertes horrendas ocurridas desde hace cuatro años. Era «Chris», si es que en realidad en algún momento se hizo llamar así. Recuerdo que me pareció un hombre atractivo cuando lo conocí en la terraza de su casa. Pensé que era un sujeto que no era consciente de ese encanto por estar totalmente entregado a la ciencia, y en eso sí que me engañó. Era plenamente consciente de su magnetismo y sabía disfrazarlo y medirlo, dependiendo de con quién estaba. Me pregunto si Carrie no habría caído en sus redes justo por eso, por ese encanto e inteligencia. Tal vez. No hay que desmerecer la fuerza de la pasión que despiertan algunas personas que se muestran justo como deseamos que sean.

Natael Houl se ha ido de viaje a algún lugar del planeta. Hans y yo no estamos seguros sobre él. Puede que supiera lo que su sobrino hacía, pero no encontramos ninguna prueba de ello. Los niños tampoco lo vieron nunca. Solo tuvieron contacto con Andrew.

Una de las cosas que descubrimos después fue que Beatriz —la gata de Andrew— llevaba en su cuello una pulsera de colores que Jessica Baker había puesto en ella mientras estuvo en cautiverio. En

algún momento estuvo en la mansión Houl e hizo eso para dejar una pista. Es una chica lista.

Eso lo supimos porque en el celular de Anne había una foto que tomó sin quererlo cuando tenía a la gata en su regazo, y en la imagen puede verse en medio del pelaje la pulsera amarrada al cuello. La misma Anne se dio cuenta de ello y lo relacionó con la pulsera que mostraba Jessica en una foto que encontraron en su casa, en la ciudad de Liberty. Algunas veces creo que fue esa foto en el teléfono móvil de Anne lo que originó la visión de Alexis al tocar el teléfono en el auto, cuando apenas terminaba la comunicación con Anne. Me refiero a la visión de la pulsera llena de sangre. Otras veces me digo que nunca voy a saber con certeza cómo funciona la mente de Alexis, pero me gustaría volver a trabajar con ella alguna vez.

En cuanto llegamos a Washington, Hans y yo fuimos al funeral de Myrna Thorpe. Encontramos su cuerpo muy cerca de la torre en Topeka. Debió intuir que algo raro pasaba en ese lugar. Allí debió haber sido atrapada por Houl o por una de sus cómplices. Creo que Thorpe estaba dispuesta a todo con tal de salvar a los chicos.

Tengo la sensación algunas veces de que lo que conocemos de Houl, de Carrie y de este caso en general es solo la punta del iceberg, pero para mí está bien. Hemos detenido las muertes en Kansas y rescatado a todos los niños. Además, los directores que actuaban bajo las órdenes de Houl a cambio de dinero han sido puestos a la orden de la Fiscalía y confiamos en que a través de ellos demos con la identidad de las mujeres cómplices de Andrew. También nos queda por descifrar la identidad del hombre mayor que aparece en la fotografía de la sala en la mansión Houl. Quizás él fue esa tercera persona que me pareció ver en la ventana de la mansión.

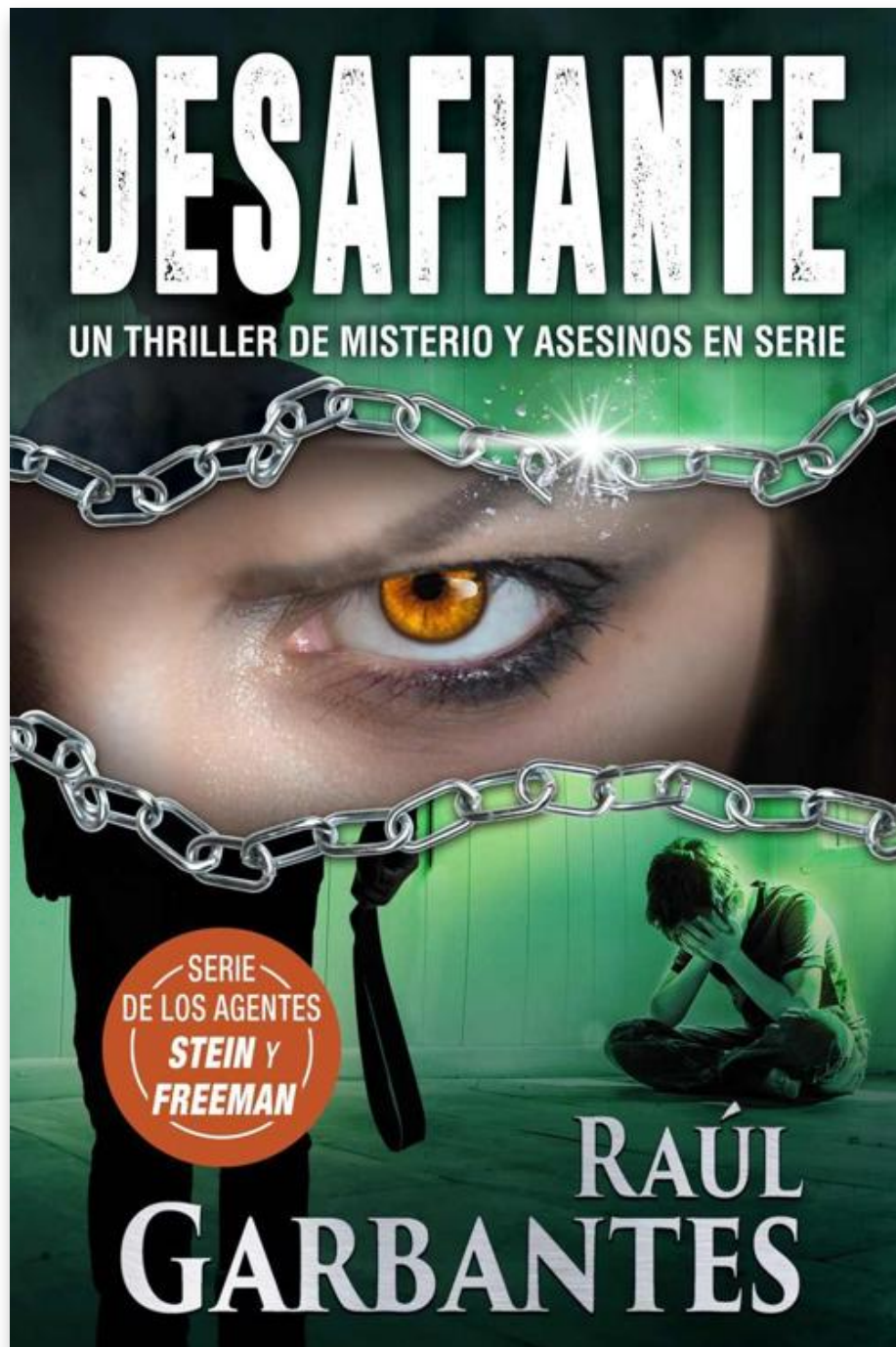
La tarde que llegué a mi apartamento en Washington descansé como nunca. Tengo las fuerzas renovadas y las náuseas y las ojeras ya han desaparecido. Yo también volví a rearmarme en una versión mejor de mí misma desde que salimos del lúgubre despacho de Andrew Houl. Le dije a Hans que lo quería, y que él lo supiera salvó

mi vida. Parece que algunas verdades son más poderosas de lo que pensamos.

FIN

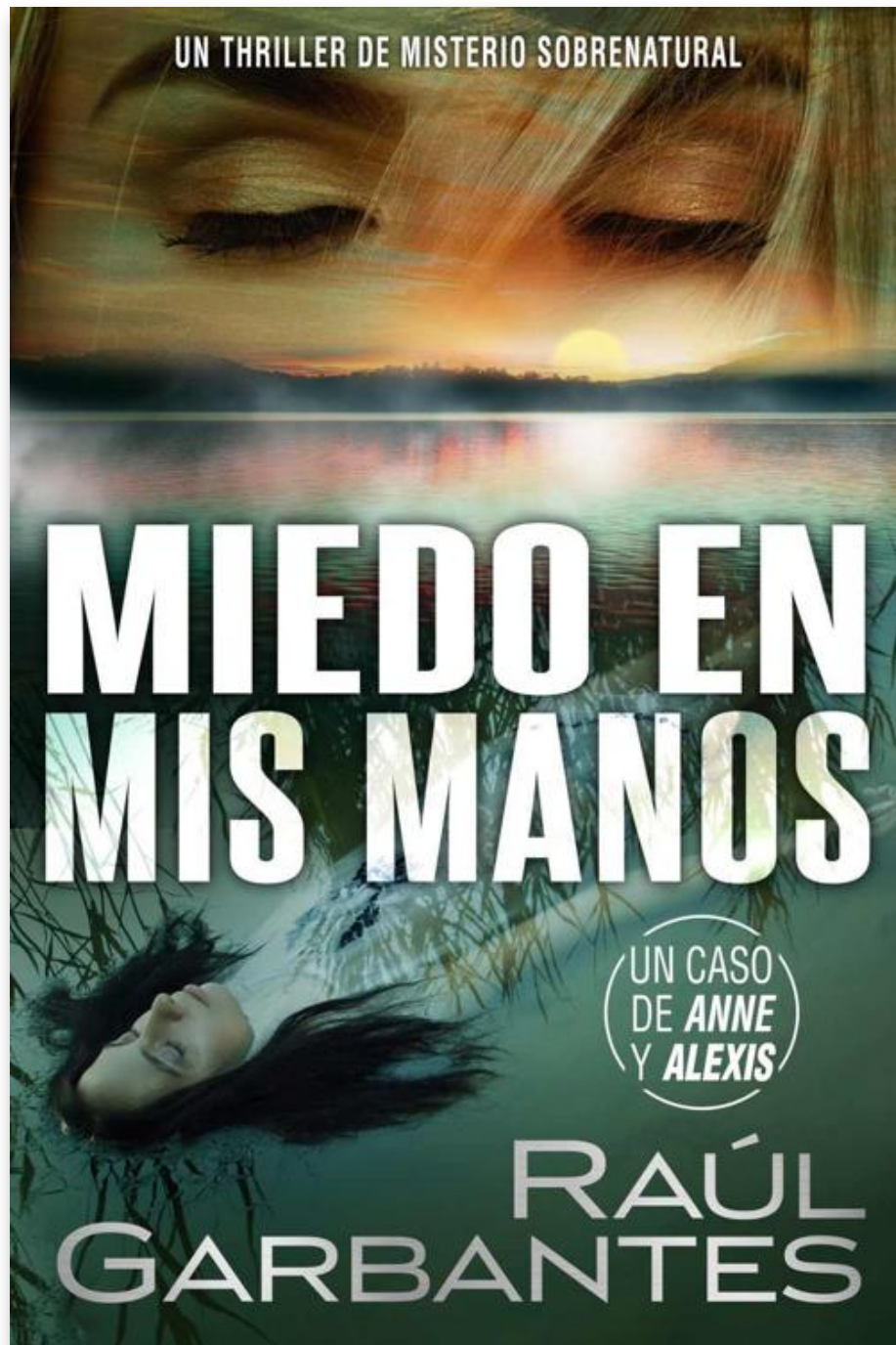
Julia y Hans regresan para resolver un nuevo caso en la sexta novela de esta serie: *Desafiante*. Obtenla aquí:

<https://geni.us/Desafiante>



Si deseas saber más de Alexis Carter, te invito a leer la primera novela de la serie de Anne y Alexis: *Miedo en mis manos*. Obtenla aquí:

<https://geni.us/MiedoEnMisManos>



NOTAS DEL AUTOR

Espero hayas disfrutado la lectura de esta novela.

Si te gustó mi obra, por favor déjame una opinión en Amazon. Las críticas amables son buenas para los autores y los lectores... y un estudio reciente (realizado por mi persona) también indica que escribir una opinión positiva es bueno para el alma ;)

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:

[Amazon.com](https://www.amazon.com)
[Amazon.es](https://www.amazon.es)
[Amazon.com.mx](https://www.amazon.com.mx)

¿Sabías que ahora también puedes disfrutar de mis historias en audiolibros? Te invito a gozar de esta experiencia con mi relato *Los desaparecidos*. Escúchalo **gratis** aquí:

<https://soundcloud.com/raulgarbantes/losdesaparecidos>

Puedes encontrar todas mis novelas en mi página web:

www.raulgarbantes.com

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com.

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes



ÍNDICE

Créditos

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Parte II

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Parte III

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Parte IV

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)

[Parte V](#)

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)

[Parte VI](#)

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)

Parte VII

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Parte VIII

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Notas del autor